

LAS ANSIAS  
CARNÍVORAS  
DE LA NADA  
ALEJANDRO  
JODOROWSKY

SIRUELA



ALEJANDRO JODOROWSKY

LAS ANSIAS CARNÍVORAS DE LA NADA

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

## Índice

Cubierta

Portadilla

Prólogo

Las ansias carnívoras de la nada

1. Son ángeles...
2. Son detectives...
3. Son ancianos...
4. Son ministros...
5. Son asesinos...
6. Son veterinarios...
7. Son sombras...
8. Son difuntos...
9. Son sueños...
10. Son traidores...
11. Son educadores...
12. Son niños...
13. Son guerrilleros...
14. Son nada...

Créditos



## Prólogo

Ésta es mi segunda novela. La escribí en 1970 y fue publicada por primera vez, en una edición muy limitada (500 ejemplares), en Santiago de Chile en 1995. No fue mi intención entretener a un gran público sino proponer un espejo a lectores deseosos de aventurarse en los misterios de su propio ser. En esos años me imaginaba un Dios interior lanzando flechas a presas vestidas de cazadores que huían como huyen de la luz los animales nocturnos. A menudo, leyendo entrevistas y libros de esos prisioneros de las palabras que se etiquetan como «intelectuales», me decía: «Viven en lo que se dice y no en lo que es. Las palabras son sólo una barca que sirve para atravesar el río y permitir desembarcar en la otra orilla. Se olvidan de la meta y se quedan a vivir para siempre en la barca. Cuando “piensan” no hacen más que afirmar creencias que los manejan desde los meandros de su oscuridad interior. Para ellos el mundo es lo que creen que el mundo es. Más aún, están convencidos de ser lo que se imaginan ser, es decir, un conjunto de ideas carentes de realidad».

No sabemos lo que somos, no sabemos lo que es el otro, sólo conocemos nuestras relaciones. Si la realidad es una unidad, todos estos lazos son imaginarios. Vivimos dentro de fronteras mentales, dándonos de golpes contra paredes constituidas por conceptos locos, costumbres estancadas, definiciones de cemento armado, morales caducas, filosofías pretenciosas, necesidades de consumo injertadas a punta de publicidad malsana, educaciones adulteradas por doctrinas políticas, deseos deformados por el ejemplo de artistas convertidos en vendedores bufones al servicio de industrias nocivas. ¿Quién deja de verse a sí mismo para ver y escuchar al otro, no sólo el que está en el exterior, sino al misterioso ser que desde el centro de nuestro inconsciente nos envía insistentes llamadas, proponiéndonos la gran liberación?

Lo que durante esos años estaba pasando en el país donde me parieron, me sumía en la dolorosa realidad de ser chileno. Dos figuras se me imponían como emblemas del conflicto: Caín-Pinochet y Abel-Neruda. Era inevitable dividir mi patria –estrecha franja de terreno presa entre una cordillera y un océano– en verdugos y víctimas. Desde niño, el cine de Hollywood me había embutido en el cerebro que el mundo se divide en buenos y malos. El contraveneno para esta logomaquia lo encontré en las enseñanzas taoístas. Los dos principios esenciales (luz-oscuridad, secohúmedo, fluido-estancado, masculino-femenino), llamados yin y yang, no son opuestos sino complementarios, y se amalgaman en un símbolo único, el Tao. Pensando que Pablo Neruda y Augusto Pinochet, dos enormes egos, anverso y reverso de una misma moneda (la casa presidencial chilena se llama La Moneda), podrían formar una entidad posible de llamarse Pablusto Neruchet, creé el personaje del General, exhibicionista televisivo, a la vez dictador obscuro y exquisito poeta.

Llevado por mi ardiente deseo de evadirme de la novela costumbrista, realista mágica o didáctica-social, con su aristotélica construcción en tres actos (comienzo-nudodesenlace), cuajada de lluvias de flores, chamanes drogados, patriarcas con olor a queso de cabra, amores entre vejetes, putas santas, jergas indígenas, muertos que no saben que han muerto, etc., me dije: voy a presentar un héroe con el que el lector de ninguna manera pueda identificarse. No será uno sino tres. ¿Por qué no? Los teólogos nos han dividido a Dios en tres, Padre-Hijo-Espíritu Santo; tres

ciegas con un solo ojo, órgano común que se lo pasan de cuenca a cuenca, son las Gorgonas; el hombre cabalístico consta de tres partes: Guff (el cuerpo), Nephesh (el alma) y Neshamah (el espíritu); etc. Peor aún: a los integrantes de mi heroico trío no se les verá el cuerpo ni la cara, porque irán cubiertos de ropa de pies a cabeza; habrán perdido la memoria; cada persona los captará de forma diferente. ¿Son estudiantes, ángeles, asesinos, viejos, niños? ¿Buscan o son buscados? ¿Saben que saben o no saben que no saben?

También me dije: no vale la pena seguir creando mundos al parecer imaginarios, pero que funcionan con los mismos estereotipos de siempre: se detesta a las malditas tinieblas y se aspira a la bendita luz; la conciencia es el bien supremo; se ensalza a la justicia honesta... ¿Y si la luz fuera nefasta, la conciencia despreciable, la justicia honesta el peor de los errores? ¿Y si no hubiera una sola realidad sino múltiples mundos subjetivos? ¿Y si toda esta multiplicidad fuera el sueño de un solo individuo?

Cuando acepté el desafío y realicé esta escurridiza novela, me encontré a incontables leguas de la literatura latinoamericana... Un consagrado escritor de esa tendencia, indignado, me trató con desprecio de «cara pálida», pidiendo abiertamente que se me extirpara de las letras nacionales mediante un total ninguneo. Hambre, sangre, política, sexo, sentimientos melosos, ¡sí! Problemas metafísicos, ¡no! Y esgrimiendo al filósofo Wittgenstein, mal digerido, sentenció: «De lo que no se puede hablar, no hay que hablar». A lo que yo contesté con un poema:

¡Pero precisamente de aquello que no se puede hablar  
hay que hablar,  
hundir la lengua en lo invisible convirtiendo las palabras  
en espejo,  
navegar en ellas sabiendo que son barcas sin tripulación,  
sin otro interés que el enigma de qué o quién las transformó  
en fantasmas,  
una presencia impalpable pero densa a la que debemos  
acercarnos  
con pasos de ciego en este universo donde todo es  
aproximación o milagro de cera!

Frente a la rabia de la mafia folklórica, me di cuenta de que en mi novela lo que yo había intentado hacer era suprimir las fronteras entre la prosa y la poesía, entre la realidad y el sueño, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la Verdad establecida y la Verdad interior.

Si en 1970 no hubiera frecuentado en México, acompañado por algunos buscadores de la Esencia, el templo del monje zen Ejo Takata, nunca habría escrito de esta forma... El japonés nos propuso meditar, arrodillados durante una semana, las 24 horas del día, levantándonos sólo diez minutos para comer y otros diez para ir al baño, durmiendo cada noche unos escasos veinte minutos, al cabo de los cuales nos despertaría golpeando con furor una lámina de latón. Así lo hicimos. Se me hincharon las rodillas, el vientre se me llenó de gases, creí enloquecer. La sexta noche, mientras mis compañeros roncaban, me despertó sacudiéndome con brusquedad implacable, me hizo seguirlo hasta una pequeña terraza, me indicó que me sentara en posición de meditación y me preguntó a gritos: «¿No comienza, no termina, ¿qué es?!». De inmediato tuve el impulso de responderle: «Dios...». Pero me mordí los labios. Sabía que si decía semejante cosa me iba a tratar de intelectual iluso. Ejo, comprendiendo que me había amurallado en un silencio impotente, tocó un gong que resonó en todo el zendô. Eso significaba que yo había sido incapaz de

resolver el koan... Humillado hasta la médula, regresé a mi hogar. Durante un mes el no comienzanoterminaqueés me torturó sin cesar. De pronto tuve la necesidad absoluta de ponerme a escribir.

¿Dónde comienza esta novela, dónde termina? ¿Y nosotros cuándo hemos comenzado, cuándo terminaremos?

Alejandro Jodorowsky

# **LAS ANSIAS CARNÍVORAS DE LA NADA**



Oyendo el murmullo de nuestras profundidades.  
Y por otro lado las ansias carnívoras de la nada.  
Frente a frente.  
Sin comprender la escritura de nuestras sombras internas.

Vicente Huidobro

## 1. Son ángeles...

Los ángeles no existen, sé que estoy soñando. Hablo solo, como de costumbre. Y sin embargo la orden fatal ha sido dada. Entre nubes negras, demasiado bellos, vienen bajando. ¡No! ¡No es posible! ¡No pueden pagar justos por pecadores! Impecables ángeles del castigo, si en este país encuentran cincuenta justos no lo destruyen, ¿verdad? Tampoco lo destruyen si encuentran treinta justos, diez justos, ¿verdad? ¿Y si hay siete justos? ¿Cinco justos? ¿Tres justos? ¿Un solo justo? ¡Cabrones, no están aquí para destruir! ¡Están aquí para encontrar ese justo! ¿Por qué nos destruyen sin buscarlo? ¡Ángeles asesinos! Evítenme este gigantesco ronquido de bestia en celo. Mis orejas sangran. ¡Y en la oscuridad del exceso de luz, con dolor de útero, debo aceptar otra vez la espantosa explosión! ¡No! ¡Tengo que abrir los ojos, tengo que chillar, encontrar la puerta, volver a la realidad! ¿He despertado? Otra vez el silencio marmóreo de ese océano sin olas... Otra vez esta playa desplomada, este camino de tierra que termina frente al muro cortado a pico de la Cordillera. Otra vez la vieja viga horizontal atravesada por rayas blancas y negras indicando que en esas inmensas rocas comienza o termina el país. Mi caseta de madera podrida se yergue junto al límite inútil. Y allí adentro, sentado, soldado polvoriento, guardián fronterizo, yo, con los ojos abiertos, trato de escapar de la pesadilla... Estoy despierto. El viento hace desfilar frente a mis zapatos sin suelas un río de latas de conserva vacías. Ésta es mi paz, este es mi mundo. El televisor, brillante, sin una partícula de polvo, no paro de limpiarlo, es lo único que limpio, nunca ha cesado de funcionar. Y en la pantalla, al mismo tiempo que yo, mi General, hermoso hombre de mil años, moreno, con los bigotes engominados y el mentón de ébano, deja de roncar, abre los ojos, bosteza, me mira, me habla:

¡CUANDO YO DUERMO EL PAÍS DUERME! ¡CUANDO YO ME DESPIERTO, EL PAÍS SE DESPIERTA! ¡LIBERTAD ES OBEDECER MI LEY! ¡NINGÚN CIUDADANO DEBE REALIZAR ACTOS VOLUNTARIOS! ¡POR LA FELICIDAD Y EL BIEN DE TODOS SÓLO YO SÉ HACIA DÓNDE VAMOS Y POR QUÉ VAMOS! ¡NO DESEO QUEMARLOS, SINO ENSEÑARLES A TENER MIEDO AL FUEGO! ¡APRENDAN A RESPETAR EL ARCA, LA TRAMPA, LA FORMA, EL CUBO, LO DENSO, LO CONCRETO, LA BOCA DEL DRAGÓN QUE SE ABRE EN FORMA DE BOSTEZO! ¡MUERA EL ESTORNUDO, VIVA EL HIPOPÓTAMO! ¡ABAJO EL HALCÓN, ARRIBA EL SABLE ENVAINADO! ¡NO A LOS JINETES DEL APOCALIPSIS, SÍ A LA JERUSALÉN CELESTE POR CUADRADA!

Perdón, mi General, si usted lo permite –en estas soledades no hay panaderos ni vacas– abriré una lata para chupar una miserable pinza de cangrejo mientras usted, Autoridad Máxima, se deleita untando la privilegiada medialuna en esa leche que no puede ser sino la de una santa virgen... Pero ¿qué es este ruido de pasos? ¿Qué son esas tres sombras junto a la muralla de rocas? ¿De dónde vienen estos personajes? ¡Cómo se atreven a avanzar hacia mi puesto! ¡Sus impermeables negros, sus antiparras oscuras y sus sombreros alones no me asustan! ¡Alto ahí! ¡Cuidado con mi ametralladora! ¡Arriba las manos! ¡No se muevan o los acribillo! ¡Silencio, desgraciados! ¡Desde ahora mismo dejan de ser lo que creen ser y se convierten en mis

prisioneros! ¡Todos los derechos les son eliminados! ¡Yo pregunto y yo contesto! ¡Los interrogatorios hacen perder tiempo y el tiempo es vida! ¿Quiénes son ustedes? ¿Adónde van? ¿De dónde vienen? ¿Del Norte, del Sur, de la Cordillera o del Mar? No pueden venir del Norte, del extranjero: detrás de esta viga blanquinegra está todo el extranjero, un muro de rocas que llega hasta el cielo. No pueden venir del Mar, es de ácido y en él, con el vientre comido, todas las barcas se hunden. Y si vienen del Sur, del interior del país, ¿por qué llegan hasta aquí, el fin de un callejón sin salida? ¡No! Ustedes no van, no hay dónde ir. Ni tampoco vienen, un páramo no puede ser la meta de nadie. ¡Ustedes han aparecido! Como en mi sueño... El mismo durante años... Tres ángeles... Venían a destruir el país... Si encontraban un solo justo no exterminaban a los millones de impíos... ¡Cómo pudieron! ¡Debían investigar antes de actuar! ¡Pero no se dieron el trabajo! ¡No buscaron la preciosa aguja en el pajar! ¡Se comportaron como asesinos! ¡Lo desintegraron todo! ¡Hicieron pagar al justo como al impío! ¡Ese ronquido de bestia en celo! ¡Esa atroz explosión! ¡Mi pobre camino de tierra! ¡Ángeles de mierda! ¡Ojo por ojo: en el sueño ustedes me hacen reventar, en la vigilia yo los reviento! ¡Tengan! ¡Que sus cuerpos quizás fríos como el de los peces se traguen mis balas ardientes! ¿Qué? No caen... No se retuercen en la agonía... No hay agujeros humeantes en sus impermeables... ¡Pero si tienen el vientre lleno de plomo! Ni una herida, ni una gota de sangre, yo tenía razón: ustedes no vienen de ninguna parte, salen de mi mente, están hechos de sueño. Las balas reales no matan a las alucinaciones.

—Ni las balas falsas matan a los seres reales.

—¿Balas falsas? ¡Silencio, he dicho! Si mi ametralladora ha fallado, este fiel revólver puede hacer que las tapas de sus sesos salten como sapos tratando de atrapar la luna. ¡Media vuelta! ¡Preséntenme sus muñecas, aquí tengo tres pares de esposas! ¿Qué? ¡No puede ser! ¡Los tres pares de esposas se han partido como si fueran de yeso! No comprendo. ¡No se muevan, debo consultar con mi General! ¿Mi General, qué es esto? ¿Por qué no me responde? ¿Por qué me mira desde la pantalla con los ojos fijos y la boca firmemente cerrada? ¿Ahora, cuando más las necesito, me escatima sus palabras? ¿Soy yo el que ve alucinaciones o el ejército me ha enviado un material inservible? ¿Por qué? ¿Acaso no merezco algo mejor? ¿Se me pasan las sobras, el acero podrido, las balas rancias porque soy el lamentable guardián de una frontera que puede guardarse sola? ¿Es por eso? ¿Debo considerar que mi puesto no tiene significado? ¿Me pusieron aquí porque yo mismo, al igual que esta viga, no valgo nada, no sirvo para nada? ¿Me han condenado a la soledad por desprecio? Aquí me abandonaron cuando era un niño. Sólo conozco este trozo de camino, un lugar siniestro que ni las gaviotas quieren usar como cagadero. Años de soledad alimentándome de pinzas de cangrejo, sumergido para siempre en un invierno de doce meses. Y sin embargo yo, fiel al deber, al pie de su imagen mi General, no he abandonado el puesto. He dormido sí, pero no continuamente. Unos minutos por aquí, otros por allá, siempre atento, obsesionado, esperando un infractor para por fin cumplir con mi deber. ¡Y cuando el infractor llega, no me dan medios para dominarlo! Estos siglos de vigilancia, de espera, no han servido para nada... ¡No por su culpa, mi General! La distracción es la peste de los subordinados. Nadie se concentra en su tarea más de un minuto. El sueño los asalta y entonces se deslizan las balas impotentes y las esposas oxidadas. Este revólver, mi General, es la primera arma que me dieron. Con él llegué aquí. Me ha servido de hermano. Sus balas son perfectas. De eso estoy seguro. En aquellos tiempos éramos jóvenes, realizábamos la acción por el placer de la acción y no por obtener algo. Y la única acción que nos interesaba era la de obedecerle ciegamente, mi General. Vea usted, yo, su más humilde servidor, no he cambiado: apoyo el cañón del querido revólver en la nuca de cada uno de estos oscuros personajes y disparo, disparo, disparo... ¡Hijos de la gran puta! ¡No pasa nada, no caen, sonríen,

parecen invulnerables! Mi General, he dejado caer el revólver de mi infancia y el polvo pegajoso le ha dado una costra milenaria. Contengo mis sollozos, me siento como perro abandonado. Por primera vez en todos estos años, apago el televisor...

–Señor, quisiéramos aprovechar este silencio para...

–¡Silencio ustedes! ¡Si no me ayudan, me ayudaré yo mismo! ¡Ánimo! Debajo de mi banco guardo cepillos, papeles, pequeños disfraces de *Pierrot*, un oso de peluche y este puñal de sacrificios. Confío en su filo sagrado... ¡Oh, la hoja de acero se hace polvo y una brisa se la lleva convertida en nube gris! ¿Entonces, estoy soñando?

–Está despierto. Las balas eran de salva y el aire salino corroe los metales.

–¿Ustedes son ángeles?

–No. Somos estudiantes.

–¿Qué estudian? ¿De dónde vienen?

–Ahí está el problema, hemos perdido la memoria. Estamos tratando de saber quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos. Por eso le decimos que somos estudiantes.

–No me vengan con cuentos. ¿Hace cuánto tiempo se dieron cuenta de que habían perdido la memoria?

–Hace unos minutos, mientras usted dormía. Bruscamente nos encontramos junto a la Cordillera, vestidos así, con impermeables negros, sombreros alones y antiparras. Hablamos este idioma sin saber de dónde vienen nuestras palabras. A veces no entendemos lo que estamos diciendo como si nuestra boca vertiera frases de un lenguaje desconocido.

–Puedo creerles como puedo no creerles. Hay algo que sé: asesinos vulgares no son. Me podrían haber eliminado mientras dormía. Asesinos complejos sí pueden serlo. Una especie de gatos celestes jugando con un ratón humano.

–¿Está equivocado o tiene razón? No lo sabemos. Hemos olvidado nuestras intenciones. No podemos decirle si tenemos o no poder. Por el instante somos inofensivos.

–¿Inofensivos? ¿Y las armas que desintegraron, las balas a las que les hicieron perder su substancia? Cuando les disparé ni siquiera se sobresaltaron.

–Hemos olvidado también el miedo.

–Esta situación es desesperante. Nadie sabe nada. Todo es ambiguo. ¿Están mintiendo, son ángeles, están jugando conmigo por pura crueldad o quieren extraer de mí una información que yo mismo desconozco? ¿Qué buscan?

–Sólo nos buscamos a nosotros mismos.

–Si en realidad necesitan ayuda, el único que sabe algo en este país es mi General. Pregúntele a él.

–¿Dónde lo podemos encontrar?

–¡Ahí! ¡En el televisor!

–Es una imagen, no puede respondernos en particular.

–No se crean. Mi General es como un libro sagrado. Diga lo que diga, siempre sus palabras sirven de respuesta. Depende de uno interpretarlas. Enciendo...

AL CONTRARIO DE LAS DE CAUCHO, LAS VAGINAS NATURALES, DE CARNE HUMANA, CONTIENEN EN SU DENSA OSCURIDAD ATAÚDES, CUCHILLOS DE PIEDRA NEGRA, PARASOLES, MURALLAS, JARDINES VENENOSOS, AGUAS ESTANCADAS, COLMILLOS, FETOS EN AVANZADO ESTADO DE DESCOMPOSICIÓN, PADRES

LÚBRICOS, TARÁNTULAS CON CABEZAS DE MADRE, DIOSES MUTILADOS, PEDAZOS DE LUNA ROJA...

–Perdone que apaguemos su televisor. No comprendemos ese lenguaje: no nos sirve para nada.

–Mi General habla diferente para cada telespectador. Enciendan ustedes el aparato y el mensaje concordará con el nivel que tienen.

–Haremos como usted dice...

NO CONOZCO LA MUERTE NI LA DUDA. NO SOY EL ESPÍRITU NI EL PENSAMIENTO NI EL OJO FRÍO QUE MIRA DESDE EL CENTRO. NO TENGO OBLIGACIONES NI INTERESES, NO SIENTO NINGUNA REPULSIÓN, NINGUNA ATRACCIÓN NI DESEOS NI NECESIDAD DE LIBERARME. ¡SOY CONCIENCIA Y FELICIDAD PURA! ¡SOY EL GENERAL!

–¡Apago! ¡Qué angustia! Nunca lo oí hablar así. Ustedes no pertenecen a este mundo. Son lo que creo que son.

–Usted no es lo que cree ser.

–¡Basta de dudas! ¡Ni mis manos ni mis pies se harán polvo! Reciban la verdad primitiva y por lo tanto pura de mis puñetazos y patadas. Por favor, cesen de esquivar todos mis golpes con esa agilidad delicada, demasiado certera. No ofrecerme resistencia es precipitarme en la desesperación. Acelero el ritmo de mis agresiones. ¡Maldición! No puedo tocar a nadie. Castigo solamente al aire. Ni siquiera recibo la confirmación de la existencia de mi cuerpo por el dolor de un ataque sólido. Me ahogo. Sí, me siento como perro abandonado. Vuelvo a mi caseta de madera muerta. Debo meditar, debo luchar conmigo mismo. Cuando se es obediente de alma, todo es una lección de obediencia. Mis balas eran falsas, mi cuchillo frágil, mi alimento podrido, mi tarea inútil, mi frontera ilusoria. Sin embargo, mi General sabe lo que hace... ¡Mi General siempre sabe lo que hace! No sé por qué me puso aquí pero si estoy es por algo. No sé para qué le sirvo pero si no me ha eliminado le sirvo para algo. Ese algo no me incumbe; él lo sabe y basta. Yo sólo sirvo para obedecer. Nadie ni nada podrá cambiarme. Obedezco aunque no reciba órdenes. Aunque nadie me vea, me oiga, me sospeche, obedezco. Aquí me quedo, aquí espero. Si mi General se digna utilizarme, bien. Si muero esperando, bien. Obedeceré hasta el último suspiro. Ninguna decisión surgirá de mí. Unos van, otros vienen, yo soy una piedra del camino. Una piedra para mi General. Si él me arroja, iré hacia la dirección que me imprima. Si me deja aquí, recibiré resignado sobre mis hombros el polvo de la espera. ¡Ángeles del Juicio, ya me hicieron perder demasiado tiempo! Si quieren acabar con el país yo no se lo puedo impedir. Si me eliminan, destruirán mi cuerpo, nunca mi obediencia. ¡Basta de ilusiones, basta de sueños, ustedes no existen! Enciendo el televisor. Vuelvo al redil, mi General...

QUIERO SERLO TODO PARA USTEDES. QUIERO SER EL PAN, LA LECHE, EL TECHO PROTECTOR Y EL AIRE QUE RESPIRAN. QUIERO SER SU CUNA, SU CAMA Y SU ATAÚD. TAMBIÉN LA MESA Y EL ROPER. QUIERO SER EL DESEO Y EL OBJETO DE SUS DESEOS. QUIERO SER EL CORAZÓN, EL AMOR, EL AMANTE Y EL AMADO.

–Nos vamos... Si fuéramos tres ángeles buscando un solo justo para no destruir el mundo,

usted sería...

—¡Sus voces no existen! ¡Esos lotos blancos que sacan de sus impermeables y depositan frente a mis zapatos sin suelas son una ilusión! ¡Como es una ilusión verlos alejarse por el camino de tierra, inclinados bajo la lluvia parda que cae del cielo sin nubes!

QUIERO SER LA PIEDRA, QUIERO SER EL CANTO, QUIERO SER EL ALA Y EL VUELO Y LA CAÍDA, QUIERO SER LA PUNTA NEGRA DE TODOS LOS FLECHAZOS. QUIERO QUE MIS BALAS PERDIDAS PEGUEN SIEMPRE EN TU PECHO, CARIÑO SANTO, SIEMPRE EN TU PECHO...

—¡Sí, mi General, siempre en mi pecho! ¡Qué placer, la baba chorrea de mi boca, el viento sopla, el océano ruge, la lluvia cae, su voz adorada se diluye en la tormenta, mi General! ¡Hay un solo sonido, una sola música, los ángeles no existen, sé que otra vez estoy soñando!

## 2. Son detectives...

–Ustedes tres son detectives, ¿verdad?

–¿Por qué cree que lo somos?

–Bueno, no es porque la ropa que llevan es fina, de ciudad, ya que siendo de provincia muy bien podrían haberla sustraído a cualquier viajero, ustedes saben que estos parajes son peligrosos y llenos de bandoleros; ni tampoco lo creería por sus distinguidas maneras de caminar ni por las manos lisas o por los rostros que bajo los anteojos negros revelan descender de extranjeros (en ese caso pensaría que son espías); sin embargo, en este camino y a estas horas, saliendo del pueblo y sabiendo como yo sé que la próxima aldea está a cien kilómetros, tienen que traer alguna misión... Andan investigando.

–¿Qué podríamos investigar en este camino desierto?

–Ahí está el misterio. Los detectives tienen siempre algo que investigar en sitios que uno cree vacíos y, sin embargo, al introducir ellos el índice surgen inevitablemente indicios de una culpa no por lejanamente enterrada menos atroz. El hecho de que ustedes marchen por aquí prueba que hay algo muy importante que debe ser descubierto.

–Mire señor, somos simples estudiantes. Estamos viajando a la ventura...

–No me vengan con cuentos. Los vi pasar frente a mi ventana, en el pueblo, e inmediatamente me di cuenta de que traían algo oculto. Por eso he venido siguiéndolos.

–¿Qué? ¿Usted no va a ninguna parte sino que nos acompaña?

–Así es. Y tengo mis razones. En el fondo me dije: ¿cómo es posible que nuestro pueblo, tantos años olvidado por el General, se vea de pronto con tres Emisarios Especiales, disimulando su cargo de la manera lo más imperfectamente posible, quizás con la intención de que nos demos cuenta a través de ese mal disimulo de que nos ha llegado la hora del juicio? ¿Quién puede jactarse de no tener una culpa importante? Los que no la cometieron en la vigilia la perpetraron dormidos y es totalmente seguro que mi pequeña aldea a pesar de su calma guarda en los subterráneos inquietantes secretos. Sí, el General ya debe de haber oído acerca de nuestros subterráneos. Poco a poco, con progresivo horror hemos ido descubriendo que bajo cada casa hay sótanos, piezas y más piezas hundiéndose hacia la tierra, pobladas de antiguos muebles y máquinas y quizás familias. ¿Quién se ha atrevido a visitarlos? Yo creo que nadie. Hemos sido capaces de descender a lo más tres o cuatro pisos, pero estamos seguros de que se extienden como verdaderos pozos miles de metros hacia el fondo. No sé si se dieron cuenta de que de las chimeneas de nuestras casas sale un incesante gruñido que viene de abajo. Algunos ancianos vaticinan para pronto una invasión de cerдостopos... Sí, me dije, atraviesan el pueblo para dejarnos suponer que son y no son caminantes, pero su misión tiene que ver con nosotros. ¿Y por qué hablo en plural? ¿Quizás vienen a investigarme sólo a mí?

–¿Cómo puede creer eso, señor, si ni siquiera nos dimos cuenta de que nos seguía? ¿Si lo dejamos marchar junto a nosotros sin preguntarle nada?

–Muy simple. Nadie los vio pasar salvo yo, la prueba es que de lo contrario otros más estarían caminando con ustedes. Calculé que pasaron expresamente frente a mi ventana, ocultándose, con la habilidad que caracteriza a los emisarios del General, de los demás vecinos. Sí, me dije, llegó mi

hora. Es necesario confesarlo todo. Y la prueba más certera de que se trata efectivamente de mi persona es que no me han hecho preguntas. Evidentemente, ¿cómo preguntar si la culpa es infinita? Una pequeña pregunta, limitada como todas las preguntas, me hubiera calmado, me hubiera hecho pensar: son jóvenes curiosos que andan haciendo un censo, averiguando cosas para alguna antología del pensamiento popular o qué sé yo; pero ese significativo silencio ha probado que ustedes están en el Gran Secreto y afirma que no es a la Investigación a quien corresponde preguntar sino escuchar y que es el acusado quien debe hablar, escarbar en sí mismo, no con una limitada frase, sino abriéndose como la tapa de un baúl y dejando salir lo que seguramente está escondido allí.

—¡Pero señor, créanos, nosotros no lo consideramos culpable ni tampoco hemos venido a averiguar nada! Simplemente marchamos hacia el Sur, porque no tenemos dinero para comprar los billetes del tren.

—Señores, basta de disculpas infantiles, porque ellas me hacen sospechar, por lo increíbles, que son expresamente simples para que yo no las crea y así afirmar vuestra real calidad. Les pido clemencia, no usen caminos tan tortuosos para su careo; ya sé que la situación es grave y que en ello me va la vida, pero hasta donde es posible solicitar clemencia de tan altos enviados, así la pido. Ustedes ya saben que de mis subterráneos escapa un olor nauseabundo. Pero les juro que no es por los cadáveres que actualmente encierran, porque aun antes de pensar en convertir mi casa en el cementerio del pueblo, la fosa común sin fondo que tanta falta hacía —como el General lo debe de tener registrado—, la increíble rapidez con que nos reproducimos se compensa con la gran cantidad de muertos diarios que tenemos, las casas se llenan de trillizos, a los diez años las mujeres están engendrando y pariendo. Ustedes, cuando seguramente abrieron una puerta, se encontraron con las piezas repletas de bebés y de agonizantes, pero esto es por demás conocido; convertí mi casa en cementerio porque desde siempre emanaba de los sótanos un constante olor a carne corrompida y un ruido de millones de animales royendo. La única posibilidad de ser aceptado socialmente, me dije, es la de hacerme sepulturero y convertir mi hogar en fosa común. Y desde entonces no cesan los entierros. Colocamos al muerto en posición fetal dentro de un ataúd en forma de esfera y lo empujamos por la escalera. Escuchamos al muerto golpear contra los escalones descendiendo, cada vez más rápido. El ruido se pierde a lo lejos, pero sabemos que continúa, que todos nuestros difuntos siguen aún rodando por una escalinata de piedra hacia un fondo que quizás no exista. El profesor de matemáticas opina que uno de estos días tendremos una lluvia de esferas de madera y que los muertos nos comenzarán a caer en la cabeza. Sí, la culpa hay que buscarla en otra parte que en el olor que emana de mis ventanas. Este barro que cubre mi traje es el distintivo que he descubierto para el oficio que hago: «Polvo eres...». ¡Por todo esto, señores, les pido clemencia, les pido que muestren su real categoría, dándome los golpes necesarios, torturándome como la Investigación sabe hacerlo, quitándome la vida si es necesario! Traigo ya en un bolsillo una hermosa navaja recientemente afilada, la misma que cada habitante de la aldea porta en caso de una repentina invasión del subsuelo.

—Mire señor, guarde su navaja y sus historias y déjenos continuar nuestro camino en paz.

—¿Continuar el camino? ¡Eso quiere decir que estoy irremediablemente condenado! Que de antemano saben que la culpa es tan enorme que ni siquiera necesito ser torturado de evidente que es. Ustedes no son verdugos, sino detectives. Ya sé, en algunos segundos, el General tendrá vuestros informes y entonces vendrán esas terribles entidades que todos conocemos. ¿Han visto que el pueblo no tiene luz eléctrica? Es por los verdugos, para que, cuando pasan planeando en la noche, no descieran sobre nuestras pobres casas... Vivimos en las tinieblas, en lo más oscuro de



las piezas, tratando de no movernos, no sea que un gesto de brazos resulte un símbolo prohibido; no hablamos, cumplimos solamente el «Creced y multiplicaos», fervientes, metódicos y comemos nada más el musgo que crece en la humedad de las paredes; todo aquello por temor a vuestras entidades. Y ahora yo, pararrayos de mi aldea, recibiré el cruel enjambre. ¡Prefiero el suicidio!

–Suelte esa hoja señor, no luce, no llore, lo tenemos inmovilizado, no impida que le rompamos la camisa y vendemos la herida que se infligió en el cuello. No sea tonto, usted se equivocó. ¡Somos conspiradores! Como usted, estamos contra el General.

–¡Eso sí puedo creerlo! Ningún detective osaría declarar que es un conspirador. Ni siquiera en alta empresa el General permitiría aquello. Un detective se calla, inventa un oficio, pero siempre de manera torpe para que en todo momento sepa el ciudadano que está vigilado. ¿Por qué la poderosa Investigación tendría que ocultarse? Por el contrario, cuando ella no está presente, todo el mundo vive ocultándose a sí mismo lo que sabemos es su esencia: la culpa. Pero cuando aparecen los detectives, surge como un fermento todo lo escondido, y hay espuma pecaminosa corriendo a chorros por las puertas de las casas. ¿Entonces, ustedes son conspiradores? ¡Maravilloso! No necesitan contarme nada, no quiero saber contra quién luchan, eso lo saben sólo ustedes, como muy bien pueden no saberlo. La Conspiración, antes que una lucha en lo real, es una dimensión del espíritu. El General es tan extenso que conspirar contra él se hace imposible. ¿Hacia dónde dirigir los golpes? ¿Cómo dar con un punto vital? Se desplaza tan rápido y tiene tal energía que prácticamente es invencible. Alguna gente culta, a la que yo pertenezco, cree que la Conspiración surge un día en forma de pensamiento, que luego convertida en emoción invade todo el espíritu y por fin, como deseo fijo, obliga al ciudadano a abandonar ciudad, oficio, familia, para deambular ocultándose; viajar sin rumbo, conversar en voz baja siempre sobre temas banales; cambiar de santo y seña cada dos minutos y desconfiar de todos y de sí mismo. Sí, ustedes corresponden exactamente a los cánones de la Conspiración. Pero ahora que han debido decirme la verdad para salvar mi vida están comprometidos, en peligro. Las palabras pueden ser grabadas por los pájaros. ¿Se han fijado en aquel buitro? Nos ha seguido todo el tiempo. ¡Los ayudaré a escapar! A cien metros de aquí hay una gasolinera. A estas horas el camión que carga excremento humano para llevarlo a una fábrica de abono debe de estar allí. A causa del olor, el chófer nunca verifica su mercancía. Yo he aprovechado esta ventaja para hacer pequeños viajes a la aldea próxima sin necesidad de tomar el tren; voy por asuntos de mi paraguas, ¿saben?

–Gracias señor, le agradecemos mucho y estamos seguros, la causa recibirá su aporte que aunque modesto, ya que nuestras vidas nada representan, es un aliento más para la Conspiración...

–Señores, al mismo tiempo que culpable, cada ciudadano es un conspirador. No nos rebelamos ante una idea precisa, sino contra la idea que tiene el Poder en ese momento. La culpa muy en el fondo es siempre la misma, ¿pero quién la conoce en su verdadera esencia? Cada ideología que triunfa revela otro matiz. A cada nueva metamorfosis del General, un nuevo sentido de la culpa. Es por eso que el verdadero conspirador no lucha contra un régimen tal o cual, sino contra la culpa misma. O, para ser más exacto, no contra la culpa, porque ella es imborrable, sino contra el sentimiento de culpa. Los conspiradores propenden a adiestrar el espíritu humano para enfrentar la culpa, aceptarla y, a pesar de ella, sentirse completamente inocentes; nadie es perseguido por tener brazos o piernas, ¿por qué entonces temer si la culpa es nuestra alma?... Por esto os admiro, no por no tener miedo, porque lo tienen, sino porque a pesar del terror han sido capaces de aceptar en ustedes mismos la Conspiración convirtiendo sus vidas en una eterna fuga. Nosotros en las piezas oscuras de nuestra aldea escondemos incontables manuscritos –sabemos que el General los quema porque no cree en la palabra escrita– en donde se habla de

conspiradores que logran viajar hasta cuatrocientos kilómetros; hay leyendas que cuentan que la tierra es redonda y que siempre esos valientes vuelven al punto de donde partieron. En grupos leemos esas páginas a los agonizantes para reconfortarlos, a pesar de que, por su crecido número, son la clase dominante. Ellos dan órdenes, organizan ahogándose los bailes clandestinos; violan a las más bellas doncellas perdiendo la vida, se emborrachan y tiranizan a sus hijos; han formado el monopolio del musgo y se hartan con las yerbas dejando a los sanos un miserable montón de hojas secas... Pero cuando un vecino enferma y comienza a morir, la cosa cambia; tiene, lo que dura su deceso, la aldea a sus pies. Una de las metas de los jóvenes de nuestro pueblo es contraer una enfermedad grave para agonizar lo más rápidamente posible... Mas yo parlo y allí está el camión. Marchemos sin hacer ruido; consejo por demás inútil ya que los conspiradores marchan más disimuladamente que un felino. Aquí hay unos sacos, pequeños sí, pero si se tienden sobre ellos sin moverse no se mancharán para nada. Claro que los zapatos deberán sufrir un tanto, porque hay que dar dos pasos en el excremento para extender las telas, mas, en fin, la libertad relativa tenemos que pagarla a algún precio. ¡No, no se muevan, pueden ensuciarse las mangas! Adiós, les debo la vida.

–Ahora que el camión parte, señor, y nos alejamos de usted, ¿podría decirnos lo que lleva dentro del paraguas?

–¡Ah, traidores! ¡El camión va muy rápido, no puedo alcanzarlos! ¡Eran detectives! Solamente los detectives preguntan lo que hay en el interior de los paraguas. ¡Desgracia para mí, para todos, he sido descubierto!

### 3. Son ancianos...

–Como un animal enfermo, el camión, con su velocidad de siempre, trata de llegar a un destino que cada noche se aleja más. Dejándose acunar por el ruido sordo del motor, esos tres ancianos, con sus lenguas resacas vacías de palabras, viajan encogidos para no mancharse con el excremento. Hace horas que observo, oculta bajo este montón de sacos, los múltiples arabescos que las arrugas forman en sus narices ofendidas. ¡Qué despreciable decrepitud! Yo, a pesar de mi cuerpo estriado lleno de costras y pellejos, a pesar de mis ciento cincuenta años, elegante, aunque cubierta de harapos, con movimientos que a mucha honra semejan a los de una gran rata, me desplazo ágil y certera a través de las deyecciones considerándolo mi elemento natural... ¡Buenas noches, queridos!... No se sobresalten, no se enmierden las manos, yo no muerdo. ¿Con qué dientes?... Déjenme que me acerque a ustedes para olfatearlos un poco... Eso es... ¡Mmm, un miserable olor a cuerpos limpios! ¡Qué risa! ¡Qué ingenuidad! Trabajaron, respetaron, se lavaron, creyeron extirpar la podredumbre de sus pequeños mundos y aquí vinieron a parar, igual que todos los otros ancianos. ¡La sociedad los ha expulsado como a mojonos!

–Señora, nos subimos en este camión por falta de dinero. No pensamos que estuviera ocupado. Descenderemos inmediatamente si nuestra presencia la incomoda.

–¡Viejos estúpidos! ¿Tres ruinas como ustedes adónde irían si saltaran del camión? A una muerte sin significado, devorados en las dunas por los coyotes. Si continúan aquí, por lo menos servirán de abono. Llegando a la fábrica, los triturarán y mezclados a la mierda podrán enriquecer la tierra de esta patria que los vio nacer.

–Ya le dijimos, señora...

–¡Callen el hocico! ¡Los oí! Puedo estar casi ciega, pero no sorda. Al contrario, oigo cosas que ningún ser humano oye. Por ejemplo, les puedo decir que los gusanos cantan cuando devoran a los muertos. Donde los otros ven siniestra podredumbre, yo oigo coros celestiales.

–Usted se equivoca, no somos viejos...

–No digan más necedades. Los arrojan a la basura, consumidos, anémicos, hechos un grito de pellejo y huesos, y todos insisten en que no han envejecido, aferrándose como sanguijuelas al instante, no queriendo reconocer que la barca se hunde, que la estatua de sal se disuelve en el océano, que las referencias se esfuman y que la nada abre su vulva sin fondo...

–Insistimos, señora, estamos recorriendo este camino de Norte a Sur en un viaje de estudios...

–¡Ay! El camino no tiene fin, nunca nadie lo ha recorrido entero. Una faja de tierra seca, monótona, entre el Mar y la Cordillera, siempre igual, durante millones de millares de kilómetros. Pero no hay uno solo que acepte el sacrificio: quieren que el viaje continúe, verlo todo, aunque sea de un tedio mortal. ¡Vamos, abandonen y confórmense con su fragmento!

–Señora, comprendemos su filosofía, pero le aseguramos que nos confunde...

–No sigan ilusionándose, ya no pertenecen al mundo, ya sólo son parte de la carga de este camión. ¡Entréguense de una vez a mi oscura y fétida materia! ¡Dejen que los arrastre hacia ella! ¡No resistan!

–¡Basta, señora! ¡No nos obligue a defendernos! ¡Quite sus garras de nuestros impermeables!

–¡Oh! Casi me han quebrado las muñecas, pero los compadezco. Mis pobres, mis pequeñas

carroñas, caigan del sueño a la vulgar carne... Dejen que escarbe un tanto entre los sacos: aquí está el televisor portátil que la Ley nos obliga a poseer so pena de fusilamiento. Sus pilas me son fieles: aún funcionan... Saluden el busto heroico y orgulloso de nuestro General y véanme junto a él, comparen... Sin embargo, yo también, como ustedes, tuve mis ilusiones; fui su primera mujer. Juntos edificamos este país. Yo lo ayudé a construir el camino. ¡Cuánta esperanza, cuánta energía! Era un trecho pequeño, limitado, de buena y fragante tierra. Lo alimentábamos de asfalto, lo acariciábamos alisando su superficie como si fuera el más querido de los hijos. Fornicábamos sobre él entregándole nuestros goces. Y creímos que esa felicidad no terminaría nunca. Pero de pronto el camino empezó a crecer por sí solo; comenzó a alargarse junto al mar como una flecha inmensa; reventó al pavimento; destruyó los edificios; todo lo hizo inestable. Tuvimos que vivir en carpas flotantes, mientras el suelo se escapaba hacia la noche, hacia un futuro que jamás sería el nuestro... Yo empecé a envejecer. El General no puede hacerlo: su alto cargo se lo prohíbe, debe permanecer fiel a su imagen, ser el eje inmóvil de la ola que va estallando. Es una tarea dura, un sacrificio. No sé cómo lo hace: su rostro es el mismo del pasado. Ni un solo pelo del bigote se le ha caído... Yo me le fui yendo, de arruga en arruga, como por una escalera... Él quiso no verlo, obligándome a dar carcajadas de rumbera, a edificar capa por capa un muro de maquillaje, hasta que una tarde, después del peor de mis derrumbes, lloró con la boca hundida en mi vientre de momia... Le rogué que me cambiara por una hembra joven, pues ésa es la imagen potente que el Pueblo exige para admirar su pene sagrado. Desde entonces, ejércitos de mujeres han dormido en su catre de campaña. ¡Pero nuestro amor sigue intacto! Nada nos separará nunca. Ahora mismo, desde la pantalla fría, el General me habla sólo a mí. Sólo a mí... Ay amor, su voz me hace danzar en éxtasis por el excremento...

¡DE MI PUENTE AL RÍO DE TU SANGRE,  
DE MI SED A TU ENJAMBRE DE OCÉANOS,  
DE MI SILENCIO A TU DANZA ASESINA,  
HIJA INFINITA, MADRE DE MIS BESOS,  
VIENTRE FINAL DONDE NACEN LOS COMIENZOS,  
TEJE EL MUNDO, CON TUS CUATRO LABIOS  
HUMEDECE EL DESLIZAMIENTO DE LA SOMBRA,  
VIVE COMO UN PÁJARO HAMBRIENTO  
EN MI CORAZÓN!

—¡Quiero atravesar con mi frente la pantalla! ¡Quiero besar el épico orgullo de tu boca!  
¡Quiero, como una puerca, dar gruñidos granates! ¡Quiero vaciarte en la cara las tripas de mi alma!

—Lo sentimos mucho, señora. Compartimos su dolor. Estamos seguros de que el General sufre como usted.

—¡Cierren la boca, viejos desgraciados! ¿Quién sufre? ¿De qué dolor hablan? Nada ha cambiado entre nosotros. Nada cambiará nunca. Aunque estamos separados por el espacio y por el tiempo, seguimos juntos. Él, muy alto, en el centro espiritual y yo, abajo, en la circunferencia de la podredumbre. Los dos extremos del mismo bastón. Yo sin él no existo, pero él, sin mí, no es nadie. ¿Quieren saber la verdad? Déjenme apagar el televisor para que no nos escuche... Con mis ahorros fui comprando acciones hasta ser la propietaria de las trituradoras de abono. ¡Todo el

excremento del país me pertenece! Si yo ceso de producir, las plantas mueren, el suelo se convierte en desierto y mi General se queda sin nada, dando órdenes en el vacío.

–La comprendemos, señora: de su trabajo depende el destino de la patria...

–No me comprendan tanto. En esta vida, cada caricia viene acompañada por un golpe. No me refiero a ustedes: decrepitos como están no serían capaces de empuñar las manos. Lo digo por este magma: ¡ya ni en el excremento se puede confiar! Vean nada más... Si levanto los sacos que cubren el fondo del camión aparecen estos brotes de plantas de loto. Observen las flores: con sus colores lúbricos, su perfume insidioso, sus ocho pétalos abiertos como putas hacia la luz, hacia «la vida», hacia «la conciencia», hacia «la belleza»... Nadie diría que son hijas de la fétida y blanda y oscura fealdad. Yo no sé de dónde vienen; es una verdadera plaga. Surgen del fondo de la hez y con rapidez diabólica se abren paso hasta la superficie para desplegarse como gritos delirantes hacia la luna o las estrellas. Pero aún, si alguien enciende un fósforo, sus capullos estallan hacia la llama dando ladridos ávidos, dejando caer de sus corolas hirvientes jugos azucarados... Mi negro cargamento avanza resignado en la noche oscura a través del silencio mortal y de pronto, como un sacrilegio, su superficie se cubre de un jardín lúbrico. Y yo, temblando por la fiebre, con los ojos ardiendo y la nariz devorada por ese perfume de otro mundo, durante centenares y centenares de kilómetros me afano tratando de arrancar la aberración... ¡Miren, allí surge una más! ¡Monstruo procaz, no me resistas! ¡Por piedad, ustedes, con las fuerzas que les queden, ayúdenme a extirpar esta maldición! ¡Quiero que mi abono sea puro, perfecto en su ignominia! No se hagan de rogar... Tómenme por la cintura, ¡jalemos, hagamos un esfuerzo sobrehumano... ¡Maldición! El tallo se ha quebrado, no hemos avanzado ni un milímetro. Nunca se logra arrancarlas de cuajo. Tienen raíces comunes, invisibles. Pienso que no nacen en el fondo de la carga, sino que vienen de más lejos. Profundas, bajan por las ruedas del camión y como largos, inmensos filamentos entran en el corazón del planeta... ¡Vean aún! Escarbo en cualquier sitio... ¡Tres lotos más! Apenas extirpo una, diez voraces flores surgen en otro lugar abriendo sus hocicos blancos. Entonces vienen nubes de abejas golosas a sumergirse en esas vaginas dulces y el néctar espeso chorrea en cascadas y los zumbidos de placer me vuelven loca y como movida por una voluntad ajena me froto los senos, abro las piernas, meto los dedos en mi sexo. ¡Ayúdeme, mi General! ¡Sáqueme de estas alturas, déjeme quedar en el abismo! ¡Basta! Cuando el camión llega a la trituradora, la carga está perdida. Estos lotos siniestros lo han consumido todo, no queda una gota de excremento... Si la plaga nos roba la podredumbre, ¿qué será de mí, de nosotros, de este país heroico? Le he rogado a mi General que me envíe maniatados a los presos políticos, los huelguistas, los enfermos graves, los ancianos, los desobedientes, los haraganes, los confusos, todos los extranjeros... ¡Sépanlo! El país, desde hace mucho, ya no vive del abono clásico vuelto inútil por la invasión de lotos... El suelo patrio vive de un puré de carne y huesos que proporcionan los ciudadanos inútiles admirablemente bien triturados... ¿Comprenden ahora por qué les hablo tanto? ¿Por qué me gasto en convencerlos? ¡Húndanse ya en mi pobre caca! Enriquezcanla con sus cuerpos resecos. No lo hagan por mí ni por el país: ¡háganlo por el General! Cada ciudadano sacrificado agrega una nueva sonrisa a su rostro.

–Muchas gracias, señora, pero no tenemos vocación de abono. Las nuevas sonrisas del General nos dejan fríos. Preferimos saltar del camión. ¡Adiós!

–¡No pueden hacerme eso! ¡He aprendido a brincar como las arañas para caer sobre los insubordinados y sacudirles el polvo! ¿Qué es esto? Las nubes no navegan contra el viento ni las olas van a estallar al centro del mar. Hay un destino biológico del que nadie puede escapar. ¿Quiénes son ustedes? Parecen acabados y se permiten rechazar la mejor puerta de salida. ¿En fin,

qué hay detrás de esas antiparras? ¡Arranquémoslas! ¡Ay, General mío, me perforan los ojos!  
¡Rápido, no resisto más, cubran eso!...

–Pero señora, nuestros ojos son como los de todo el mundo.

–¡No mientan! Yo vi la profundidad del abismo.

–Usted está casi ciega.

–¡Mis ojos oyen! Ustedes son más viejos que el tiempo. Traen la plaga de lotos. Van a llenar la tierra, el mar y las montañas con sus flores. Van a multiplicar la vida. ¡Moriremos entre abejas y perfume!

–Señora, no delire. ¿Qué podemos hacer para mitigar su sufrimiento?

–Por lo que más quieran, no se burlen. El mal ya está hecho. ¡Ahora, váyanse!

–Antes, es nuestro deber decirle...

–¡Ya no nos queda nada más que decir! ¡Nunca me convencerán de lo contrario! ¡Salten del camión!

–¡Permítanos, señora! Son alucinaciones. Esas flores no existen. ¡No nos ha mostrado plantas, sino alambres oxidados!

–¡Fuera de aquí, embusteros! ¡Desde lo más profundo de mí los maldigo! ¡Fuera he dicho!

–¡La plaga es sólo un producto de su imaginación, señora!

–¡Son ustedes los que deforman la realidad! ¡Esto que usaré como látigo es una planta de lotos y no un pedazo de alambre oxidado! ¡Cobardes, basta una débil amenaza para que salten del camión y rueden como sapos desapareciendo en la sombra! Vuelvo a ti, General. Enciendo el aparato. Apareces llorando como un niño. Yo también lloro. Mientras la luna desaparece lentamente, a través del excremento van creciendo lotos hasta cubrir con su blancura toda la superficie de mi carga... Las cosas iban bien. ¿Para qué necesitábamos el presente? Las sagradas rutinas nos permitían vivir en nuestro trecho de camino. Todo iba cambiando, menos nosotros. El pasado imponía sus leyes al futuro. Alrededor de ti, mástil central, nuestro mundo giraba en un perfecto círculo vicioso. Pero ahora ha comenzado la terrible época de las vacas gordas. Llega el nuevo mundo de la Conciencia. La santa duración de las tinieblas ha terminado. ¡Desgracia para todos nosotros! ¡Me sumerjo en el espeso jardín! ¡Escucho los zumbidos de millares de abejas! ¡Soy la oscuridad!

## 4. Son ministros...

Hemos caminado infatigables bajo el lamento de esta noche que nos dice: nunca cesaré. El camino de tierra, oprimido entre el Mar y la Cordillera, parece el largo cadáver de una culebra. No vemos volar un pájaro. Allá arriba, en un picacho abrupto, un gran nido de Cóndor, lleno de huesos, humea su polvo de ramas calcinadas como un pequeño y triste volcán. Se oye el llamado de una bocina de alarma. Llegamos ante la boca de una mina de carbón por donde sale un humo semejante al del nido del Cóndor pero en mayor cantidad. Un obrero de doscientos kilos, con una faja tricolor en la cintura, escruta tosiendo hacia el interior del hoyo negro. Sus matones, con cascos de soldado, matracas y fusiles, impiden el paso de una multitud de mujeres que aplaude y lanza gritos de júbilo. El gordo delegado trata de calmarlas agitando sus manos sudorosas. Nos acercamos a él. Es curioso, nadie nos impide el paso, nadie nos habla, nadie nos mira. Para ellos somos invisibles.

—¡Calma! ¡No empujen, señoras! ¡Hagan cola! ¡Confíen en mí, su Delegado! ¡Mi peso no me impide actuar con la celeridad que esta magna ocasión exige! ¡Se está haciendo lo necesario! ¡Todas podrán ver los restos de sus maridos! (¡Malditas explosiones, el ascensor no funciona todavía! ¡Qué esperan para arreglarlo!) ¿Eh? ¡Un sobreviviente! ¡Viene trepando por el cable! ¡Hagan callar la bocina! ¡Ánimo, compañero, déme la mano! Comprendo que no me la pueda dar, le queda sólo una. No se suelte. La mano se la voy a dar yo... Sigo comprendiéndolo: desea subir sin ayuda, ¡no quiere que lo prive de este momento de gloria! Eso es, agarre el borde, trepe minero. ¡Se ve hermoso con ese muñón y el traje desgarrado y manchado de sangre y carbón! ¡Aplaudan, señoras! ¡Admiren la sonrisa altiva y alegre de este herido! ¡Digno obrero, en nombre del General le pido que se deje estrechar entre mis brazos! ¿Cómo fue esta vez?

—¡Tuvimos suerte, Delegado! ¡Fue la explosión silenciosa más intensa que hayamos padecido! ¡Batimos el récord nacional! ¡Todos murieron!

—¡Todos! ¿Me lo asegura?

—¡Se lo aseguro! Yo escapé por milagro. Hay miles de mineros despedazados. Las máquinas basureras están acumulando los restos. Vi un enorme cerro de carne. No se puede identificar a nadie. ¡Qué orgullo, señor Delegado: nuestra mina pasará a la historia!

—¡Sí, compañero, y usted como único sobreviviente entrará en la historia junto con ella!

—¡Gracias! ¡Bendito sea el General! ¡Muero feliz!

—¡Sigan aplaudiendo, señoras! Cuando el minero abandona la mina, ésta se llena de sapos. ¿Cuándo la mina se llena de sapos? ¡Nunca! Porque un minero nunca abandona su mina. ¡Este glorioso manco, previamente disecado, bajará con nosotros cada día, como mascota, para seguir trabajando sus doce horas diarias! ¡Nunca lo olvidaremos! ¡Guardemos por él cinco segundos de silencio!

—Ahora que todos saludan inmóviles hacia la imagen del General en el televisor gigante, atraeremos la atención de este hombre en forma de bola... Señor Delegado, ¿podemos ayudarle en algo?

—¿Qué? ¿Quién me habla?

—Nosotros tres.

—¿Dónde están?

—¿Acaso no nos ve?

—No. Quizás la Cordillera me trae el eco de sus voces lejanas.

—Estamos aquí, a su lado. Toque: éstas son nuestras manos. Pase sus dedos por nuestros cuerpos...

—¡Oh, es cierto, ahí están! ¡Los tres Ministros que estábamos esperando! Debe de ser una ceguera momentánea, producto de la explosión. Pero ella no impide que mi tacto se dé cuenta de que sus ropas son ligeras. Vienen vestidos de verano, por supuesto. Junto al General siempre hace calor. Aquí van a padecer frío. Por suerte les teníamos preparados los suntuosos abrigos de pieles con condecoraciones cuajadas de joyas que usaron en las precedentes visitas. Pueden ponérselos. Eso es. ¡Así, con los abrigos, ya puedo verlos, Excelentísimos Ministros del Santo Olvido! ¡Qué alivio que hayan llegado tan rápido! ¡Antes se demoraban meses! ¡El Gobierno, bendito sea, se hace cada vez más eficaz!

—Señor Delegado, no llegamos a comprender...

—¡No me sorprende! Nadie llega a comprender estas explosiones. Si fueran como todas las otras, no sería difícil. En las minas siempre hay escapes de gas; basta una mínima chispa para que el accidente se produzca lanzando un sano estallido aceptado y comprendido por la comunidad. ¡A tal causa, tal lógico efecto! Pero nuestras explosiones son silenciosas y no tienen causa. Las medidas de seguridad funcionan, la vigilancia es perfecta, nadie comete un error... y de pronto, en el aire viciado de una oscura galería, se forma un punto de luz intensa que, en fragmentos de segundo, crece como un sol. Los mineros, cegados por ese resplandor que los traspasa, lanzan gritos que no son de dolor, sino de éxtasis. La piel cae, la sangre hierve, el cerebro se transforma en diamante y luego todo revienta sin ruido. Ese silencio invade al mundo y durante un minuto eterno, mientras el suelo tiembla, los pájaros se callan, las olas enmudecen, el viento no resuena, los perros se quedan sin ladridos y el General pierde la palabra. En la negrura de las galerías se pasea la entidad maligna, un error congénito, una fiera de luz intentando demoler las bases de nuestro país. Lo importante no es comprenderla, sino eliminarla. ¡Ustedes nos ayudarán en nombre del General! ¡Gracias por llegar a tiempo!

—Estamos aquí por casualidad, señor. No sabíamos nada de este accidente. No nos interesa luchar contra tal enemigo, si lo hay.

—¡Eso es! ¡Así quiere el General que actuemos: como ustedes! ¡Digno ejemplo; no por nada pertenecen a la Suprema Orden del Santo Olvido! El jefe Máximo nos lo ha revelado: las cosas existen porque creemos en ellas... La fe es un arma de dos filos, a veces puede engendrar monstruos. ¡Nosotros, por todos los medios, debemos ignorar este fenómeno subversivo de la Naturaleza! ¡Definitivamente no creemos en explosiones mudas! ¡No existen! Haremos que este accidente, como los otros —¿ha habido otros?—, se borre de nuestras memorias. ¡Aquí no hay duelo nacional, hay fiesta nacional! Digan a la multitud: «¡Bravo! ¡Vivan los Ministros! ¡Viva el General! ¡Vengan los regalos!»). Las familias obreras los esperan impacientes: ¡qué honor para estas mujeres ser, primero, honoradas, y segundo, consoladas por tres importantes Ministros en persona! ¡En estos sacos hay medallas, cigarrillos y chocolates! ¡No vacilaremos en taponar las bocas sollozantes con bombones! ¡Condecoraremos a todo el mundo! ¡Regalaremos hasta veinte cigarrillos por cabeza!

—Señor, usted se confunde... No somos...

—¡No somos avaros, es cierto, lo reconozco! ¡Llegaremos hasta veintiún cigarrillos por cabeza!



—¡Basta! Vamos a aclararlo todo...

—¡Exacto, basta! ¡Menos palabras y más acción! ¡Vengan las banderolas! ¡Que comience el reparto! ¡Música de fiesta! ¡Suban el volumen del televisor!

¡BIENAVENTURADOS LOS RICOS, PORQUE DE ELLOS SERÁ EL REINO DE LA TIERRA! ¡MALDITOS LOS QUE TENGAN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, PORQUE MORIRÁN DESNUTRIDOS! ¡MALDITOS LOS QUE LLORAN, PORQUE SERÁN TORTURADOS! ¡BIENAVENTURADOS LOS SOMBRÍOS DE CORAZÓN, PORQUE ELLOS ME VERÁN EN CARNE Y HUESO! ¡GOZAD Y ALEGRAOS: ESTOY SOBRE USTEDES, PERO TAMBIÉN ESTOY EN USTEDES! ¡ALELUYA, SOY EL GENERAL!

—¡Pueblo sufrido, elevando mi opaca voz de obrero después del brillante canto con que nuestro Mandatario supremo y único nos ha comunicado su inolvidable sermón, es mi deber de modesto Delegado decirles: toda desgracia es la raíz de una fiesta! ¡Demos el ejemplo; convirtamos nuestro dolor en dignidad patriótica! ¡El espectáculo no hace más que comenzar: mientras otras celebridades vienen en camino, aquí ya han llegado estos tres generosos Ministros del Santo Olvido! ¡Recibámoslos con la amistad desinteresada de la gente sencilla y, dejando entrar en nuestras bocas amargas la alegría mixta del chocolate y del tabaco, lancemos en su honor tres vigorosos hurras mientras por la boca humeante de nuestra mina emerge, ahora que otra vez funciona el ascensor, un descomunal montón de trozos de carne! Esos aplausos calurosos nos reconfortan, gracias. ¡Compañeros guardianes, traigan la balanza, la pesa de veinte kilos y los sacos de plástico para que procedamos al reparto!

—¿Otro reparto? ¿Cómo pueden alegrarse en estas circunstancias?

—¡Aquí las cosas se solucionan con equidad, Excelentísimos Ministros, sin discusiones ni roces! ¡Como nadie puede identificar su cadáver, cada viuda recibe un saco con veinte kilos de restos!

—¡No es posible!...

—Ya sé, Excelencias, no es posible. Veinte kilos no es el peso de un difunto normal, pero con estas explosiones, el setenta por ciento de los cuerpos se hace humo. El treinta por ciento que resta tiene que alcanzar para todos. ¡La ley pareja no es dura! ¡Además, esos pocos kilos les permiten reducir el tamaño de los ataúdes y de las tumbas, lo que es una magnífica economía!

—¡Mire señor, estamos cansados de que se nos tome por lo que no somos! ¡No queremos participar en su asqueroso reparto!

—¡Oh, Excelentísimos, cómo se ve que el anterior Delegado, felizmente desintegrado por una explosión, no supo tratarlos con la fineza que se merecen! Nunca yo cometería el grosero error de dejarlos tocar los despojos. Eso está para nosotros los mineros: con el tacto anestesiado por la rudeza del carbón, podemos manipular la carne sajada sin ningún asco. ¡Es más, como faro de mis camaradas, a mí me corresponde el honor de la repartición! Doblo mis mangas, tomo algunos pedazos, levantando por supuesto el dedo meñique para dar elegancia a la operación, y los arrojo en la balanza tratando de obtener veinte kilos justos. Pásenme un cuchillo. Hay doscientos gramos de más, debo cortar una lonja. ¡Peso exacto! ¿Contentos, señores Ministros? ¡Ninguna mancha ofenderá sus abrigos! Mas ahora que he dado el ejemplo, mis matones pueden continuar la repartición. ¡Dejen acercarse a las viudas! ¡En cola! Gracias por los nutridos aplausos y besos

lanzados al aire... Ea, buena mujer, más respeto, no se ponga de rodillas ni trate de lamer los zapatos de estas tres dignas personas. Su saliva teñida por los chocolates se ha vuelto pegajosa...

–¡Levántese, señora, por favor! No somos nadie.

–¡Pero el General lo es todo, fieles Ministros! Y usted no sea majadera y vaya mejor a arrodillarse ante la televisión para que nuestro Líder la calme y la colme con su arrullo.

PASO POR PASO

LLEGUÉ A TU ALMA NEGRA; BESO POR BESO

TREPÉ A TU ÁRBOL DIVINO; SUEÑO POR SUEÑO

MORDÍ TU ARPA DE PIEDRA; OJO POR OJO

FUI EL SOL DE TU DESTINO...

–¡Ahora venga para acá, señora! ¡Tenga a su marido simbólico! ¡Veinte kilos justos! ¡No abra la boca! A cada fiesta después de la explosión, todas las viudas agradecidas, al recibir su paquete fúnebre, dicen el mismo heroico discurso: «¡Amado General, Ministros del Santo Olvido, Delegado: estamos aquí para servir y es por eso que con devoción sincera no iremos a depositar estos venerables restos en una tumba estéril, no, iremos a dejarlos ante el cuartel de matones, para que los heroicos servidores del orden alimenten con ellos a sus perros, feroces y abnegados cuadrúpedos que agotan sus energías haciendo volver al redil a tantos desertores!». ¡Demos su discurso por dicho, aplaudamos otra vez fervorosamente y prendamos en las abundantes tetas nuevas condecoraciones! ¡Ninguna mujer se irá de aquí sin sus veinte kilos! ¡Y mientras empacetas esta montaña de carne, que la voz del General no deje de nutrirnos!

¡LA LIBERTAD COMIENZA POR EL APRENDIZAJE DEL AMOR!

¡TU SEXO ES EL ÚNICO TEMPLO DONDE YO VOY A REZAR!

¡QUIERO QUE TU MOMIA SE CONVIERTA EN MARIPOSA!

¡NO HAY NADA MEJOR EN ESTE INSTANTE QUE ESTE INSTANTE!

¡CAMBIANDO NUESTRA VIDA CAMBIAREMOS NUESTRA MUERTE!

¡EL PRESENTE ES LA COMPLETA PERCEPCIÓN DE SÍ MISMO!

¡SOY LA SUMA FINAL DE TUS LLAMADAS!

¡TE DOY LA LUZ PERO TE ROBO LA SOMBRA!

¡SI QUIERES LA MEMORIA, ENTRÉGATE AL OLVIDO!

¡LA ESENCIA DEL CONOCIMIENTO ES EL CONOCIMIENTO DE LA ESENCIA... ARGH... ARGH...!

–¡Alto, compañeros! ¡El General ha perdido la voz! ¡Los pájaros se callan, las olas enmudecen, el viento no resuena, los perros se quedan sin ladridos, el silencio invade al mundo! ¡Socorro! Argh... el suelo... tiembla... Otra... explo...

No entendemos por qué estas viudas, estos matones y este gordo Delegado se tambalean, resuellan, ruedan por el suelo y tienen sobresaltos epilépticos. Ningún ruido ha cesado, el suelo no se mueve. La prueba es que nosotros tres permanecemos de pie en medio del general abatimiento...

¡ARGH... ARGH... NO SE PUEDE HABLAR DE SEPARACIÓN CUANDO NUNCA SE ESTUVO UNIDO!

¡LO QUE SIEMBRES EN LA GLORIA RESUCITARÁ EN LA CORRUPCIÓN!  
¡NO SE TRATA DE ENCONTRAR, SINO DE ENTREGAR!  
¡SÓLO OBTENDRÁS LO QUE DAS!  
¡LA POESÍA ES UNA TRAMPA!

–¡Nuestro General recuperó la voz! ¡Levántense y sacúdanse, camaradas! Ya pasó todo... ¿Qué vamos a hacer? Las explosiones son cada vez más frecuentes.

–¡Este juego nos aburre! ¡No hay explosiones! ¡La tierra no tiembla! ¡Son ustedes los que tiemblan!

–No estoy de acuerdo, Dignísimos Ministros. Lo que pasa es que la tierra tiembla sólo para nosotros y no para ustedes.

–Los sonidos no desaparecen: las olas siguieron murmurando, los perros no cesaron de ladrar. ¡Son ustedes los que ensordecieron!

–No. Se equivocan, señores Ministros. Lo que pasa es que el mundo se calla sólo para nosotros. Somos diferentes.

–¡Nada los hizo caer! ¡Ustedes se lanzaron al suelo mientras que nosotros seguíamos de pie!

–No y no. Hablan de mala fe, caballeros. Lo que pasa es que ustedes no tienen peso, mientras que nosotros dependemos de la atracción de la tierra.

–¡No entenderán nunca! ¡Se engañan a sí mismos!

–¡No, no y no! ¡Ya me hincharon los huevos, hijos de puta! ¡Mírense, cabrones: están vacíos! ¡Son simples fachadas! ¡No les importa ser, sino parecer!

–¡Bravo, Delegado! ¡Por fin se dio cuenta! ¡Por fin alguien comienza a vernos realmente!

–¡Oh! ¿Qué he dicho? ¿Cómo pude? ¡De rodillas, mil perdones majestuosos Ministros del Santo Olvido! ¡Tamaño desacato! ¡La explosión me hizo perder la cabeza!... ¿Pero qué son estas ráfagas de ametralladoras? ¿Quiénes son estos tres enmascarados que vociferan: «¡Suelten las armas, perros desgraciados! ¡Al primero que se mueva le reventamos los sesos!»? Calma, señorones, hemos alzado las manos y soltado las armas. No ofrecemos resistencia. Hagan lo que quieran con nosotros pero, por favor, respeten a los Ministros, porque son sagrados. «¡Sagrado es mi culo!». Siento que me sangran los tímpanos: ¿cómo pueden responder así? ¿De dónde vienen? ¿Qué abyecto nivel social los ha parido? Eso es, rómpanme la panza a culatazos pero no tomen de las solapas a estos Altos Emisarios ni los sacudan con furia. Ellos no merecen ser tratados de «vampiros de mierda». No merecen ser amenazados: «¡Porque ustedes lo tienen todo y nosotros nada, primero los desnudaremos y después les arrancaremos las tripas!». Y estos desalmados – castígalos mi General porque saben lo que hacen– osan despojar de sus preciosos abrigos a nuestros pobres Ministros.

Es extraño. Apenas nos quitan los abrigos, los asaltantes se paralizan. Los habitantes de la mina bajan sus brazos. Un bandido se frota los ojos y grita: «¿Dónde cojones se metieron esos hijos de gargajo?». El Delegado se retuerce las manos gimoteando: «Han desaparecido. El General nos va a castigar. ¡Vuelvan, señores Ministros! ¡Disculpen nuestros pecados! ¡Piedad!». Los tres enmascarados le dan patadas en la boca. «Cierra el hocico, ballena lambiscona! ¡Esos cobardes no se hicieron invisibles, nada más huyeron como maricones que son! ¡Nos cagamos en el General! ¡Apaguen esa televisión!». Cuando la pantalla se oscurece, el viento comienza a soplar. Parece huracán. Nosotros tenemos calor, pero los otros tiemblan como si padecieran un

frío glacial. Azules, castañeteando los dientes, con grandes dificultades, los asaltantes se ponen nuestros abrigos. Inmediatamente cesa el viento. La televisión se enciende.

¡SE QUEJAN DE SED EN UN MUNDO DONDE TODO ES AGUA! ¡QUIERO QUE SEAN EL VASO NEGRO QUE CONTENGA TODOS MIS SOLES!

No entendemos nada, todos siguen sin vernos. El gordo rastrero levanta, haciendo ridículos esfuerzos, sus doscientos kilos y se inclina con respeto ante los asaltantes como si éstos fueran nosotros para decirles entre mil muecas que quieren ser sonrisas: «¡Excelentísimos Ministros del Santo Olvido, las explosiones silenciosas nos han hecho ver visiones! Soñamos que unos groseros bandidos les robaban los abrigos y que entonces ustedes desaparecían. ¡Necedades! ¡Aquí están! ¡Que la fiesta continúe!». Cambiando de actitud, los asaltantes arrojan sus ametralladoras y agradecen los entusiastas aplausos de la multitud con gestos pomposos de ministros: «¡Eso es querido pueblo, que la fiesta continúe! Hemos cumplido la primera parte de la misión que nos encomendara nuestro General, honrar a las viudas. Todas fueron condecoradas. Y ahora...». El gordo, más inflado que nunca, palmea con una alegría histérica e interrumpe: «...Y ahora viene la deliciosa segunda parte: ¡Consolar! ¡A soldado muerto, soldado puesto! ¡Los mineros deben ser reemplazados a la brevedad! Ahí donde los ven, nuestros Ministros son potentes garañones: pueden inseminar mil mujeres por día. Y nuestras viudas, las mejores ponedoras de la región, en nueve horas paren hijos que crecen en una noche lo que otros en un año. Bastará medio mes para que un ejército de nuevos y robustos obreros descienda a la mina. ¡Qué hermoso ejemplo! Pero yo hablo y hablo y por los sexos generosos de nuestras matronas corre un río caliente como lava. ¡Coito patriótico! ¡Música!». Estalla una marcha militar. Como un mar embravecido, las viudas levantan sus faldas mostrando la mancha negra de sus caderas desnudas. Los Ministros se lanzan sobre ellas. Fornican rápidamente pasando de un cuerpo a otro cada tres segundos. Las mujeres, calientes, lanzan bramidos. Nosotros, de pronto, en medio de la euforia general, comenzamos a tambalearnos porque la tierra se convulsiona. Nadie parece darse cuenta. La mojiganga sigue igual. Aferrándonos el uno al otro para no caer, les gritamos: «¡Ahora sí que es cierto, la tierra tiembla! ¡Alerta! ¡Los pájaros se callan! ¡Las olas enmudecen! ¡El viento no resuena! ¡Los perros se quedan sin ladridos! ¡El General ha perdido la palabra! ¡Otra explosión silenciosa!». Perniabiertas, exasperadas por la interrupción, las viudas roncan con agresividad contenida. El gordo, masturbando vertiginosamente su minúscula extremidad, palmea traseros y hace gestos para que la acción continúe. «¡No es nada! ¡Que no cunda el pánico! Otra vez la Cordillera nos trae el eco de voces lejanas. Son espejismos auditivos. La tierra no tiembla. Las olas, los perros y el viento cantan. ¡El General no ha perdido la palabra!».

¡QUE VUESTROS VOLCANES ERUCTEN MÁRMOL!

¡QUE VUESTROS GEMIDOS SEAN COMO TRENES LANZADOS HACIA OTRO MUNDO!

¡QUE EL FRUTO SENSIBLE SE ABRA EN MEDIO DE UN LÍQUIDO CORROSIVO!

«¡Que siga la fiesta de la inseminación! ¡Vivan las vergas ministeriales! ¡Sus ovarios serán fecundos!». Los coitos vuelven a repetirse, una y otra vez, mecánicamente. Nadie nos hace caso.

El temblor ha cesado. El General, con ojos de sátiro y voz lúbrica recita un poema que trastorna a las mujeres. No tenemos nada que hacer aquí. Nos alejamos lentamente por este camino de tierra esperando que alguna vez nos lleve hasta el alba.

BUSCA EN EL BOSQUE EL SITIO SECRETO Y SENSIBLE,  
CAVA EN LA TIERRA CON UN HACHA,  
PENETRA EN LA TUMBA PROFUNDA  
HASTA ENCONTRAR EL ATAÚD DE AGUA.  
SEPARA SUS LARGAS ESCAMAS,  
ENCUENTRA LA GRIETA, HUNDE,  
CORTA, LLEGA A LA ÚLTIMA IMAGEN,  
DESTROZA EL PRIMER RECUERDO,  
ENSANGRIENTA EL PENSAMIENTO,  
REDUCE A POLVO EL INSOPORTABLE LABERINTO  
LLENO DE SUEÑOS, ESA VIRULENTA CIRCUNVOLUCIÓN  
QUE SE HINCHA E HINCHA  
COMO UN RINOCERONTE PODRIDO  
DENTRO DE UN COFRE FUERTE.

Nuestros pasos adquieren el ritmo de la voz del General que se distancia más y más hasta perderse en la persistente oscuridad.

## 5. Son asesinos...

La playa se ha hundido como dando suspiros en el costado ácido del océano. Un agua corrosiva humedece con sus vapores grisáceos la tierra del camino. Casi junto a nosotros avanza una barca de pesca. El hombre que rema tiene en lugar de la mano izquierda una pinza de acero cubierta de viejas escamas, una placa oxidada le completa el cráneo y la mejilla derecha se le ve inflada. Nos hace señas para que subamos en la barca ofreciéndonos un tablón como puente. Suponemos que lo que lleva en la boca, una piedra quizás, le impide hablar. Delante de nosotros, el agua nauseabunda ha inundado un buen trecho del camino. Estamos obligados a aceptar su ofrecimiento. Subimos a la barca. El pescador llevándose un índice a los labios nos señala su televisor. El General parece melancólico, luego se entusiasma.

¡DONDE NO HAY OPOSICIÓN NO HAY CONOCIMIENTO! ¡ES TOTALMENTE IMPROBABLE QUE EL PEZ ADQUIERA CONCIENCIA DEL AGUA ANTES DEL MOMENTO EN QUE SE LE SAQUE DE ELLA! ¿CÓMO UNA ESTATUA DE SAL PUEDE SUMERGIRSE EN EL MAR PARA CONOCER SU PROFUNDIDAD?... ¡SI ES NECESARIO, ES POSIBLE! ¡CADA SED CREA SU AGUA! ¡AHORA Y MÁS QUE NUNCA LES PROMETO UN VIAJE A LO IMPOSIBLE!

El pescador rema mar adentro, sin apagar el televisor lo mete dentro de un saco de plástico negro, amarra el bulto al ancla y lo sumerge en el sucio mar. El bulto que lleva en la boca no le impide hablarnos:

—¡Rápido! ¿Díganme: qué saben?

—Nada. Hemos perdido la memoria.

—¡Correcto! ¡Son ustedes! «Hemos perdido la memoria» es el santo y seña de los asesinos profesionales. ¡Qué alivio! El país está infectado de mentirosos, locos y charlatanes. Es difícil confiar en alguien... Espero que hayan venido armados.

—¿Nosotros? ¿Armados?

—¡Correcto! Es una pregunta que jamás debería haber hecho. ¿Cómo un asesino vendría sin su pistola? ¿Me permiten hurgar en sus impermeables?

—¿Para qué?

—Para estar más seguro aún. Con los tiempos que corren toda precaución es poca. Aquí está mi mano abierta, vean bien, no escondo nada... Voy a buscar en los forros de sus impermeables... ¡Prueba definitiva! Cada uno de ustedes porta disimulada una pistola con silenciador.

—Es extraño. No sabíamos que estábamos armados.

—¿Para qué continuar con la farsa? Aquí nadie nos ve. No hay micrófonos y la televisión espía está sumergida en el poco mar que nos queda. El maldito ha logrado envenenar las aguas hasta convertirlas en ácido. Sólo nos ha dejado junto a las playas una estrecha faja de océano puro no más ancha que un kilómetro. Si nosotros, pobres pescadores, pasamos el límite, las aguas envenenadas disuelven nuestras barcas. De esta manera el país es una extensa prisión. ¡Nadie puede irse, nadie puede llegar! ¿Cómo es posible que el General, sólo por obtener ese

despreciable poder haya sido capaz de asesinar el mar, cuna de la vida? Todos los peces han desaparecido. Quedan en las playas cangrejos blancos y erizos negros que se hacen cada vez más grandes, hasta alcanzar el tamaño de una casa. Uno de mis antiguos compañeros, hoy en la miseria, se abrió paso entre las espinas, vació las lenguas nauseabundas y se puso a vivir dentro de un caparazón. Ahora hay aldeas enteras de pescadores que viven en esos abominables erizos. ¡Mírenme! Esta mano la perdí luchando contra un magnífico tiburón y esta placa occipital es el glorioso testimonio de mi accidente con la ballena: de un coletazo me voló la mitad del cráneo. Antes no se encontraba un pescador completo, quien más quien menos había rendido homenaje al océano perdiendo buena parte de su humanidad... Ahora, en las aldeas de mendigos, para vergüenza del gremio, se ven sólo jóvenes pescadores que no lucen cicatrices y que poseen todos sus miembros. ¿Contra quién van a luchar? Ya no se ven esas hermosas viudas de ahora mirando cada atardecer hacia alta mar con lágrimas en los ojos, ni esos famélicos y heroicos huérfanos soñando con partir un día en busca de la isla de las barcas perdidas... Ahora hay niños blandos, sin ideales, trepando por las espinas negras sin haber conocido el brillo nacarado de una escama. Las viejas escamas que llevo pegadas en mis tenazas valen para mí más que joyas. Permítanme extraer el cangrejo vivo que me hincha la mejilla. Cada pescador, noche y día, lleva un animal como éste en la boca para nunca olvidar que el General nos ha convertido en miserables cazadores de cangrejos. Sabemos que es imposible que este estado de cosas cambie, pero a pesar de todo deseamos manifestar nuestra desesperación. ¿Están dispuestos a cumplir el contrato?

—¿Cuál contrato?

—¡Correcto! Ustedes son profesionales. Sin dinero el contrato no existe. Esta maleta es para ustedes. Contiene la economía de muchos años. Les daremos la otra mitad de los billetes cuando hayan asesinado a la madre del General. Él es indestructible.

—Si es así, ¿cómo es que ella es vulnerable?

—Todos sabemos que no es la verdadera, sino una de las tantas que se toman por la madre del General. Cada año hacemos asesinar a una. A ésta, quizás el General ni la conoce.

—¿Entonces, cuál es la utilidad de nuestro trabajo?

—¡Me extraña esa pregunta, mis amigos!

—De acuerdo, eso no nos concierne. Ustedes pagan, nosotros ejecutamos y basta. (Somos asesinos profesionales, no podemos negarlo, todo concuerda: ausencia de memoria, pistolas con silenciador, carencia de finalidad.) Si hay que eliminar a una pobre loca, lo haremos. Total, son ustedes los que dilapidan su dinero.

—No. Los símbolos tienen más realidad que la realidad. Nosotros ni siquiera sabemos si el General tiene madre. A veces creemos que nació de una roca de la Cordillera inseminada por un relámpago. O que nació adulto, parido por una anciana que lo llevó setecientos años en su vientre. O que en la fosa común se formó en las vaginas podridas de los cadáveres. Pero eso no importa. Lo que sí importa es lo que el pueblo cree. Y ellos están convencidos de que su madre es una virgen. Cada vez que aparece una nueva loca que se declara madre del General, la sigue una multitud de fervientes y creyentes admiradores. La hacemos asesinar y al año siguiente aparece otra, como si esa locura fuera la misma entidad invisible que se encarnara cada vez en un cuerpo diferente. Asesinar a una de esas locas es dar una protesta profunda, es enterrar la espada de la justicia en el corazón del país. ¡El General nos destruye el océano, nosotros los pescadores le destruimos sus madres! Justo equilibrio.

—Hemos aceptado el contrato, estamos listos. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Será en esa playa, junto al camino. Queremos, para que el impacto simbólico sea perfecto,

que disparen directo al corazón. El resto del cuerpo debe quedar immaculado. Si no perforan el corazón o si dañan el resto del cuerpo, no pagamos. ¿Convenido?

–¡Convenido! ¡Todas nuestras balas irán a su corazón!

–Desembarquen y duerman en la playa. Ella viene mañana. Con estas maderas podrán hacer una fogata. ¡Que la puntería no les falle! Ahora tengo que sacar del agua mi televisor reglamentario. El maldito habla lloriqueando para que le tengamos piedad. ¿Quién le cree?

MADRE MÍA, VIDA MÍA, ALMA MÍA, SANTA MÍA, CRÉEME POR FAVOR, TE LO JURO EN NOMBRE DE NUESTRA PATRIA SAGRADA: NUNCA DEFECARÉ EN TU VAGINA NI TE OBLIGARÉ A COMER MI SOMBRA... NUNCA CLAVARÉ ALFILERES EN TU PEQUEÑA CAMPANA DE CARNE NI ROBARÉ LAS MONEDAS DE ORO QUE ESCONDES EN EL ANO... NUNCA ENVENENARÉ LOS FETOS EN TU VIENTRE NI CORTARÉ CON UN CUCHILLO NEGRO LOS RÍOS DE TUS SENOS... NUNCA TE ROMPERÉ LOS HUESOS A PATADAS NI TE ARRANCARÉ EL ARCO IRIS Y LA LENGUA. NUNCA, NUNCA CONVERTIRÉ TU CUERPO EN UN PURÉ SANGRIENTO, TE LO JURO PERO COMPRENDE, AHORA Y PARA SIEMPRE: ¡EL *ESPACIO* ES EL LUGAR DONDE *YO* ESTOY, MAMÁ! ¡EL *TIEMPO* ES LO QUE *A MÍ* ME SUCEDE, MAMÁ! ¡LA *CONCIENCIA* ES LO QUE *YO* SOY, MAMÁ! ¡ME NIEGO A MORIR EN TU MATERIA!

El pescador se aleja. La luz del televisor lo ilumina con colores cadavéricos. Nos sentamos en la playa, ateridos de frío, junto a una fogata anémica... Parece que hemos dormido. Un alba que no avanza, tiñe de rojo las rocas de la montaña. Entre ellas se distingue la entrada de una gruta adornada con flores de papel, exvotos, velas y miles de muletas. Apretujados junto a nosotros, como una gran rueda plomiza, roncan cientos de peregrinos. Hay ancianos harapientos, ramerías pintarrajeadas, ciegos, leprosos, payasos con aliento alcohólico. Todos usan sombreros alones idénticos a los nuestros y se abrazan a oscuras muletas. Un viejo enérgico abre los ojos, se levanta, golpea sus caderas con las manos abiertas e imita el canto de un gallo. La multitud se despierta y comienza a rascarse con saña. El ruido de uñas sobre telas rasposas multiplicado por el eco de la Cordillera provoca una fuga de cangrejos color carne hacia las aguas del mar que los corroe convirtiéndolos en magma pestilente. Como un rebaño ebrio, mujeres y hombres se dirigen cojeando hacia la gruta y se ponen a lanzar un quejido lastimero que parece no terminar nunca. Repiten una sola palabra: «Santa, santa, santa...». Quizás esta gente devota sea capaz de vernos tal como somos. Vamos a hablarles...

–¡Hola, amigos!, ¿quiénes son ustedes?

–¡Lo mismo que ustedes: fervientes adoradores de nuestra Patrona, Madre del General y de todos nosotros! ¿Qué esperan para integrar el rebaño?

–No somos ovejas.

–¡Son peregrinos! Pero muy descuidados, ni siquiera muletas traen.

–No somos cojos.

–¡Aquí nadie es cojo! Pero todos somos respetuosos: a la santa madre del General le encantan las muletas y adora colgarlas alrededor de su gruta. Imitamos con alegría un milagro cuando ella nos bendice; dejamos de cojear y danzando le entregamos nuestras muletas para su colección. ¡Ésa es la costumbre! ¡Ustedes, malcriados, no tienen respeto por la Patrona! ¿Cómo se pueden presentar ante ella con las manos vacías y las piernas ágiles?



—¡No somos peregrinos!

—¡Qué risa! ¡Esos sombreros de peregrino que traen no son cascos de bombero!

—¡Basta ya! ¡Somos asesinos!

—¿Asesinos? ¿Y a quién van a ejecutar?

—¡A la madre del General!

—¡Bravo, hermanos, a eso hemos venido todos: a matar a la santa madre del General! ¡La Virgen adora que la asesinen! Y hoy le toca morir... Mañana renacerá. Como ustedes, todos traemos una pistola. Nuestras armas han sido oficialmente consagradas. Esperamos que las suyas también... ¡A ver, puta, pásame una de tus muletas! ¡Y ustedes, el tahúr y el giboso, otras dos! Entre peregrinos todo se comparte, ¡tomen! No nos vayan a despreciar, somos pobres, pero tenemos orgullo. ¡Una muleta para cada uno! A la Virgen le gusta que lleguemos con una rodilla doblada. Si quieren que sus amorosas balas entren en la carne de la Madre, cojeen y canten con nosotros. ¡Santa, santa, santa!

Los cañones nos apuntan, los dedos tiemblan en los gatillos. Renqueamos y cantamos. De pronto los peregrinos caen de rodillas. La lengua se nos llena de sangre, el corazón nos retumba y, sin quererlo, las muletas se desprenden de nuestras manos. Una muchacha densa y transparente, de larga cabellera rubia, desparramando un olor más emborrachador que el de la flor del tabaco, marcha desnuda. El azul de sus ojos, de tan intenso, nos corta el aliento. Los pelos rizados de su pelvis, como una mancha de escarabajos amarillos, brillan sobre un pequeño sexo nacarado cubierto de gotas de rocío, diminutos espejos donde se reflejan nuestros rostros fascinados. Es la Virgen. Lleva en los brazos, protegiendo su corazón, una estatua de madera del tamaño de un bebé que representa al General. El seno que le sobresale brilla como un faro. Los peregrinos se acercan a ese centro luminoso con movimientos semejantes al de las mariposas de noche cuando, encandiladas, se dan golpes contra los faroles. El viejo nos olvida y con ansias de malnutrido se prende del seno y mama hasta hartarse. Se levanta relamiéndose, arroja sus muletas y se pone a bailar mientras un ciego, a tientas, se abalanza buscando la teta con feroces muecas de sed. El viejo grita, eufórico: «¡Mírenme! ¡Ya no cojeo! ¡La santa leche me ha hecho rejuvenecer! ¡He recuperado mi cuerpo de los dieciocho años! ¡Milagro!».

Para nosotros, sigue tan viejo como antes. Dejando su puesto a un payaso famélico vestido de bombero con alas de cartón donde tiritan malpegadas tiras de papel de seda cortadas a tizeretazos torpes, el ciego danza y grita: «¡Leche bendita! ¡Me has devuelto la vista! ¡Veol!».

Atrapamos sus manos. Lo obligamos a oírnos...

—¿Dinos, de qué color es tu sombrero?

—¡Negro!

—¿Y tu piel?

—¡Negra!

—¿Y el Mar?

—¡Negro también! ¡El cielo es negro, la Cordillera es negra, la tierra del camino es negra! ¿Por qué me lo preguntan? ¿Acaso se han quedado ciegos?

Se desprende y sigue cabriolando entre la fila de peregrinos que se tuerce y retuerce en forma de laberinto. Todos refrenan su impaciencia. Una vez que maman, gritan: «¡Milagro!».

Las putas con sus voces de corneta ronca afirman que les ha vuelto a crecer un himen y piden que les introduzcan dedos en sus pozos sin fondo para constatar. Los leprosos, con sus mismos miembros roídos, se declaran regenerados y las manadas de alcohólicos sienten que la leche les ha limpiado la sangre. La Virgen gira con una lentitud multiplicada por el frenesí de la muchedumbre y mira

hacia nosotros. El resplandor de sus ojos azules parece quebrar los vidrios de nuestras antiparras. Su voz nos da hormigueos en la planta de los pies.

–Vengan, hijos míos. Tengan fe. Mi leche es dulce como la miel.

–¡Tu leche es pura ilusión! ¡Esos peregrinos han chupado su propia saliva!

–¡Qué feo es un hombre que no puede creer! Sufro por ustedes... Me dan pena... Creen que perdieron la memoria... En verdad no la tienen porque nunca vivieron... Pobres cuerpos sin definición, dejen caer las máscaras de asesino, sacrifiquen el orgullo, muestren lo que son: solamente vacío... Y vengan a mí para hundir sus bocas en mi seno. ¡Mi leche, al derramarse en ustedes como una piel caliente, les dará una real identidad! Serán hijos de mi dolor...

–Tu voz melodiosa nos hace caer de rodillas y sin vergüenza avanzamos hacia tu pecho convertidos en niños, esperando encontrar lo que quizás siempre anduvimos buscando: la fuente primera, el río limpio, de agua de vida resplandeciente como cristal, que sale del trono de dios que es tu cuerpo inmaculado, para que no haya más maldición... ¡Oh, qué inmenso desengaño!: nos retiramos con la boca seca. Tu seno es una roca. ¡Ni leche, ni madre, ni nada! ¡Otro estúpido espejismo!

–¡No! ¡Algo real: con sus dudas secaron mis glándulas! El seno está marchito, el jugo se ha ido, la fuente se ha sellado para siempre. ¡Hombres sin fe, ustedes han traído la sequía y el hambre! ¡Mensajeros del hocico negro, formas sin esencia, huesos sin médula, espantajos portadores de la peste!

–¡Zorra! ¡Gritas así porque quieres que tus hipócritas colegas borren nuestro testimonio a punta de balazos! Has sembrado el pánico. Óyelos: «¡Socorro, la peste! ¡Vuelvo a ser viejo! ¡Todo se hace blanco, estoy ciego otra vez! ¡Mi vagina patalea como una tarántula! ¡Me pudro! ¡El espanto de la sed! ¡Hay que fusilarlos!»... ¿Y ahora, por qué abres los brazos frente a las armas si tú provocaste esta ejecución? ¿Por qué les ordenas que vayan al fondo de la gruta, tan grande como una catedral, para que depositen allí sus pistolas en un montón que tenga forma de pirámide? ¿Por qué osas quedarte sola con nosotros?

–Las balas de los peregrinos están consagradas, son sólo para mi carne.

–¡Nuestras balas también! ¡Muéstranos el corazón! ¡Suelta ese ídolo!

–No puedo. Tiene la boca pegada a mi seno. Se nutre sin cesar. Ahora que no hay leche, bebe mi sangre. Si ceso de alimentar este niño de madera, el General morirá y el país se sumergirá en el caos.

–¡Supersticiones! ¡Trucos! Sabes que los asesinos profesionales están obligados a disparar hacia tu corazón, por eso usas un pedazo de madera como escudo.

–Sombras desconfiadas, me dan pena... Separo la querida escultura de mi pecho. Sus dientes de madera me arrancan la carne. Veán, incrédulos, esta herida sangrante que me saja el seno izquierdo... Sufro por ustedes... Creen que perdieron la memoria... En verdad no la tienen porque nunca vivieron. Pobres cuerpos sin definición, cesen de temer, dejen caer las máscaras de asesino, sacrifiquen el orgullo, muestren lo que son: solamente vacío, y vengan a mí para hundir sus dedos en mi herida y abrirla más aún... ¡Mi sangre, al derramarse sobre ustedes como una piel caliente, les dará una real identidad! ¡Serán hijos de mi dolor!

–¡Eres una simuladora! ¡Todo en ti es falso! ¡Hablas con frases hechas, te repites sin vergüenza! ¡Esa sangre es tinta roja y tu herida un maquillaje!

–Blasfemos, he venido a sufrir por todos ustedes. Si la herida de mi pecho es falsa, vengan y bórrenla. ¡Demuestren lo que dicen!

–No vale la pena. Si dejamos tu piel limpia de maquillaje y tinta, se nos acusará de cambiar la

realidad con nuestra falta de fe. Habremos convertido en falsa una herida verdadera, habremos anulado el milagro de la redención. La culpa volverá a caer sobre las espaldas del mundo.

–Sufro por ustedes... Me dan pena... Creen que perdieron la memoria: en realidad no la tienen porque nunca vivieron. Pobres cuerpos sin definición, dejen ya de dudar y disparen... Para ver si son, si existen. Sólo dando la muerte sabrán que están con vida. ¡Si no me matan, se los traga la sombra!

Verificamos nuestras balas, no vayan a ser falsas. Son verdaderas. La Virgen lanza una larga carcajada. Nos grita: «¡Disparen entonces!». Los peregrinos salen corriendo de la gruta. No hacen nada para atajarnos. Disparamos. Las tres explosiones sumen al mundo en el silencio: las olas cesan de rezongar, las bocas mudas de los peregrinos se abren en forma de grito, los movimientos son lentos. Poco a poco, la Virgen coloca las manos en el borbotón rojo que sale de su corazón y cae de rodillas. Los peregrinos la levantan para sostenerla con los brazos en cruz. De su sexo también corre sangre. Guardamos nuestras pistolas humeantes. El viento se pone a ulular. Una gruesa cuerda desciende de la Cordillera abriéndose camino entre la nube de sombreros negros que la ventolera ha robado de las cabezas. Con resuellos de agonía, la Virgen nos mira sonriendo.

–¡Benditos sean para siempre! ¡Al disparar me han inseminado! ¡Estoy encinta otra vez! ¡Pariré un nuevo General! ¡Recuperen la memoria: no han venido a destruir este mundo, sino a salvarlo! ¡El viejo General debe morir para que nazca el nuevo General, mi hijo! ¡Ustedes tienen la misión de anunciarle la buena nueva! ¡De convencerlo para que entre al mundo subterráneo como un sol gastado mientras yo, al pie de estas montañas, paro la nueva luz! ¡Vayan! ¡Trepén por la cuerda! ¡Los andinistas militares los llevarán a la fortaleza secreta! ¡El General los espera!

La Virgen, agotada, parece desmayarse entre los brazos de sus peregrinos. Un chorro de agua le sale por la boca. Comenzamos a trepar por la cuerda. Ella, haciendo un esfuerzo supremo, se pone de pie y nos murmura:

–No estoy muriendo... Conserven la fe como si fuera un diamante... No me han asesinado... Me han dado el éxtasis supremo: desaparezco en el océano de vida para que la vida se manifieste en mi carne... Créanlo, se lo ruego: sus balas fueron esperma.

La Virgen cae como muerta. Alguien jala la cuerda llevándonos hacia arriba. Los peregrinos, dando exclamaciones de gula, sacan de sus bolsas cuchillos y tenedores y los agitan sobre el cuerpo de la Virgen como si fueran a devorarla.

## 6. Son veterinarios...

¿Resistente mi cuerda, verdad? Además suave y perfumada. ¡Dan ganas de trepar y trepar por ella, más allá de las cumbres, hasta el centro del mismo cielo! Lástima que no sea posible. Ni siquiera se puede llegar a los picos altos... Sin embargo, hay leyendas que cuentan, en forma muy discreta, que el General acostumbra –él solo y sin que nadie lo vea, so pena de degüello– escalar, cada luna llena, hasta la cúspide para conversar con el Cóndor más antiguo y más viejo de la tierra, uno que dicen sobrevivió ya a tres mundos en los cuales existieron seres completamente diferentes de los que viven hoy... ¡Cuidado, pongan bien los pies en estas estrechas cornisas, no se vayan a soltar, caminen como por una escalera vertical, tendrán que subir varias horas! Supongo que es el frío y no el terror de las alturas el que los hace temblar. Pero si fuera lo contrario no me costaría comprenderlo: unos eminentes veterinarios, Decanos del Departamento de Zoología de la Universidad Militar, no tienen por qué ser andinistas. Aunque precisamente por eso el conocimiento animal se hace cada vez más exiguo y fantástico. Para conocer a las bestias hay que venerar sus huellas, meter por lo menos la nariz en sus guaridas, saber distinguirlas por el aroma de sus alientos... ¡En fin, nimiedades aparte, qué bueno que llegamos a tiempo! ¡Se los podrían haber comido! Al pie de las montañas está infectado de caníbales, peores que fieras, que debemos eliminar sin piedad. Esta vez esos degenerados tuvieron suerte, los dejamos tranquilos para no hacer ruido: el tableteo de las ametralladoras o la explosión de las granadas obligarían al Ave Sagrada a emprender un doloroso vuelo. Por eso mismo yo hablo susurrando... El General los ha enviado para que comparen la afonía de sus libros con el grito feroz de la naturaleza. ¡Ya están aquí! ¡Vengan a mis brazos! Hace semanas que los estábamos esperando. Pónganse estas raquetas, las crestas son resbalosas. Hagan un esfuerzo supremo. Para ustedes, acostumbrados a las bibliotecas planas, dar un paso ahora es como marchar diez kilómetros. Si sienten que el corazón se les va a reventar, no se preocupen: el cuerpo tiene aguante y se adapta más rápido que la mente. Piensen en lo que dijo el General: «CONCIENCIA ES COMPRENSIÓN. DONDE HAY DOLOR HAY CONCIENCIA»... ¡Ya llegamos! Este resplandor rojo que ustedes creen es el alba, no es el alba. Miren hacia aquel pico altivo erguido como un tronco de piedra y coronado por un nido: ¡de ese Cóndor enorme que está ardiendo viene toda esta magnífica luz! Aunque soy soldado, no puedo dejar de sollozar cada vez que lo veo. Espero que ustedes posean la ciencia suficiente para explicar este triste fenómeno –y no dudo de que sean capaces, porque es el General quien los envía– porque nosotros, a pesar de habitar en las montañas desde que nacimos, no podemos comprenderlo. Pasamos años persiguiendo estas grandes aves –alcanzan hasta cinco metros de envergadura– sin verlas nunca, sabiendo que existen sólo por su estiércol albo con olor a sándalo; sus víctimas que dejan intactas y a las que sólo les han devorado la lengua, sus silbidos penetrantes que parten las rocas o por sus plumas negras con la punta blanca clavadas en las grietas formando arabescos como una escritura... y de pronto, siempre en las noches más cerradas, en un pináculo abrupto, vemos, erguido, feroz e impasible, arder un Cóndor... Sus llamas lanzan un fulgor tan intenso que todos los otros animales se despiertan creyendo que por fin llega el amanecer tan esperado. Las flores de la sierra se abren con vehemencia, los insectos desentumecidos proclaman el nuevo calor y cascadas de zumbidos y batideros de élitros

engalanan esa alborada, triste, porque el Cóndor se consume. Es tan densa su materia que las llamas demoran cuarenta días en devorarlo. Él, altivo, vive hasta el último momento. Cuando ya no es más que un esqueleto carbonizado, junto con la última flama, deja escapar un silbido largo, grave, oscuro, que nos socava el alma y cae muerto. Un Cóndor menos, una soledad más... Yo no soy nadie, el General lo es todo; sin embargo, a veces me pregunto si hizo bien en envenenar las capas altas del aire para que nadie más que él, inmune al gas mortal, llegue a las cumbres y vea lo que hay al otro lado. El Cóndor necesita volar más alto que todo ser viviente, subir y subir, sin comer durante días, hasta llegar a un punto central del cielo desde donde puede dominar el mundo con la mirada. Al despojarlo de este cargo se le humilla, se le priva de los secretos, se le quita el significado. Ustedes mismos, como veterinarios oficiales que son, traen la consigna de capturar un macho para que el General pueda domesticarlo y encadenarlo a su montaña privada. El Cóndor es su símbolo, sí, pero no el esclavo, sino el libre, el que planea arrogante sobre los abismos, el que puede mirarse cara a cara con el Sol, el único que sabe que no hay nada más allá de estas murallas de piedra, el que siempre anda orgullosamente solo, el invencible al que nadie osa atacar, el que oye lo que la gente piensa. Así también es el General, pero por desgracia el rey de las aves ha entristecido, el día no viene más y el secreto de la muerte se ha perdido. A medida que el fuego lo consume, como si se tratara de una maldición, los altares empiezan a derrumbarse, los templos son devorados por las hormigas y el pueblo, impotente, se sumerge en el terror. Las tempestades de rayos aumentan cada día demoliendo las cumbres. Pronto la Cordillera, tan hermosa como era, parecerá una inmensa muela cariada. Hay tontos que dicen «vivir en el presente» y que adoran revolcarse en el calor de estos falsos amaneceres. Cuando les decimos que no es el sol sino un Cóndor que arde, se ríen en nuestra cara. «¿A quién le importa saber de dónde viene el goce? ¡El mundo es grande, las alboradas no terminarán nunca!». Ilusos. ¿Acaso saben ellos que los cóndores no se reproducen? Son ejemplares únicos, de miles de años de edad, que cesaron de cruzarse ya antes del diluvio. ¿Para qué la reproducción cuando se tiene un cuerpo que puede atravesar los siglos? Su antigüedad se les ve en la cara cenicienta, en el cuello tan arrugado, en las plumas de borde canoso, en sus cabezas calvas... Se nos va la vida de las rocas, como un desangramiento, y nadie se preocupa. Los cóndores arden y el vulgo danza... ¡El General tiene que saberlo, señores veterinarios! ¡Les pido que ahora mismo comiencen a redactar su informe! ¡Háganme el servicio de usar estos catalejos: las llamas consumen su cresta carnosa y el apéndice rojo lívido que le cuelga debajo de la barba! ¡El Cóndor escupe la piedra blanca que carga en el buche! Esa piedra tiene poderes mágicos. En su superficie estriada hay antiguos jeroglíficos que revelan los secretos de la muerte y del amor... El guijarro caído entre las brasas también comienza a arder. El Cóndor lo golpea repetidas veces con su pico. La piedra suena como tambor: el ritmo fúnebre de la verdad consumiéndose, perdida para siempre... Lamento que sus ojos, queridos Decanos, sean débiles. Lo lamento, no lo desprecio, entendámonos bien. Aun cuando en lugar de los catalejos les diera un telescopio potente, no podrían ver a la mosca. ¡Sí, he dicho mosca! Si alguien sufre ahora, es ella. Siendo tan pequeña, su dolor es más grande que el mundo. Desde el comienzo fue la sirvienta del Cóndor, avisándole siempre dónde estaba lo podrido. Tan anciana como su amo, nadie la ha podido matar nunca, porque de tanto vivir se ha puesto transparente, convertida en puro espíritu... Y ahora, después del sacrificio de su amigo, bajará al valle para vagar sin rumbo, perdida entre el enjambre de sus sucias congéneres, viéndolas agitar sus patas cada día en un incontenible río de muerte, sola hasta el fin... Yo se lo digo, ese bicho es más inteligente que cualquiera de nosotros, puede descifrar los jeroglíficos de la piedra mágica, saber

lo que hay al fin del camino, enseñarnos el amor... Pero tiene que callarse, porque nadie es capaz de comprender su lenguaje sutil hecho de vuelos alrededor de un eje imaginario.

¿Sonríen con sarcasmo? Ya sé, me doy cuenta, ustedes no son habitantes de las alturas. Están acostumbrados al calor artificial de las bibliotecas y al acre olor de los libros censurados. Nuestro viento implacable les hiela las fosas nasales, les saja los labios, no los deja concentrarse. Piensan que el exceso de oxígeno me hace delirar. Creen que la intensa luz que viene de la cumbre no es la de un Cóndor ardiendo, sino la de un sol que no cesa de nacer sin elevarse jamás. No sean orgullosos. No crean que porque han devorado cerros de libros conocen la vida de los cerros. No se equivoquen. Tengan confianza en nuestra experiencia... El Cuerpo de Andinistas Militares fue creado hace tres siglos por el General. En esa época, las montañas eran un misterio y sus riquezas –abunda el oro vivo– se perdían. ¿El oro vivo? Cuando ese metal se encuentra en estado puro, emite quejidos de placer, canta como un pájaro tropical, habla en hebreo. El Cóndor cuidaba que dejaran a ese vasto ser tranquilo y devoraba los ojos de los ladrones... Se dice que el oro vivo recuerda cómo fue hecho el mundo y conoce el sonido de la primera palabra... El General, sabiendo todo aquello, quiso poblar la Cordillera con una nueva raza. Buscó a las doce mujeres más fuertes del país y él mismo, en una sola noche, las inseminó. Para qué les cuento el placer que ellas tuvieron. El General depositó su poderoso esperma en medio del estallido de orgasmos que parecían de ballena. Nuestros abuelos fueron hijos de un placer total... Cuando los vientres estuvieron a punto, puso a parir a sus varonas al pie de las montañas. Los niños, en lugar de aprender a andar, aprendieron a trepar y, después del destete, a alimentarse de carroñas, insectos y cactus. Un día, más ágiles que las cabras, subieron de roca en roca, dejando abajo para siempre a sus madres y comenzaron a vivir en las cumbres. Son nuestros gloriosos antepasados. En esos tiempos los Cóndores aún podían elevarse cuanto les diera la gana, porque el aire de las alturas no estaba envenenado. Más de uno de aquellos andinistas pudo cabalgar sobre el lomo azulado de esas potentes aves de rapiña... Cuentan haber volado hasta una ciudad dorada que era capaz de predecir el futuro. Estaba en una dimensión encantada. El Cóndor podía penetrar en ella gracias a su silbido... Es posible que sean sólo leyendas, lo admito. Pero no puedo negar que en ciertos lugares inaccesibles, a donde no es posible llegar sino volando, hay inscripciones de nuestros abuelos que explican el arte de escalar montañas que nos diera el General. Durante generaciones, las rocas escritas nos han transmitido un precioso conocimiento. Esas palabras son lo primero que aprendemos a decir. Creemos firmemente que es el General quien las dictó a nuestros abuelos, porque según la tradición, se recitan en primera persona:

CUANDO DIGO QUE TODAS LAS MONTAÑAS SON SAGRADAS QUIERO DAR A ENTENDER QUE EL PAÍS ENTERO, CIELO, MAR, CAMINO Y CORDILLERA, ES SAGRADO. EL QUE COMPRENDE LO QUE ES UN TEMPLO SABE QUE EL RESPETO A ESE LUGAR DEBE EXTENDERSE A TODA LA MATERIA.

LA MONTAÑA ENTERA ESTÁ CONTENIDA EN UNA SOLA DE SUS ROCAS. SI DOMINAS UNA ROCA, PUEDES ESCALAR LA MONTAÑA. SI ERES CAPAZ DE LLEGAR A LA PERFECCIÓN DE LOS DETALLES, REALIZAS LA GRAN OBRA, ACARICIA LA PIEDRA COMO SI FUERA PIEL HUMANA, SIÉNTELA, TOMA EN CUENTA CADA MILÍMETRO, DALE AMOR; AHÍ DONDE NO LO HAY, PON AMOR Y LO OBTENDRÁS; EN LA DUREZA DE LA ROCA BUSCA SU BLANDURA. DEJA QUE LA PIEDRA SE ABRA AL CLAVO COMO

LA FLOR AL ROCÍO. LA ROCA ES TU ESPEJO: ASÍ COMO LA TRATES, ELLA TE TRATARÁ A TI.

LA ROCA TIENE COMO IDEAL LLEGAR AL CENTRO DE LA MONTAÑA; TÚ, TEN COMO IDEAL LLEGAR AL CENTRO DE LA ROCA; PARA TRIUNFAR, ENCUENTRA ANTES TU PROPIO CENTRO Y ÚNELO A LOS OTROS DOS. LA MONTAÑA SE CONVERTIRÁ EN TU IMÁN; SI TE ENTREGAS A SUS LLAMADOS, PODRÁS TREPAR A CIEGAS.

CADA SOPORTE QUE TALLES TE DARÁ DERECHO A OBTENER OTRO; SI LO CAVAS MAL, DESLIZARÁS; OLVIDA LA CIMA Y PERFECCIONA ESE APOYO: EN UN PASO TE JUEGAS EL TRIUNFO. SI UN CAMINO ES FÁCIL, NO LLEVA A LA CUMBRE.

SÉ MAS PACIENTE QUE NADIE; TRIUNFARÁS CUANDO HAYAS APRENDIDO A FRACASAR.

A los veintidós años se nos permite bajar al valle para conocer a las hembras. Ellas saben. En las noches del mes de mayo nos esperan húmedas y limpias, con las piernas abiertas y las caderas levantadas para que sus sexos sean ojos mirando hacia las cumbres. Nos dejamos caer entre las sombras, escalamos sus cuerpos anhelantes, depositamos nuestro semen con olor a piedra y en el momento del orgasmo les cortamos los cabellos para alargar con ellos las cuerdas que nuestros padres nos dejan como único legado. Porque es de pelo humano, de mujer, la cuerda, trenzada con pasión, es fuerte y suave y fragante e invita a subir prometiendo que allá arriba nos espera un útero gigante dispuesto para tragarnos y parirnos hacia el mundo, contrario de éste, donde secretamente ansiamos vivir, que el General nos perdone.

¿Comprenden ahora por qué tienen que confiar en mí, aunque no vean claro? Al pobre Cóndor ya no le queda intacto más que el plumón blanco que rodea la base de su cuello. A pesar de ser la parte más combustible es lo último que arde. Y ahora llega ese trágico momento: el esqueleto renegrido se engalana de un collar ígneo... La oscuridad parece huir definitivamente, el resplandor se extiende a centenares de kilómetros, la Cordillera se aprieta contra el suelo como un espinazo ensangrentado. Es el último momento. El pico se abre y los pulmones achicharrados lanzan un silbido final más conmovedor que el canto de cuna de una madre. Las mariposas color granito lloran; el mar, el viento, las moscas, los andinistas, todos lloran menos ustedes. ¿Acaso los veterinarios son los únicos insensibles a la pena del Cóndor? ¿En casa de herrero cuchillo de palo? ¿A pesar de que el postrer lamento resuena de monte en monte, abriendo los corazones cerrados, ustedes no oyen nada? ¿Cómo es posible? El digno esqueleto, desmoronándose en una nube calcárea, abre las puertas a la noche. La oscuridad establece otra vez su reino. Encendemos nuestras lámparas, pequeños ojos de luz huérfanos en la inmensidad del naufragio. Un huevo negro nos rodea. Otra vez la desunión, la mudez, el ostracismo. Es mejor que ustedes regresen: no han visto ni han oído nada. El Cóndor se ha sacrificado inútilmente. El viento acabará por esparcir los huesos y demoler el nido. Una lección perdida, un secreto que nadie más podrá descifrar. Las cumbres vacías atravesarán inútilmente el tiempo. Sola, la mosca fiel, de siglo en siglo, no oída por nadie, tratará con zumbidos melancólicos de transmitir la Verdad a pájaros de miserable envergadura... Cuando yo era niño, una sola vez bajé a ver a mi madre: vivía desnuda en una gruta creyéndose santa y virgen. Al verme, lo único que hizo, entre lágrimas, fue contarme esta leyenda:

«El Rey de aquel país estaba desesperado porque su Reina era víctima de “la enfermedad del frío”, mal que había matado a la mayoría de sus súbditos. El Rey lloraba, solitario en su palacio.

¿Quién podría ayudarlo? Su fiel Cóndor se le acerca humildemente y le dice que en el confín del reino vive un curandero que conoce el remedio que puede curar a la Reina. El soberano suplica al Señor de los Aires que vaya a buscar a ese hombre. El ave vuela por encima de las montañas, atraviesa desiertos tórridos, vence diluvios y huracanes, triunfa del ataque de los osos y por fin llega ante el curandero. Le pregunta si puede curar a la Reina. El indio se pone pálido, dice que sí, pero... El Cóndor, apurado, no quiere oír explicaciones. Lo monta en su lomo y emprende el regreso. Al llegar al palacio, el Rey se abalanza sobre él, lo besa, le agradece y urge al curandero para que le diga el remedio que curará a su amada esposa. El indio, más pálido que nunca, responde con una inmensa pena: “La enferma sólo se podrá curar del mal del frío si bebe toda la sangre de este Cóndor”. El fiel animal abre las alas, se pica el pecho y con dulzura infinita ofrece su herida a los labios de la Reina».

¡Váyanse de aquí, la ciencia está de más! Deslícnese por las trenzas hasta el camino de tierra. Atraviesen el cementerio abandonado y tomen el tren de los sonámbulos en la estación en ruinas. Él los llevará directo a la fortaleza del General. Denle este mensaje: «Usted es el último Cóndor. Le rogamos que pueble las cimas con grandes televisores transmitiendo sin cesar su imagen. Le rogamos que imite el silbido del Ave Eterna y el ruido de tambor de sus alas atravesando el aire... Para que otra vez venga el día y se abran las puertas de la dorada ciudad que piensa».



## 7. Son sombras...

El andinista nos ha advertido que por estos rumbos oscuros la Camanchaca, una niebla tibia pero traicionera, que cala hasta los huesos, tan densa que impide ver más allá de medio metro, invade el camino. En su materia lechosa, quizás a causa del entrecorrido de múltiples corrientes de aire, se esculpen figuras que permanecen escasos segundos antes de disolverse, pero que por su demente indecencia quedan para siempre grabadas en nuestras retinas. Son caras corroídas por muecas sórdidas, cuerpos de mujer torcidos hasta el asco, perros feos devorando tentáculos, amasijos de tumores, ondulaciones que nos conducen al vómito.

El andinista nos ha recomendado, para pasar este mal rato y alumbrar el camino, encender el televisor que nos ha regalado. La luz parpadeante y cadavérica de la pantalla disuelve un poco la Camanchaca y nuestro silencio. (Entre nosotros no podemos hablar: los tres decimos siempre lo mismo, como si tuviéramos una voz para seis labios.) Magra medicina, el discurso incesante del General nos convierte en sombras...

EL CAMINO MÁS CORTO ENTRE VOSOTROS Y YO, ES EL MÁS LARGO. SI ME TENÉIS, NO ME RECORDÁIS; SI ME RECORDÁIS, ME ALEJÁIS; SI ME COMENTÁIS, ME ADULTERÁIS; SI ME DEFINÍS, OS MENTÍS; SI ME BUSCÁIS, ME PERDÉIS; SI ME VEIS, OS VEIS...

Sus frases, como las figuras de la Camanchaca, resuenan unos segundos y luego, transformadas en un coro de ecos que parece misa fúnebre, se pierden entre los recovecos de las montañas. Hay un alacrán debajo de cada una de esas palabras. Los conceptos fijos tienen un contenido móvil que se esquivo ofreciendo la posibilidad de infinitas interpretaciones. Hay amenazas, no por silenciosas menos reales, entre las sílabas. En la boca del General cualquier sustantivo que no tiene filo se convierte en cuchillo. ¿Cómo esperar una palabra de vida si es la Muerte la que habla?

PARA RECUPERAR VUESTRA MEMORIA, EN LUGAR DE PREGUNTAROS ¿QUIÉN SOY?, DEBÉIS PREGUNTAROS ¿DÓNDE ESTOY? SI SABÉIS DÓNDE ESTÁIS, COMENZÁIS A SER LO QUE SOIS. EL CAMINO PARA SABER DÓNDE ESTÁIS ES SABER DÓNDE NO ESTÁIS. DE NEGACIÓN EN NEGACIÓN LLEGÁIS A LA GRAN AFIRMACIÓN, SE ME HACE EVIDENTE QUE NO ESTÁIS EN NINGUNA PARTE, NI EN VUESTROS CUERPOS NI EN VUESTROS INTELLECTOS, SÓLO ESTÁIS EN MÍ. ¡YO SOY VOSOTROS PERO VOSOTROS, SIMPLEMENTE, NO SOIS!

¡Mejor apagar este aparato siniestro y lanzarlo al océano podrido! ¡Ah, el maldito sigue prendido flotando en el líquido pegajoso como una medusa en su elemento! El General se pone a lanzar carcajadas tan fuertes que provocan derrumbes. Debemos correr por el camino esquivando una lluvia de piedras, perseguidos por los rayos color liquen de la máquina que navega cerca de

la playa, decidida a no soltarnos. El General, sin dejar de reír, comienza a cambiar de aspecto. Sus deformaciones, reproducidas y aumentadas por el bombo de niebla, alcanzan tamaños gigantescos.

¡UNA IMAGEN DE MÍ MISMO CON LO PEOR QUE TENGO! ¡UNA IMAGEN DE MÍ MISMO COMO HOMBRE NORMAL! ¡UNA IMAGEN DE MÍ MISMO COMO CAMPEÓN, COMO HÉROE, COMO SANTO Y COMO GENIO! ¡UNA IMAGEN DE MÍ MISMO COMO CONCIENCIA PURA! ¡UNA IMAGEN DE MÍ MISMO COMO CUERPO DE DIAMANTE! ¡UNA IMAGEN DE MÍ MISMO COMO BESTIA MÁGICA! ¡UNA IMAGEN DE MÍ MISMO COMO UNA ESFERA LUMINOSA! ¡UNA IMAGEN DE MÍ MISMO COMO LA GRAN MADRE NEGRA!

El televisor se atasca entre unos huiros. Echa humo, fognazos y se apaga gradualmente. Centenares de miles de manchas oscuras se desprenden de los cuerpos que las producen y reptan hacia nosotros. Las sombras de las piedras vienen a pegarse a nuestras sombras. Como pájaros inmensos bajan las sombras de las montañas y también se pegan a las nuestras. Nos cae encima la noche entera. Estamos prisioneros en una botella negra. No tenemos cuerpo, no tenemos nombre. Queremos que todo el universo se convierta en un solo sol de fuego.

Un hormiguelo de candelas nos anuncia que hemos llegado al cementerio abandonado.

## 8. Son difuntos...

¡Eh, los muertitos, no pasen de largo! ¿Para qué quieren ir a la estación en ruinas y tomar el tren de los sonámbulos si aquí estoy yo? ¡El cementerio no está abandonado! Hicieron bien en llegar hasta este lugar. Las nuevas órdenes han puesto al país tan patas para arriba que ya nadie sabe dónde caerse muerto. Los camposantos, después de la ley que dictó el General –ningún ciudadano aparte de él tiene derecho al recuerdo– pasaron de moda. ¿Para qué gastar en mausoleos, nichos o tumbas si a nadie se le permite grabar su nombre en las lápidas? El jefe, como ustedes pueden constatar, exige que en cada placa de mármol sólo brille un vídeo donde él, siempre vivo y sonriente, agite los guantes blancos en un incesante y repetido: «¡Buenos-días-cómo-va-yo-estoy-bien-gracias!». En cada tumba, simbólicamente por supuesto, yace el General: las flores son para él, las lloronas, los discursos de adiós y –lo que es el colmo– la extremaunción. Un severo decreto obliga al moribundo a vestirse de militar, colocarse una peluca morena y bigotes engominados, sea hombre, mujer o niño. Sólo el General tiene derecho a morir.

Él y sólo él es el único que puede, debe y quiere pasar a la historia. Hoy en día, a causa de esto, la población prefiere la incineración. Terminar, hecha polvo, en latas de conserva... A nosotros, los sepultureros, se nos invitó a trabajar en los hornos crematorios. Mis colegas aceptaron con gusto: no se detiene el progreso. ¡Se mete el ataúd como un pollo en el horno, se aprieta un botón y colorín colorado el problema se ha acabado! Sí, es cierto que los muertos enterrados son problemas: hay que ocuparse de ellos, mantener sus tumbas limpias, espantar sin cesar a los gusanos, llevarles flores a la hora del desayuno, matarles el aburrimiento con largas conversaciones, gastar horas cortándoles la cabellera y las uñas... Pero, entre llenar todo el día vasijas color caqui con un puré de huesos y cenizas para dormir en la noche como una barra de plomo drogado por el vapor desodorante, yo prefiero cavar la tierra con mis propias manos; para eso me he creado estos callos en la punta de los dedos, abrir las fosas como un alegre perro que entierra su hueso, embriagado por ese perfume de los hoyos igual a pan caliente o a hembra en celo. ¡Nada se compara al momento de encender las velas en la noche! Es entonces cuando los muertos hablan bajo los sepulcros anónimos. Ahora más que nunca quieren contar sus historias. En el fondo, un prócer es un gigante útil y vulgar, sin mayor misterio. Un pequeño muerto, con su vida inútil pero única, es un verdadero poema. Únicamente lo efímero es conmovedor y la labor del artista es guardarlo, como un perfume delicado, en su memoria. En verdad llevo a los muertos enterrados en mi cabeza. ¡Vengan, queridos finados! Antes de acostarse en las tres fosas que acabo de cavar con el mayor de los amores, les presentaré algunos de sus vecinos; sólo algunos, porque si quisiera contarles la vida y milagros de todos, demoraría más de un año... ¿Cómo? ¿Lo único que quieren es saber dónde pueden tomar el tren de los sonámbulos? ¿Me dicen que sienten decepcionarme, que no están muertos? ¡Sí, lo están! ¡Lo que pasa es que no se dan cuenta! ¿Quieren que les diga de una vez la verdad? Todo el país está muerto. El único ser viviente es el General. Por mí, yo enterraría a todos los demás. El partido de los vivos ha perdido, ahora la mayoría considera que estar muerto es lo normal. Antes, fallecer era una magna ceremonia familiar que se desarrollaba entre lágrimas, desmayos, lamentos desgarradores, tragos, chistes y monumentales coitos debajo de los féretros. Hoy, fallecer es como comerse un sándwich. Mueren

sin emitir una queja. La tapa del ataúd, donde meten a los pocos que eligen estar bajo tierra, no cruje. Los tornillos penetran en la madera sin oponer resistencia. La carroza fúnebre no encuentra ninguna señal roja en el camino. El cortejo llega al cementerio antes de la hora. El féretro baja al agujero deslizándose perfectamente por las cuerdas. Las paletadas en la tierra humedecida no provocan polvo. Los obreros son expertos y llenan la fosa rápidamente y tan bien que al lanzar la última paletada nadie puede distinguir el sitio donde yace el muerto. Al cabo de un minuto, los miembros del cortejo olvidan qué han ido a hacer allí. Vuelven a la ciudad con la sensación de haber regresado de un picnic... ¡En cambio mis muertos, ellos sí tienen cosas que contar! Por ejemplo, aquí, al pie de esta cruz, tienen al hermano Braulio, santo que nunca fue canonizado. Era cura, pero como se vestía de overol, nadie se dio cuenta. Vivió una miseria voluntaria, en el Norte Grande, entre los mineros del salitre. Los milagros, según él, debían ser pequeños, imperceptibles, para no acomplejar a los que no habían recibido la Gracia. Es por eso que Braulio hizo aparecer un flamenco rosado en medio de una gran bandada de flamencos rosados, cambió las alpargatas viejas de un trabajador por otras idénticas alpargatas viejas y, por fin, levitó... pero elevándose a un milímetro del suelo. Vivió más de veinte años flotando sin que nadie lo notara. Cuando vino la crisis y las minas cerraron, este santo, conmovido con la hambruna obrera, rezó hasta que sus treinta y dos dientes se convirtieron en oro. Entonces fue a pararse, sonriendo, entre los obreros que se manifestaban frente a la Municipalidad exigiendo un tazón de sopa gratis. El oro despertó tal codicia entre los cesantes que, a barrenazos, le arrancaron las mandíbulas.

¿Pero por qué hacen esos gestos de impaciencia como si se quisieran ir? ¿Mis historias les aburren? ¡Nunca me habían tocado muertos tan antisociales! ¡Vamos, un poco de patriotismo: somos todos ciudadanos del reino de la Muerte! La vida de los otros difuntos es la nuestra. No estamos separados. Paciencia. La noche es larga. Comprendan: hace mucho tiempo que aquí nadie viene y han cesado de enviarme el sueldo. Yo no importo –de una manera u otra me las puedo arreglar para comer o vestirme. Cuando se me gasta un pantalón no tengo más que pedirle a un finado que me regale el suyo; son generosos, nunca me niegan nada–, pero el cementerio tiene necesidades imperiosas: cuerdas, picos, palas, cemento, escobas, pintura, abono, naftalina, dentífricos, maquillajes, etcétera. ¿Cómo hacer? He tenido que comenzar a vender el mármol de las tumbas. Los banqueros adoran cubrir las paredes de sus establecimientos con ese material. ¡Si las cosas siguen así, no sé adónde iremos a parar! El cementerio parecerá un desierto y las ovejas y las cabras vendrán a cagar en la cabeza de mis dignos difuntos. ¡Ni siquiera hablo de un futuro próximo, hoy ya está pasando! Miren esa extensión que parece vacía, es el monumento funerario más importante de este lugar: un maravilloso palacio invisible, inmenso pero íntimo a la vez: el mausoleo de nuestra familia. Fue construido por mi padre con paredes de aire, transparentes para los demás, azules para mí. Desde niño vi cómo el autor de mis días, orfebre infatigable, tallaba en lo invisible, pasando y repasando sus manos de escultor hasta que en mi mente se dibujaban con toda nitidez los muros, las columnas, los nichos y tantos detalles que después formaron salones, escalinatas y oratorios más grandes que los de una iglesia. El aire es un elemento noble: si se le acaricia bien, obedece y adopta la forma que se le imprime con toda fidelidad, sin deformarse, sin aceptar la continua sollicitación de las corrientes de aire caprichosas que bajan de la cordillera invitándolo a traicionar y disolverse para galopar hacia el océano. Esos muros que ustedes no ven, han resistido el embate del tiempo. Están allí, incólumes, por puro amor a nuestra familia, por amor a mí que soy el último descendiente. No me atrevo a pedirles que descubran con el tacto esa grandiosidad magnífica: sus manos muertas deben de haber perdido parte de la sensibilidad y los

tabiques, como el cristal fino, a la menor torpeza se quiebran. Por lo menos nosotros, los humanos, sabemos respetar una obra de arte, pero las mariposas son idiotas. Sin el menor empacho, como si las paredes no existieran, atraviesan el terreno dando un muy mal ejemplo a los otros animales. Al menor descuido de mi parte, los perros insisten en venir a mear justo en donde está el altar central. Cosa curiosa, no sé cómo se las arreglan para no destrozar nada...

—¡No destrozan nada, porque no hay nada!

—¿Qué dicen, insensatos? ¿Acaso los gusanos ya les han comido el cerebro?

—¡Hace horas que estamos tratando de saber dónde está la estación de trenes! ¡Respóndanos! ¡Deje de jugar al guía de turistas macabro! ¡No hay un mausoleo invisible! ¡Fíjese bien, nos paseamos por este terreno vacío de derecha a izquierda, hacia delante y hacia atrás y nada se quiebra!

—¡Eso sólo prueba que ustedes no tienen cuerpo! ¡Son almas en pena y no cadáveres honestos! ¡Fantasmas insidiosos, a mí no me engañan!

—¡Usted es el que no nos engaña! ¡Los muertos no hablan!

—¡Sí hablan! La prueba: ustedes están hablando... ¡Basta de anarquismos, cada cual a su sitio, dejen ya de protestar y vengan para que ahora mismo los entierre en las tres nuevas fosas!

—Escúchenos, caballero. Para que nos quedemos sepultados aquí debe demostrarnos que dice la verdad. ¡Si bajo ese pedazo de lápida está enterrado alguien, dígame que se presente!

—Atención, se refieren al Barón de Tocornal, un hombre noble, profundo. Pensaba que para que los plebeyos trabajaran, algunos aristócratas como él debían hacer el sacrificio de no trabajar; debían hacer el sacrificio de no necesitar para que la mayoría actuara movida por el hambre. ¡Para que esos pobres, a los que él quería mil veces más que dos meses, vivieran obedeciendo, él debía sin cesar dar órdenes! Tuvo una hermosa muerte: llevaba en cada dedo un anillo de oro cubierto de plomo para conocer y gozar él solo la calidad interna de esas joyas. ¡Lástima que las emanaciones del plomo lo envenenaran! Si quieren que el Barón salga de su retiro, deberán fingir que son sus nuevos criados. Desde que lo enterraron vive añorando tener otra vez lacayos.

—¡De una vez por todas queremos conocer la verdad! ¡Ande, abra la tumba, llámelo, dígame que llegaron sus sirvientes!

—¡No necesito abrir nada! El Barón está desencarnado. Su espíritu es el que surge y se introduce en mí. Yo, cayendo en trance, le sirvo de «cabalgadura». Así es como los muertos, usando mi cuerpo, siguen comunicándose con el mundo.

—¿Cómo probar algo así? Usted es un actor.

—¿Un actor yo? Déjenme tragar este medio litro de ron... Déjenme ponerme esta levita con encajes que guardo debajo del pedazo de mármol... Déjenme llamarlo... «¡Que venga, que venga, que nadie lo detenga! ¡Yo lo espero curvado, como un perro castrado!» Vean cómo mi cuerpo se afina... Cómo mis uñas se alargan... Cómo mi piel blanquea... Cómo mi voz cambia... ¡Fffff! ¡Soy el Barón de Tocornal! ¿Quién me llama? ¡Ah, ustedes! ¿Por qué llegan tan tarde? ¡Plebeyos, muertos de hambre, infelices, pónganse las libreas!

—Gracias, señor. A sus órdenes, señor.

—Bien... Ahora que estoy muerto, no necesito nada.

—No es posible, señor. Usted nos paga para darnos órdenes.

—Sí, es verdad. Al amo lo que es del amo y al piojento lo que es del piojento. ¡Les ordeno que me digan lo que debo ordenarles!

—Ordénenos traerle de comer.

—No tengo hambre, los gusanos me comieron el estómago.

–No tiene importancia, señor. De todas maneras usted ordena y nosotros le traemos. Usted puede no comer. No se trata de alimentarse, sino de ordenarnos.

–¡Tienen razón! ¡Lacayos, traedme de comer!

–Recogemos las ofrendas de las tumbas: hay manzanas, platillos de arroz, dulces pintarrajeados, calaveritas de azúcar. ¡Montones de víveres! Aunque un poco podridos...

–Si estuviera vivo me darían ganas de vomitar.

–Orden cumplida, señor. A sus órdenes, señor.

–¡Qué angustia, no necesito nada!

–Ya le dijimos que no era posible, señor. Usted existe para dar órdenes.

–¡A ver, gañanes, díganme lo que puedo ordenarles!

–Ordene que lo hagamos dormir, señor.

–Ya no tengo párpados, ¿cómo quieren que duerma?

–No se enerve, señor. No se trata de tener o no tener sueño, sino de ordenarnos. Nosotros trataremos de hacerlo dormir, pero usted puede permanecer despierto.

–¡Criados, hacedme dormir!

–Duérmase, señor... Duerma... Sueñe... con un palacio... Un palacio poblado de fieles servidores... prestos a obedecer... Sueñe señor que usted debe darnos una orden... y que los millares de millones de servidores esperamos para obedecerle, señor... Usted es el amo... Nosotros los sirvientes... Tenemos la obligación de obedecerle... Tiene la obligación de ordenarnos... ¡Esperamos, señor!

–¡No puedo! ¡Socorro! ¡Qué atroz pesadilla!

–¿Se despertó? ¿Durmió bien? Somos sus servidores, señor. Estamos a sus órdenes, señor.

–¿Canallas infames, qué puedo ordenarles?

–Ordene que lo divirtamos, señor.

–¿Cómo?

–No somos sabios, somos criados. Usted debe saber lo que le divierte, señor.

–¡No lo sé, villanos! ¡Hagan lo que los divierta a ustedes!

–El único entretenimiento de los servidores es obedecer las órdenes de sus amos. Déjenos divertirlo con lo que lo divierte a usted.

–¡Al grano! ¿Qué es lo que me divierte?

–A usted le divierte darnos órdenes. ¡Estamos aquí para entretenerlo! ¡Dénos una orden, señor!

–¡Me cago en el coño podrido de sus madres! ¡Esto me pasa por blando! ¡Díganme lo que debo pedirles o hago que les corten las orejas y los testículos!

–Pídanos lo primero que imagine, señor.

–¡No imagino nada!

–Ordene que bailemos en forma elegante.

–¡Bailen en forma elegante!

–Nos ponemos en la punta de los pies y danzamos un *pas de trois*. Eso no lo divierte. Ordene que bailemos como elefantes.

–¡Bailen como elefantes!

–Bailamos pateando como pesadas bestias. Eso no lo divierte. Ordene que gritemos.

–¡Griten!

–Gritamos a todo pulmón.

–¡Basta, desgraciados, me están rompiendo los tímpanos!

—¡Ordene que nos demos de cachetadas!

—¡Dense de cachetadas, cogotudos!

—Nos golpeamos en la cara. Eso no lo divierte. ¡Ordene que le peguemos, señor! ¡Ordene que le rompamos los huesos! ¡Ordene que orinemos en su tumba, señor!

—¡Gente vil, péguenme, rómpenme los huesos, orinen en mi tumba!

¿General mío, qué ha pasado? Me han roto las costillas... Estoy ensangrentado... ¡Esos tres muertos se volvieron locos!... Destrozaron a patadas mi palacio invisible, hicieron polvo los pedazos de lápida, violaron las tumbas, desparramaron los huesos, incendiaron los jardines, abrieron las puertas para que vinieran los puercos a comerse las calaveras, acabaron con mi cementerio. ¡Y todo eso para obligarme a decirles dónde estaba la estación de trenes! El país se sumerge en el caos: los muertos ya no descansan en paz, pierden la fe, confunden la realidad, se vuelven salvajes, quieren huir, irse al fin del mundo... Esos tres inocentes no se dieron cuenta de que yo me callaba por su bien. No se imaginan lo que es el tren de los sonámbulos... Primero, pasa una vez cada cien años. Segundo, dicen que el maquinista, a quien nadie puede ver, es el propio General. Tercero, hay un gas que duerme a los pasajeros. Cuarto, alguien les come el alma... ¡Pobres finados, desaparecerán en el camino, no llegarán a ninguna parte!

## 9. Son sueños...

Mientras avanza la máquina cerramos los ojos y comenzamos a soñar:

Estar en el último vagón. Quizás sean siete, o bien treinta y tres como las vértebras: de acero, rodando vacíos y a lo lejos, la locomotora a miles de vagones. Estar al final de esto que avanza e ir saliendo de una ciudad. Atravesar basurales: niños tratando de alimentarse con papel; ancianos curtiendo pieles de ratas para levantar una nueva carpa en la aldea de mendigos; una tras otra, interminables casas de piel gris; mujeres bajo cerros de andrajos, corriendo tras los roedores; ventanas con barrotes por donde asoman la cabeza enanos de grandes ojos. Y en una azotea alguien vacía una bacinica y cae en el barro un pedazo de carne. Así, en la cola del tren, en lo último, ir dejando la ciudad.

El tren va al abismo del final... Ésa es su meta, pero la nuestra es llegar hasta la cabeza del tren, conocer al maquinista y, si es posible, tratar de desviarlo de su ruta.

Somos tres: Uno, Dos y Tres. Pero sólo yo veo lo que veo. Sin embargo, si no estuviera acompañado, quizás mi visión fuese diferente. Veo lo mío y además trato de ver lo que el otro está viendo. O los otros me obligan a ver ciertas cosas que yo nunca hubiera notado. En el fondo, soy un ciego. Me inyectan imágenes por el nervio óptico, pero digeridas y seleccionadas. ¿Quién de nosotros puede ver? Avanzamos en las tinieblas. Yo me veo ver lo que ven Dos y Tres. Quizás Tres se vea ver lo que Uno y Dos eligen. Dos se mira mirar lo que Tres y yo captamos. Quizás... Me sería imposible negar que nuestras seis cuencas están vacías y que muy bien lo que se nos muestra sea un film preparado de antemano. Una serie de imágenes estándar para todos los pasajeros del tren. Dentro de lo posible, cabría creer que esto que me estoy viendo ver es realmente lo que yo veo.

Avanzamos. El último vagón, que para nosotros es el primero, está aparentemente vacío. No hay ruido ni hay ventanas. El aire se ha petrificado y huele a agua vieja. Avanzamos por la soledad del último vagón... Semioculta por cerdas negras que al crecer del cuero se enredan en su cuerpo, con una esfera de vidrio en la que hay un niño de cera, una mujer roja duerme con los ojos abiertos. Unas grandes manos velludas, que surgen de debajo de su silla, la tienen prisionera de los tobillos. Ella deposita la esfera sobre un brasero. El niño se derrite. El globo se parte en dos. La cera arde y entonces, bella y pálida, saca pájaros blancos de una bolsa y comienza, sonámbula, a quemarlos. Mientras arden, las aves cantan sin angustia. La música logra hacer dormir a la dormida. Cae a otro mundo, más vago aún que su primer sueño. Desaparece.

Nuestra meta es llegar hasta la cabeza del tren, conocer al maquinista y, si es posible, desviarlo de la ruta.

Junto a la puerta del excusado, una señora longilínea cava en el piso del tren o algo la está sorbiendo. Se hunde. Sale un líquido amarillo. El vagón se comienza a inundar. Quiero escapar hacia el segundo carro. La señora longilínea, como un juguete de resorte, salta y cae montada en mi cuello. Se dobla hasta llegar a mi oreja y comienza a susurrar:

«Hasta ahora he tenido miedo de “utilizar”. Lo que enseño no tiene forma: se mueve. ¿Comprendes? Algunas personas se han acercado a mí pidiéndome “Saber”. No sé nada pero, según las Leyes, he dado lo que ellos me han permitido dar. Entonces, recibiendo me han odiado,



no sé por qué. El secreto hay que guardarlo, porque ellos saben solamente digerir la ambrosía-orina...».

Sale un líquido amarillo. De debajo de los asientos emergen materias vestidas con trajes de corte inglés. Masas arcillosas, costras, grandes tumores, todo aquello moviéndose bajo vestidos de gala y abriendo unos hoyos húmedos por donde tragan metros cúbicos de orina.

«Todo es muy móvil y a la vez muy preciso. En el aparato digestivo, el ano es impersonal: tiene la función de dar el alimento muerto más muerto que nunca a seres que lo comen. Pero nosotros somos distintos; no comemos sino sangre. Aquella clase de sangre que recorre su camino contra la gravedad. Sólo vivo, el alimento se puede tejer...»

«Ellos han querido tejer con muerte y cada vez me han asesinado un poco. Tan dolorosa, como las putas, yo no puedo decir que no. Para comer mi excremento han metido sus hocicos hasta mi intestino. Han esperado en el centro de mi digestión, viendo con impaciencia secretar a las paredes de mi estómago sus ácidos disolventes. Yo no puedo decir que no. Desde que María Magdalena abandonó a la Diosa por el brujo Jesús, las sagradas prostitutas cayeron en las manos de los funcionarios... Así es traicionar. Así es dar los secretos. Si soy nueve puertas, me abres hasta donde tú tienes llaves. Estoy repetida cada vez diferente detrás de cada puerta.»

Las Formas vestidas nadan hacia nosotros. Parece que nos quieren comer. Parece que se sienten muy solas. Parece que nos necesitan. Parece que detestan necesitarnos. Nos quieren comer, pero tienen miedo de envenenarse. Nos muestran tres grandes latas de conserva. Nos invitan a entrar en ellas. Tienen lista la soldadura para encerrarnos y los cantos para luego adorarnos. La señora longilínea salta de mi cuello y se hunde en el piso. Huyo al segundo vagón.

Se trata de sustituir al maquinista, de cambiar la ruta del tren, de ir demoliendo los vagones y todo lo que contienen.

Al abrir la puerta del segundo vagón me encuentro en el primero. Como al comienzo. Voy saliendo de la ciudad. Atravesar campos cubiertos con montañas de huesos. Subiendo y bajando por ellas, hundiéndose, escarbando, centenares de niños ciegos cargan aves negras de cartón de treinta metros de largo. Ancianos con piel de paquidermo, tirados vientre al aire, pataleando lentamente, tratan de pararse mientras desfilan mujeres bajo montones de harapos cubriéndose la cabeza con grandes caparazones. Una tras otra, pasan miles de casas con paredes de carne podrida. Hay ventanas como heridas de cadáver por donde asoman enanos con coronas de espinas... Y en una azotea, alguien vacía una bacinica hacia la calle y cae en el barro una cosa negra que sopla y cava hasta desaparecer. Así, en la cola del tren, en lo último, ir dejando la ciudad...

El tren no va, avanza; no hay punto de llegada. La realidad comienza en su segunda rueda. A medida que adelanta, el camino va naciendo. Los rieles crecen constantemente a la misma velocidad que él. Pero mi meta es llegar a la cabeza del tren, en donde no hay maquinista, pues la máquina se dirige a sí misma. Mi tarea es obligarla a obedecerme.

Estoy solo. Dentro de lo posible cabría creer que esto que me estoy viendo ver es realmente lo que yo veo. También pudiera ser que yo fuera una forma sin ojos ni otros sentidos, como el interior de una esfera. Pudiera ser que el tren viajara dentro de mí. Me sería imposible negar que estos infinitos vagones no son mi persona. ¿Cómo saber si yo no soy la locomotora de un tren que se come por la cola?

En el segundo vagón me vuelvo a encontrar con Dos y Tres. El vagón anterior ha desaparecido. Otra vez estamos en lo último. Un número infinito de carros nos separa de la locomotora. Eso creemos. Este tren puede tener un solo vagón, aquel en el que estamos. En lugar

de avanzar, padeceríamos sus metamorfosis. Este vagón puede ser la misma locomotora y nosotros tres los maquinistas. O no ser tres, sino uno, yo que me he multiplicado y he perdido la memoria. De haber perdido la memoria, estoy bien seguro.

Otra vez en el último vagón. Estar al final de esto que quizás avanza y ver retroceder a la ciudad. Ser abandonado por desiertos que en lugar de tierra son una extensa piel de paquidermo. De vez en cuando una herida en forma de pozo de donde sale un viento podrido; junto a estos hoyos, niños paralíticos con las piernas mordidas por aparatos ortopédicos, de bruces, hunden sus lenguas negras. Fragmentos de ancianos, medio torso, la espalda y una cabeza, un par de brazos, terminan de ser devorados por unas cosas arrugadas que soplan levantando nubes de hueso en polvo. Mujeres adiposas, desnudas, con los pelos de la pelvis desmesuradamente largos, arrastrándolos en colas de diez metros por entre las piernas... Enanos metidos como larvas en rocas pequeñas que han sido cavadas para servir de refugio, han perdido la mandíbula inferior. Y de pie, sobre un tumor paquidérmico, alguien vacía una bacinica y cae lentamente un ojo.

Nuestra meta es detener las metamorfosis de este tren.

No somos tres ni somos uno. Este puede ser el primero y no el último de los vagones. Me sería imposible negar que no somos simplemente un reflejo de otro tren. En esta oscuridad podemos ser unas paredes que encierran dos largas filas de asientos.

Avanzamos. No hay ventanas. Tampoco hay puertas. En las sillas hay féretros de cristal llenos de agua: transparentes acuarios en donde flotan muertos haciéndome señas de un obscuro anémico. A través del vidrio muestran fotos amarillas o tocan un violín forrado de terciopelo.

En el suelo, dentro de la caja de un violín, un niño abandonado, de largos incisivos y cuerpo cubierto de pelaje gris, entre telas corroídas ya en el momento en que las tejían, canta:

Madre mía: yo protesto por tus senos  
cerrados con un timbre de cera,  
la leche en polvo que no pude mamar  
y tu cuerpo gigantesco donde yo me perdía,  
famélico, saltando entre montañas resbalosas,  
hacia arriba, quizás hacia tu pelo,  
cayendo en hondonadas de materna carne,  
agarrándome a tus vellos cual de arbustos insidiosos,  
años trepando mientras me crecía el bigote,  
para llegar arriba, hasta tu boca,  
convertido en un anciano sudoroso  
y ser mordido, triturado trozo a trozo por tus dientes  
grandes y agudos como catedrales góticas.

Avanzamos. No hay ventanas ni puertas. Esto es un túnel. De pie, los ataúdes de cristal con sus aguas y sus muertos flotando, viendo a medias, hablando veladamente, creciéndoles el pelo, conservando algunos tics. Una caja se quiebra, sobre el suelo salta el muerto como si se ahogara; en un gesto de pescado al borde del río mira y abre y cierra el hocico y muere a su muerte y se levanta vivo, con la carne agusanada y repentinamente siente la mordedura de los vermes en todo el cuerpo y le duele y le roen el cerebro y grita y abre un ataúd vacío y se encierra y orina y llena con el agua amarilla la caja de vidrio y se ahoga y muere nuevamente para otra vez sacar fotografías antiguas con cuerpos elegantes y la cara cubierta de caca de moscas.

Caminar solitarios por un tren. Haber perdido los amigos. No recordar de dónde vinimos. No

saber qué es lo que buscamos. Como Generales degradados, pasar revista a las momias lentamente flotando, lentamente dormidas. No hay maquinista. No hay tren. Hay un túnel con ruedas viajando lleno de muertos que en lugar de roncar, rezan. De vez en cuando estalla una caja de cristal y el cadáver, ahogándose con el aire, manotea buscando refugio en la borra de retratos podridos. Parece puerco hundiéndose en la hojarasca otoñal. Solitarios, avanzamos en el último vagón: ir saliendo de la ciudad para siempre. Atravesar superficies cristalinas. Estructuras aéreas, disgregadas. Casas sin interior. Manos flotantes cual alfombras... Ciudadanos de rodillas ante huevos gigantes, golpean la cabeza contra sus muros lisos queriendo entrar. Fanáticos empujan hasta resquebrajar un trozo de cáscara, gritando con alegría religiosa que no dura, pues torrentes de clara y yema se desbocan por el hoyo y los ahogan en albúmina. Sobre esta gelatina navega una bacinica con un falo cortado.

Ver como nos vemos vernos y comprender que para comprender hay que volverse ciegos.

Saber definitivamente que el tren es un callejón sin salida. Que no hay que tratar de desviar de su ruta al maquinista, sino a nosotros mismos. Morir una y otra vez, nunca bastante. Ser el cadáver de un cadáver de cadáveres. Olvidar... Irnos volando mientras los carros se hunden.

## 10. Son traidores...

Un canto rauco, melancólico y desafiante, como un saetazo, nos despierta:

Al soñar con la fuente  
la vida de lo viviente  
me topé con la Muerte.  
Por treparme a las alturas  
me mataron la serpiente.  
Por querer alzar la frente  
me quemaron en el agua  
de mi propia carne oscura.  
Me entregaron las dos alas  
nacidas de mi basura.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Debe de haber pasado mucho tiempo... Envueltos por finos hilos de resistente baba, como gusanos en un capullo, casi no nos podemos mover. Una dolorosa rotación del cuello nos permite ver, a través de una separación de la trama, que colgamos del techo de acero de un bodegón con paredes agujereadas por balazos y manchadas de sangre. Una araña gris, enorme, con números tatuados en sus patas, nos envuelve. El abdomen de la tejedora despidе un vapor cálido que tempera el frío tajante del acero y el cemento... No nos sentimos ni peor ni mejor que de costumbre. Pensándolo bien, quizás nos sentimos mejor... La posición fetal nos da una calma profunda, los filamentos se pegan a nuestros impermeables como largas lenguas protectoras formando un vientre amoroso y las ocho patas del animal imprimen al capullo un vaivén suave que, unido al cantar hondo, nos amodorra... Es posible que vayamos a nacer o que estemos almacenados para que nos devoren... Lo uno o lo otro nos da igual siempre que algo pase, un acontecimiento que nos saque del pozo sin fondo de las palabras, que nos haga caer en la raíz violenta de la carne.

«¡Silencio, traidores!» Han abierto el portón con violencia y han lanzado un chorro de agua helada para bañar nuestras cunas lechosas. La tarántula ha lanzado resoplidos agresivos y se ha disuelto en la sombra. Se han subido a largas escaleras y han cortado el hilo que nos sostiene en el aire. Han puesto al máximo el volumen de la televisión para acallar el canto y, mientras el General ladra poemas («CON LA MELANCOLÍA DE LO NUNCA VISTO / MÁS QUE EN RECUERDO / AVANZAS HACIA TODOS LOS PUNTOS... / ¡ÉSTE Y SÓLO ÉSTE Y NADA MÁS QUE ÉSTE / ES TU MOMENTO MISERABLE / TU PEQUEÑO Y OSCURO / ATAÚD DE CARNE / EN LA INMENSIDAD IRRADIANTE / DE UNA PERFECCIÓN QUE ES TODO / MENOS TÚ! ¡AMA LO QUE NO ERES: DONDE TÚ TERMINAS, EMPIEZA LA REALIDAD!»), nos arrastran hacia la cámara de torturas.

Son jóvenes militares, de cuerpos acerados, uniformes pulcros y bigotes imitando al de su ídolo. «¡Vamos a hacerles un hermoso obsequio, mis felones: vamos a enseñarles el terror! Sin espanto no hay conocimiento. Por el dolor, se convertirán en hombres que amen la vida, que le den importancia al más pequeño de los segundos. Tenemos torturas sabrosas de todas las clases,

nuevas y viejas, coronas de espinas, clavos, cruces, esponjas empapadas en vinagre, drogas inyectables y orales, ratas infectadas, aparatos para aplicar electricidad en las partes sensibles del cuerpo: boca, vista, órganos genitales, ano, sienes, pies, manos; fierros calentados al rojo, ácidos, agua hirviendo, bolsas de polietileno, torniquetes, varas de hierro, sillas eléctricas, potros, cuerdas, trituradoras, perros y buitres hambrientos, picanas. ¿No saben lo que es una picana? ¡Con mucho gusto, cabrones, renegados hediondos, extranjeros perniciosos, sacos de piojos, se las mostraremos!»... Lanzando risas groseras, sacan de una jaula adornada con rosas a un hipopótamo ebrio y, mientras se turnan para aferrarse de las nalgas paquidérmicas y hundir sus vergas en el ano negro, nos amarran en una cama de bronce sobre una frazada mojada y aplican electricidad a la estructura metálica.

–¡Es así como rompemos los órganos vitales de los judas!

–¡Queremos ser hombres que amen la vida! Por favor, suban la intensidad de la corriente porque no sentimos nada.

–¡Locos alevosos, no vengan a desprestigiar nuestro fiel material! ¡Confiesen o les trituramos los tobillos y las muñecas por medio de prensas de madera! ¿Oyeron, culeros? ¡Chillen y confiesen!

–¿Dónde estamos nosotros?

–Basta de rodeos o los sumergimos en un pozo séptico lleno de excrementos y orines. ¡Rápido, confiesen!

–¿Confesar qué?

–¡Ustedes lo saben mejor que nosotros, porque son los acusados! ¡Es asunto del acusado saber lo que tiene que confesar!

–¡Nos gustaría mucho tener algo que confesar!

–¡Los acusados expresan el deseo de confesar! ¡Cualquier cosa que digan a partir de este momento será empleada en su contra! ¡Comiencen!

–¿Quiénes somos nosotros?

–¡Putos llenos de pus, están aquí para responder y no para preguntar! ¡Dejen que los metamos en estos tambores vacíos a los que golpearemos con palos y fierros con el fin de romperles los tímpanos!

–Lo sentimos mucho, pero el ruido del latón y el ritmo de sus golpes nos llena de energía. ¿Cómo hacer para alcanzar la verdad del sufrimiento?

–¡Mienten, bribones! ¡Están sufriendo, nuestros métodos son infalibles! ¿A dónde iríamos a parar si los acusados fueran inmunes al dolor? ¡Hipócritas, bajo sus falsas sonrisas se esconde una traición monstruosa! ¡Confiesen o les rajamos el culo con las bayonetas!

–¿De dónde venimos? ¿Qué investigamos en este camino de tierra? ¿Por qué estamos aquí? ¡No tenemos nada que confesar!

–¡Hijos de puta gelatinosa, necesitamos la culpa!

–Es muy posible que seamos culpables...

–¿Culpables de qué?

–No lo sabemos...

–¡Escarben en sus memorias, boludos!

–No tenemos memoria.

–¡No tienen memoria! ¡No es posible! Para que confiesen tenemos que crearles un pasado... Siéntense en estos cajones. Mírennos fijamente... Descontráiganse... Somos sus amigos... Ustedes nacieron en un lugar hermoso... Con árboles frutales y animales sin miedo... Ustedes recuerdan una

casa blanca... Jugaban con un oso amarillo... Tenían una madre alta, de cabellera larga y hermosa voz... Su padre vestía de color violeta y tocaba el violín... Ustedes fueron a la escuela... Comenzaron a fumar... Hicieron el servicio militar... Se casaron... Tuvieron hijos... Fortuna... Cometieron una falta, una terrible falta contra nuestro General...

–De acuerdo. Cometimos una terrible falta. Díganos cuál.

–¡Podemos inventarles una memoria, pero no la culpa! ¡Caven sus propias tumbas antes de ser asesinados! ¡Los mataremos a culatazos! ¡Confiesen!

–¡Queremos volver a nuestra casa blanca con árboles frutales y animales sin miedo para jugar con nuestro oso amarillo y nuestra madre alta de cabellera larga y hermosa voz mientras nuestro padre toca el violín con su traje color violeta! ¡Queremos volver a la escuela! ¡Casarnos! ¡Ver a nuestros hijos! ¡Recuperar nuestra fortuna!

–¡Cállense, infelices! ¡Confiesen!

–Cerramos los ojos, nos descontraemos, ustedes son nuestros amigos, nacimos en un hermoso lugar...

–¡Confiesen por piedad!

–...con árboles frutales y animales sin miedo...

–¡Tenemos que amordazarlos para que no deliren! ¿Y ahora cómo van a confesar? ¿Qué dirá el General? Vergüenza para nosotros... No podemos fracasar... ¡Que se les traslade en un helicóptero colgados de las extremidades inferiores, que se les arroje al vacío y que no se hable más de estos rotos de mierda!

## 11. Son educadores...

¡Ea! ¡Despierten! ¡Apúrense que al atardecer un sombrero de mosquitos cubre la cresta de nuestro cerro de basuras! ¡Abran pronto los ojos porque ese torrente de pequeños vampiros no respeta nada: sus picos de aguja atraviesan telas, cuero, láminas de metal y succionan con tal angurria que, no contentos con la sangre, llegan a vaciar de su médula a los mismos huesos! ¡No se hagan los muertos, sólo están desmayados! Por suerte sus impermeables, sombreros alones y antiparras les resguardan el cuerpo del polvo corrosivo. Las basuras son nuestras mejores amigas, de ellas vivimos, pero también nuestras peores enemigas: al menor descuido nos inoculan sus virus mortales... ¡Vamos, abran la boca, beban un poco de cerveza! ¿Qué? ¿Tosen? ¿Les da asco? ¿Vomitan? Sí, comprendo, tiene un olor especial: hay que acostumbrarse. La miseria nos ha vuelto ingeniosos: a falta de cereales o frutas, fabricamos la cerveza con nuestros orines. ¡Claro está que con métodos de una perfecta higiene, no faltaba más! Ese gustito a celulosa proviene del papel con el que nos alimentamos principalmente... ¡Eso es, levántense y respiren el querido aire fétido de nuestro gueto! Su Majestad el Enano Primero los espera impaciente, los niños han engalanado los basurales con flores artificiales hechas con piel de rata y las mujeres han mascado restos de chorizo para perfumarse el aliento... No vayan a creerse, porque para protegerme uso gorro de bebé y bata larga, que soy un niño. Por el contrario, aquí tienen ante ustedes al más viejo de los mongolones. Mis ojos durante más de un siglo han visto elevarse, descarga tras descarga, estos impresionantes cerros de inmundicias. Cuando llegué aquí, en medio de un terreno liso, sólo vivía el Enano, encerrado en su torre. El General me envió a educarlo. Fui el primer profesor del primer mongolón. La ciencia militar quería saber si un tal retrasado podía, gracias a un entrenamiento mental, ser reintegrado al trabajo. Bueno, les cuento lo que todo el mundo sabe –el accidente genético que produce diez mongolones por cada cien nacimientos– porque siempre los helicópteros, al lanzarlos, calculan mal la altura y el golpe, a pesar de que los desperdicios son blandos, les hace perder la memoria... Por desgracia no hay otra manera de llegar hasta estos rumbos, estamos rodeados de murallones sin puertas y nos vigilan incontables ametralladoras. En cierta manera, a pesar de nuestra incapacidad, se nos teme. Individualmente, morimos; pero como «raza», somos indestructibles, porque estamos metidos para siempre en el corazón del código genético. A pesar de todos los asesinatos, seguiremos llegando a este mundo. Nacemos normales, crecemos, estudiamos, trabajamos, procreamos y de pronto un día se nos alarga la mollera, se nos engruesa el labio inferior, nos crecen los dientes y nos volvemos, como ellos dicen, mongolones. Para nosotros ese nombre significa libertad, para los militares significa cretinismo. No es que causemos escándalos ni que nos convirtamos en fieras, no... lo que pasa es que comenzamos, con la mejor de las buenas intenciones, a cometer peligrosas torpezas. Se nos caen las granadas de las manos, apretamos los botones equivocados, decimos «sobra» en lugar de «falta»; el sentido del gusto nos cambia: sólo nos despierta el apetito el papel sucio, los desechos, las carroñas; la figura del General no nos aterra, dejamos de comprender sus discursos, defecamos al pie de los televisores y bombardeamos con pelotas de barro la pantalla... Al comienzo, cuando éramos fusilados, nos daban ataques de risa y cuando nos hacían bajar como mineros a las galerías oscuras, explotábamos con la dinamita que por supuesto habíamos mal colocado, causando daños

catastróficos. Nos encantaban las órdenes perentorias, los sermones, las reprimendas y con amplias sonrisas obedecíamos... para causar inundaciones, cortocircuitos, incendios, accidentes tremendos... El país se iba a la porra, estábamos provocando un caos económico. Por fin, alguien descubrió que como basureros éramos geniales: las inmundicias nos encantaban; por ser nuestro juego y nuestro alimento, las conocíamos y amábamos; cuando nos revolcábamos en ellas, perdíamos la noción del tiempo... Nos encerraron entre murallas construidas como un anillo alrededor de la ciudad y nos enseñaron a producir petróleo con la basura, una jalea azabache que hace andar las máquinas de todo el país. ¡Nuestro gueto es útil a la patria! Pero no se sorprendan de que yo les hable con tanta coherencia: no soy un verdadero mongolón sino un mongolón convertido. Declararse débil mental tiene grandes ventajas...

Veán, por favor: desde este cerro que es el más alto, (por eso precisamente lanzan aquí a los educadores, en signo de respeto), bien a lo lejos, en el centro de la megacapital, brilla una inmensa esfera de aluminio, tan alta como un rascacielos. Esa bola está llena de sangre humana. La actividad principal del ejército, ahora que la Ley ha triunfado, es extraer la sangre que los ciudadanos, formados en colas kilométricas, dan voluntariamente para que sea acumulada en ese monumental estanque. ¿A cambio de qué? Medallas de plomo, diplomas impresos en papel de envolver, laminillas de oro falso con una huella digital del General, también falsa, etcétera. A cada fiesta nacional desfilan, con bombos y platillos, los campeones de la transfusión sanguínea: una armada de espantajos con ojos brillando como rubíes entre el índigo de sus ojeras, pellejos secos a los que les han succionado casi hasta la última gota del líquido vital. Hay grandes carromatos engalanados de flores y banderas nacionales persiguiendo, se diría con gula, el cortejo para recoger el cadáver de esos héroes que se desmoronan con orgullo entre los aplausos entusiastas de la multitud...

El General les ha prometido la Eternidad. Durante años su lema fue: «¡QUIERO QUE LA MUERTE SEA NUESTRA PERRA!». «EN ESTE PAÍS, UN DÍA NO HABRÁ MÁS CUERPOS MORTALES, SINO SÓLO SANGRE, VIVA PARA SIEMPRE.» Claro que para ser inmortal de esta manera hay que sacrificar la conciencia y dejar que la gota individual regrese al océano anónimo... El «*don de sí*» ¡qué belleza!... Bueno, para los patriotas ingenuos, no para un mongolón como yo. ¡Qué me importa que el Estanque Nacional, lleno hasta el tope, llegue hasta el fin del Tiempo! Yo prefiero conservar el insigne goce de rascarme los piojos y el culo mientras los fanáticos se desangran. Felizmente, el único crúor que no es aceptado es el de los mongolones. Los que quieren morir de vejez tienen que navegar con bandera de cretino y convertirse... La vida del gueto no es la maravilla, pero al fin y al cabo es vida. Mi meta no es la de terminar como estulto magma rojo preso en una esfera de aluminio para servirle de trono al General. ¡Que se vaya con su música a otra parte! La santa basura escapa a toda Ley. Dejándose caer en ella se llega a lo más alto. Renunciando por completo a nuestros derechos obtenemos la libertad. ¿Qué les parece? La desesperación del Comité Militar de Educación es que, sin excepción, los profesores que envían se hacen mongolones. Ustedes, con una preparación oficial de muchos años, educadores varias veces diplomados, podrán dudar aún después de pasar por la iniciación del gusano, pero cuando su Majestad, el Enano Primero, el ser más tonto e inculto del mundo, les demuestre con un solo gesto que sabe más que ustedes, tendrán que admitir que lo mejor que pueden hacer es cesar de enseñar y comenzar a comerse los libros en lugar de leerlos... En fin, la orquesta de flautas de hueso y tambores de calaveras acompaña al coro baboso; la comunidad los espera. ¡Descendamos!



No se vayan a asustar: este público es bien intencionado. Los cuchillos que agitan como bienvenida son el instrumento necesario en la lucha cotidiana contra las ratas. También enemigas y amigas como la basura: al menor descuido devoran a los niños o a los inválidos, pero su carne es deliciosa y sus pieles, curtidas, nos sirven para fabricar no sólo pantalones y camisas, sino también las paredes de nuestras carpas... Si se ven enervados es porque esperan impacientes verlos salir bien de la primera prueba: nadie puede ser admitido en la comunidad mongolona si no es capaz de alimentarse de gusanos. Si triunfan, la aldea se les abre y obtienen el derecho de visitar al Enano. Si fracasan, lamento tener que decírselo, los cuchillos inocentes se hacen feroces y convierten a sus nuevos educadores en picadillo... Y como dijo mi abuelo: «Entre los vestidos, anda vestido y entre los desnudos, anda desnudo», sean capaces, delante de este selecto populacho, de hacer lo que yo hago porque debo decirles que soy el mejor cazador de gusanos... Voy a golpear el suelo con mis dedos de tal manera que los vermes crean que está lloviendo y salgan a la superficie... Así... ¡Op! ¡Atrapado! ¡Uno todo azul y húmedo! ¡Hay que estar atentos, son más rápidos que las moscas! Mmm... ¡Qué delicia, duros y salados por fuera, blandos y azucarados por dentro! Cuando saboreen su primer gusano comprenderán por qué los pájaros los buscan con tanta pasión... ¡Ahora les toca a ustedes!... ¡No, no y no! De esa manera no lograrán nada. Piensan demasiado, usan la voluntad. ¡Porquería de intelecto! Borren las palabras, pongan sus dedos en el aire y olvídenlos para que caigan a la tierra como gotas de lluvia... ¡Demasiado contraídos! ¡Demasiado flácidos! ¡No sufran! ¡Entréguense con placer al llamado de la tierra seca, corten el hilo que los amarra al cielo, no deseen «ir», entren en el instante inmenso, vayan viviendo la caída como una llamarada eterna, golpeen el suelo con delicadeza ausente de finalidad, sean gratuitos, pierdan la forma! ¡Como el agua al contacto de la tierra, desháganse con amor! ¡Op! ¡Los agarraron! ¡Cómanselos inmediatamente! ¡Bravo! ¡Ya son nuestros! ¡Vivan los nuevos educadores!

¿Ven? No era tan difícil... Vamos, disimulen, contengan sus náuseas. La primera vez raspan la lengua y queman un poco el estómago. Después las paredes internas se fortifican y uno les agarra gusto... La alegría es general. Los aplauden, brindan con cerveza, agitan sus falos erectos, se abren los labios de las vulvas y ruedan entrelazados en coitos feroces como erizos de harapos. Ahora van a conducirlos a la torre del Enano. ¡Encuentro fundamental! Es un ser extraordinario, completamente loco. Lo llamamos, con todo respeto, el Dios Tonto. Vive sentado en una bacinica de un metro y medio de altura. Verlo es tan impresionante que algunos educadores se desmayan, porque tiene la manía de cortarse pedazos del cuerpo para depositarlos en su bacinica, en lugar de los excrementos. Como nunca come, no defeca. Puede arrancarse un ojo, las orejas, una mano, el sexo, la piel entera. En uno de esos ataques ha llegado a extirparse los pulmones. Su misterioso desequilibrio glandular hace que, de manera sorprendente, las partes mutiladas le crezcan en menos de media hora. El Enano insiste en vaciar el vaso de noche hacia lo que nosotros llamamos calle y que no es más que un río de barro. Noche y día, al pie de la torre, hay fieles arrodillados que se reparten esos trozos de carne para conservarlos como reliquias. Su Majestad está ciega, pero siente por las vibraciones de la escalera la llegada de los educadores. Entonces, con dolor y euforia, lanza una cascada de baba y repite su Evangelio idiota.

Hemos llegado. Los fieles han cubierto los muros grises de la torre con cáscaras de huevo. ¿Bonito, verdad? ¡Ánimo, amigos, entren! Mientras el pueblo espera, al pie del balcón, el resultado de este encuentro, yo subiré con ustedes, para ayudarlos, si es necesario, a realizar lo que el primer mongolón les pida...

¡Ya nos ha oído! Gime... Babea... ¡El Dios Tonto les va a hablar!

De pronto supe que yo existía.

Algo en la oscuridad me dijo que estaba dentro de un túnel. ¿Qué es un túnel?

¿Un pasaje que tiene dos salidas? ¿Dos entradas? ¿Una entrada y una salida? ¿Por qué dos?  
¿Por qué un pasaje?

El túnel, en sí, es una gruta: nosotros lo llamamos Pasaje, porque marchamos incesantemente buscando una luz que nos indique el camino.

Nunca hemos tocado un muro. Más que gruta, esto es La Oscuridad.

Más que oscuridad, este túnel es Mi Ceguera.

¿Cómo sé que estoy ciego? ¿De dónde me viene la idea de Luz?

Aparecí más débil que todos.

Otros murmuraban rítmicamente palabras que no entendí. La melodía era servil.

¡Es la voz de la Organización!

Todos cantan, excepto yo. ¿Cómo aprender?

Supe que no había maestro. El conocimiento estaba escondido en mí.

Me arrodillé. Apoyé la cabeza en el suelo. Anduve en cuatro patas. Rodé. Caí de espaldas. Moví mis extremidades lentamente. El ritmo comenzó a venir. Salieron ruidos de mi boca. Murmuré palabras. Me uní al coro.

¡Por mi cuerpo pasaba la Voz de la Organización! ¡Pasaje de la Voz, yo era el túnel!

Mi cuerpo son las paredes. Los otros están dentro de mí. La Voz es Mi Voz.

¡Yo soy el Jefe de la Organización!

Cambié la melodía. Cambié el ritmo. Inventé palabras que nada significaban. Me siguieron.

Dije: «¡Baré Bará!».

Mil voces repitieron: «¡Baré Bará!».

Dije: «¡At Hachamá!».

Innumerables voces repitieron: «¡At Hachamá!».

¡Si yo cambio, el coro cambia!

¡La Organización depende de mí!

Dije estupideces. Todos repitieron.

Los insulté. Todos repitieron.

Los traté de Eco. Todos repitieron.

Hablé contra la Organización. Todos repitieron.

«¡La Organización es falsa!» Todos repitieron.

«¡La Organización soy yo!»

Todos repitieron: «¡Tú eres la Organización!».

«¡Y mi voz es la Voz!...» «¡Y tu voz es la Voz!», repitieron.

Si yo era la Verdadera Organización, había una Falsa Organización. ¿Dónde? Busqué a tientas en la oscuridad. Mis manos atraparon materias que se debatían.

Apreté. Sentí enfriarse ciertas cosas.

El frío es la muerte. Yo soy el frío. Yo soy la muerte.

Estrangué hasta el cansancio. Siempre había un cuerpo nuevo, tibio, que se dejaba ajusticiar.

¡Ah, qué cansancio! ¡Cuánta materia! Jamás podré enfriarla toda. Mis esfuerzos son vanos. La Falsa Organización es más extensa que yo. ¡Debo crecer!

Fortifiqué mis carnes. Alejé mis límites. Crecí.

Crecí y crecí y crecí y más aún, pero mi peso siguió igual.

Yo aumento sólo de volumen. Mi masa es siempre la misma. Si continúo así, me expandiré

hasta convertirme en gas. De gas pasaré a algo más tenue aún. Desapareceré.

Estoy perdiendo fuerzas.

Debo rehacer el camino. Comprimirme. Perder todo el volumen. Llegar a masa pura.

Disminuí: mi energía aumentó.

Seguí empequeñeciéndome; mi fuerza se concentró tanto que algo comenzó a exigirme la explosión.

Se me hacía imposible contener tanto en un límite tan reducido. Explotar era una orden hipnótica, suicida.

Hay un enemigo dentro de mí.

Dentro de mí hay una parte que es falsa.

¡Yo soy la Falsa al mismo tiempo que la Verdadera Organización!

Eliminaré de mi cuerpo lo falso, aquello que no me es esencial.

Eliminé mis extremidades, destrocé mis vísceras.

Me arranqué la piel. Apareció el dolor.

¡A medida que elimino lo falso, el sufrimiento crece! ¡La Verdadera Organización es el Dolor!  
Cambié de idea: el Dolor no es sino Mi Dolor.

Así como el túnel no es sino Mi Ceguera; así como el coro no es sino Mi Eco, el dolor no es sino Mi Dolor. Entonces yo no soy sino Mi Yo.

¡Yo pertenezco! ¡Yo no es! ¡Nada es! ¡La Organización es Nada!

No hay luz.

Vivo en la oscuridad, los otros son mi eco, yo soy el eco de la Organización.

Vivo en el dolor. Es la Organización quien me hiere.

Mis acciones han sido órdenes. Órdenes que no puedo comprender.

Soy servil.

Hay voces. Cuando las oigo no puedo contenerme y las repito.

Cantamos rítmicamente palabras que no entendemos. ¿Soy necesario?

Algunos aparecen frente a mí. Son ciegos.

Se preguntan cosas. No tienen memoria. No saben cantar.

Se revuelcan. Inventan un falso ritmo. Buscan a tientas.

Comienzan a estrangularme.

Quisiera decirles: «¡Se equivocan!», pero no puedo.

¿Qué esperan? ¡Estrángúlenlo! ¡Se lo está pidiendo! ¡Apriétenle el cuello hasta que se ponga violáceo! Ésta es la segunda y última prueba, todos los educadores pasan por ella: si no matan al Enano, la multitud los destrozará. Oigan sus gritos y el entrechoque de los cuchillos: «¡Asesinen a Su Majestad! ¡Maten al Dios Tonto!... Miren los dientes que tiene: largos y puntudos, tan peligrosos como los de un tigre. Si ahora no lo atacan, él los destrozará a dentelladas. Vencer o morir, ésa es la tradición... Se lo advertí: cae sobre ustedes lanzando tajos con las veinte navajas que son sus uñas. Nunca hubieran pensado que un ser de ese tamaño sería tan fuerte. Entre tres apenas pueden con él... ¡Aprieten, aprieten! ¡Que muestre su lengua, tan larga como la de una vaca! ¡Que la cara se le ponga granate, que la yugular se le hinche hasta reventar! ¡Tápenle la boca, la nariz! ¡Quiébrenle las vértebras cervicales! ¡Que deje de resollar!... ¡Que escupa ese gran coágulo en forma de pájaro! ¡Que se ponga más frío que un lagarto! Esto es... Creo que han logrado pasar la prueba... Oigan si el corazón late... Verifiquen... ¡Su Majestad, el Enano Primero, ha muerto!... Ahora, llévenlo al balcón... Muéstrenlo a la multitud... Dejen, bobalicones, que el pueblo mongolón estalle en estruendosas carcajadas. ¡El Enano ha muerto, que viva el Enano! ¡Que viva

la Resurrección! ¡Educadores incautos, asistan, humillados, al desmoronamiento de todo su saber! Nuestro primer mongolón, al mismo tiempo de recibir la idiotez, recibió la inmortalidad. De cualquier manera que lo maten, su cuerpo renace al cabo de media hora. Algunos educadores lo han quemado; otros han llegado a disolverlo en ácido –habíamos puesto junto a él un barril de ácido sulfúrico para ver qué pasaba– y muchos lo han reducido a una papilla violácea... ¡No hay nada que hacer! Resurge de las cenizas, de la jalea purulenta, de las hamburguesas. Este retrasado mental sabe lo que todos los sabios del mundo quisieran saber: la muerte es su perra. ¡Para qué necesita educadores si él mismo es la solución de todas las preguntas! El accidente genético haciéndolo saltar todos los escalones lo puso a la altura de nuestro eterno General. Los dos, cada uno en su extremo, llegarán allí donde cesa el tiempo, conocerán el fin del camino, se encontrarán cara a cara con la Nada o con Dios. ¿Bella lección de humildad, verdad? Ya el pueblo está de rodillas esperando que pasen los minutos de la reintegración. Es un momento formidable: las voces roncas de los monstruos repiten, al unísono, la plegaria que aprendieran de sus abuelos y que fue recogida de los labios de Su Majestad el día que habló por primera vez:

¡Cuando en la hoguera sea yo el fénix condenado  
por tu insondable imaginación,  
en lugar de convertirme en llamas y cenizas  
serás tú, ¡oh mi Padre!, el que arda  
para que yo me transforme en la única luz!

Esos centenares de niños, voluntariamente ciegos en homenaje al Enano Primero, rajarán el vientre de sus pájaros negros hechos en cartón para que surja de cada uno de ellos un géiser de murciélagos albinos. Las hembras dejarán caer de sus sexos toda clase de vidrios de color y los inválidos usarán como teas sus miembros ortopédicos. ¡Es la fiesta de la nueva vida! Estamos profundamente orgullosos de nuestro Rey y todos esperamos, secretamente, que el desorden glandular se posesionará de nuestros cuerpos dándonos la posibilidad de comer el fruto del árbol de la Vida, bendito sea. Salir del gueto es imposible, pero cuando el General se aburre manda traer a su bufón. Entonces vienen inmensos helicópteros que desgajan la torre con sus grandes imanes y se la llevan a la Fortaleza Secreta. Dicen por ahí que el General se entretiene asesinando al Enano de todas las formas imaginables, que van desde introducirle hormigas vivas en el cerebro hasta desintegrarlo con una pequeña bomba atómica... Nosotros esperamos impacientes que el General se canse de jugar para que nos lo devuelva. Cuando la torre vuelve a su lugar, otra vez, reverentes, cubrimos con cáscaras de huevo sus paredes...

El fervor de la multitud aumenta, en un minuto más se producirá el milagro y ustedes, abandonando el saber inútil, todo saber que no vence a la muerte es inútil, se fundirán en la masa estúpida y feliz, construirán su carpa de pieles de rata, fecundarán una hembra perfumada con chorizo y rogarán a lo que queda del Cielo que les dé hijos monstruos. Así sea.

¡De nuestros límites a tu infinito, de nuestras raíces a tu danza, de nuestro anonimato a tu leyenda, de nuestros huesos a tu eternidad, de nuestro silencio a tu huracán de ruiseñores, oh Majestad, te lo imploramos, renace para que otra vez vuelva el día!

¡Desciende de la piel a la raíz del agua  
para viajar en busca de la esfera multiforme  
que concede la luz a cada gramo de sombra,  
otorgando un comienzo a todos los finales

hasta parir una forma con alma!

Algo raro está pasando... El Enano no se despierta y un coágulo maloliente le sella las narices y la boca. Hace ya un cuarto de hora que debería haberse reintegrado. Está frío y tieso. El gentío se inquieta. Un silencio espeso paraliza hasta las moscas. ¿Dónde está el milagro? ¡El proceso de la descomposición se acelera ante nuestras miradas consternadas: le salen gusanos de las orejas, la carne se le pone verde, la cara se le llena de ampollas y por el ano le corren líquidos purulentos! No lo podemos negar, Su Majestad, el Enano Primero, se está descomponiendo como un cadáver vulgar...

¿Qué ha pasado? ¿Cómo es posible? ¿En qué quedaron nuestras leyendas? ¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde sacaron ese poder? ¡No! ¡No nos digan que no saben nada, que han perdido la memoria, que viajan al garete, que no lo hicieron adrede! ¡Canallas, en unos minutos han destruido los sueños de generaciones de ingenuos cretinos, han cercenado el ideal de la raza mongolona, nos han hundido en ataúdes sin esperanza! ¡Malditos sean para siempre! ¡El pueblo los va a linchar! ¡No me retengan, déjenme bajar a abrir la puerta blindada! ¡Sacrílegos, no arranquen los barrotes del balcón, esta torre es un lugar sagrado! ¡Cesen de infamar los restos de nuestra Majestad, no los arrojen por la ventana como un paquete de basuras! ¡Suéltenme! ¡Socorro!

¡He caído en el barro, me han quebrado los huesos, mi corazón se funde como la cera, las tripas arden, los cerros tiemblan, el polvo envenenado se convierte en ave de rapiña, nos inundan ríos de ratas, llueven muñecas despanzurradas, un trueno continuo se mezcla a la noche como un jarabe amargo: los helicópteros del General han llegado!

Esta noche quedará inscrita en la memoria de nuestro pueblo como «la Noche Triste». Nunca olvidaremos el ronroneo del magneto, el lamento de la torre desgarrándose del suelo, el vuelo de las cáscaras de huevo como mariposas enloquecidas, el llanto plomizo que corre por las cuencas vacías de los niños ciegos. Si no son lágrimas, son sangre, porque meten los dedos en esos huecos estériles, lamentando el haberse arrancado los ojos por una miserable ilusión... ¡Que se los lleve un helicóptero, que se los lleve el General, que se los lleve el diablo, ya no nos importa, ya nada nos importa! ¡Estén orgullosos, son los mejores educadores: nos enseñaron que la Muerte no era nuestra perra, sino una loba hambrienta!

## 12. Son niños...

Cuando el helicóptero comenzó a toser y el magneto cesó de funcionar, íbamos volando sobre la megacapital, ese vasto laberinto ceniciento que se propaga a lo ancho desde las faldas de la Cordillera hasta los labios purulentos del Océano y que avanza a lo largo tragando voraz la tierra del camino durante miles de kilómetros. Un gusano de cemento reptando entre neblinas negras, lluvias de ácido, lanzazos de hollín y bandadas de golondrinas que caen muertas del cielo como una granizada negra. A cinco metros de altura, navíos del ejército patrullan entre la maraña de edificios lanzando lengüetazos de luz sobre todo lo que se mueve, un perro vago, un papel entregado al viento, un borracho avanzando contra la corriente. En cada esquina desolada, desde una pantalla enorme, el General, que parece dormir a pierna suelta, de vez en cuando abre un ojo feroz para dejar salir de sus labios, envuelto en un silbido, un susurro inclemente: «¡CUANDO YO DUERMO, EL PAÍS DUERME!»...

Desde arriba podemos ver las manchas sombrías del cemento leproso, los árboles llenos de tumores, el correteo de los gatos rabiosos por las azoteas blindadas y, en el centro de esa venenosa inmensidad, grande como una montaña, la bola de aluminio, roja, coronada por un reloj en forma de ojo, lanzando tamborazos mecánicos, contando un tiempo sin substancia, segundos como cáscaras vacías, para durmientes a los que se les ha prohibido soñar... Nuestra torre es una pequeña mosca cayendo hacia esa insaciable telaraña. Esperando el impacto, cruzamos las piernas, juntamos las manos y aplicamos lo que hemos aprendido con el cazador de gusanos... Nos entregamos con placer al llamado de la tierra... Cortamos el hilo que nos amarra al cielo... No deseamos detenernos... Entramos en el instante inmenso... Vamos viviendo la caída como una llamarada eterna...

El impacto es tremendo. Al hundirse erecta en el suelo, la torre lanza un crujido que parece orgasmo. El remezón nos arroja por la ventana. Caemos cabeza abajo, agitando los pies, lentamente, como plumas. Rodamos entre matas de hierba fragante. El aire es puro. Nos dan ganas de reír, de marchar sobre las manos. Desde un cielo color turquesa cae una luz que produce un gusto a miel en la boca, otorgando un aura dorada a todos los edificios que ahora son de adobe blanco con balcones llenos de plantas y colmenas. ¡Por fin ha llegado el día! Hay nubes que cantan que no son nubes, sino aglomeraciones de canarios blancos. El ligero batir de sus alas envía un airecillo refrescante y hace danzar los globos tricolores que flotan majestuosamente alrededor de la columna de fuegos artificiales que surge del techo de la torre. Por las calles bordeadas de cerezos, durazneros, manzanos, perales, se pasean animales sin miedo. Jirafas con collares de perlas, gatos gordos, pavos reales y leones sobre los cuales van montados niños y ancianos. Al borde de la playa, en un mar de olas redondas, ejércitos de sardinas sacan sus cabezas plateadas saludando con voces de loro «¡Buenos días, señoritas y señores» a los ciudadanos que se pasean en grupos donde van abrazados hijos, padres y abuelos. Bandadas de monos de pelaje suave masajean la cabeza de los jugadores de damas. Gritos de placer, risas y cantos salen por las ventanas. Resuena una orquesta de circo.

Definitivamente esto no es la realidad. ¿Pero acaso la otra realidad es la realidad? ¿Vivimos lo que la gente nos proyecta o la gente nos proyecta lo que nosotros somos? ¿O nosotros

proyectamos lo que ellos no saben que son? ¿Esta investigación es una experiencia que engloba nuestros sueños y los de ellos, tan poco creíbles los unos como los otros? ¿Quién nos certifica la autenticidad de la más mínima imagen? ¿El General? ¿Acaso él sueña y se multiplica en fragmentos alucinados o nosotros lo estamos inventando? ¿Quién quiere tanto que existamos? ¿Y si en ese querer hay amor, de qué clase? ¡Es muy posible que andemos investigando en este camino de tierra sólo para encontrar una especie misteriosa de amor! Un amor que ya habríamos conocido para andar buscándolo así...

Dos payasos ebrios, con las narices manchadas de polen y claveles amarillos en las orejas, caen uno en los brazos del otro exclamando: «¡Tanto tiempo que lo andaba encontrando y no lo podía buscar!»... ¿Son marionetas a través de las cuales nos hablamos a nosotros mismos?... Hay un pequeño tinglado junto a un manantial de donde parten en cruz cuatro riachuelos de agua pura con olor a incienso que a medida que se internan en la ciudad se hacen más anchos y caudalosos. Allí, frente a un público de niños sentados en el cuello de mansos gorilas, una mujer alta, de cabellera larga y el rostro oculto por una máscara de hechicero, recita, imitando la pronunciación de un hombre primitivo, un cuento tan hermoso que nos da vértigo:

Un día, el jefe notó que su mano se hinchaba. «Me ha mordido la culebra», dijo. «Voy a morir.» Llamó a la tribu. Vieron su mano. «Hay que buscarse otro Jefe. Este Jefe está muerto. Es cosa hecha.»

Nimah era su hija. «Te mueres», decía Nimah y apoyaba su cabeza sobre las cabecitas de los abuelos. Alguien cantó en el bosque. El canto hizo reír al jefe. «No quiero morir triste. Quien canta así puede alegrarme. Iré a verlo.» «Adiós», contestó Nimah.

Dos veces los dedos de una mano salió el sol desde que partió el jefe. Nimah, con el vapor del leño que seca, empequeñecía las cabezas de los abuelos hasta dejarlas como un dedo gordo. ¡Qué alegre volvió el Jefe! Apenas se sostenía. Antes de que Nimah le diera el hachazo de la Ley, dijo: «Yo he visto al que canta». Nimah preguntó: «¿Cómo y quién es?».

El jefe hace revolotear su mano hinchada. Contesta: «Quien canta así es un pájaro. Se llama Orí». Le da su hija el hachazo. La cabeza rueda. Todos gritan «¡Fue!» y comienzan a pelearse por el trono.

Un hombre vestido de violeta, también con una máscara de hechicero, haciendo entrechocarse dos machetes, danza alrededor de una silla de muñecas pintada de dorado, interpretando la noble lucha de la tribu por el poder. La voz hermosa de la mujer alta, de cabellera larga, nos da sed y ganas de mirarnos en su rostro como si fuera un espejo. Los niños beben jarabe de granadina con agua de la fuente y aplauden para que la historia continúe...

Nimah se imaginó: «Orí vuela muy alto y tiene el plumaje dorado».

En Primavera, el chacal busca pareja. El tigre no nos come y ruge; busca pareja. En Primavera, los nidos se llenan de flores, los peces desaparecen; buscan pareja. Le sale una pluma al pájaro: roja; al cocodrilo, diente nuevo y otra cola, a la jirafa. Todo busca pareja.

En Primavera, Nimah quería un Orí.

«¡A juntarse de a dos!», grita el nuevo Jefe. Los hombres de un lado, las mujeres del otro, corren al centro de la aldea y ¡al que le tocó le tocó! Ellas los agarran de la melena y los arrastran hacia sus chozas. Bien. ¿Y Nimah?

«Es Primavera, debes arrastrar pareja», le dice el jefe.

Ella: «Yo quiero a uno que no está». Pregunta el jefe: «¿Tiene melena?».

«Es dorado y vuela muy alto. ¡Orí es quien es!»

Una mujer arrastra al jefe, es Primavera, Nimah grita: «¡Me voy y lo busco! ¡Quiero hacer con

él pareja! ¡Con nadie más!».

El hombre vestido de violeta con movimientos sutiles de su tronco, de sus brazos y de sus manos, imita una selva virgen, tan perfecta que los gorilas resoplan y gimen aprobando. La mujer alta, paseándose alrededor del hombre que ahora toca el violín, termina la historia:

Nimah, en el bosque, llamó a Orí. Apareció un pajarraco. Era gris y volaba muy bajo. La hija pregunta: «¿Lo has visto?». Él responde: «Lo veo dentro de ti».

«Sí», dice ella, «pero yo busco un Orí que existe afuera». «Buscaremos juntos», decide el pajarraco.

Anduvieron y anduvieron. Al tiempo de labrar, ella dijo:

«¡Te ha crecido una pluma dorada!». Él: «¿Y a Orí dentro de ti?». Ella: «¡Le ha crecido una pluma gris!».

Anduvieron y anduvieron. Al tiempo de sembrar, ella dijo:

«¡Estás volando muy alto!». Él: «¿Y tu Orí?». Ella: «¡Vuela muy bajo!».

Anduvieron y anduvieron. Al tiempo de cosechar, ella dijo:

«¡Tu plumaje es dorado!». Él: «¿Y el de tu Orí?». Ella: «¡Es gris!».

Nimah agrega: «Por fin existes fuera, Orí. Eres dorado y vuelas muy alto. Mas ya no te necesito. Amo a un pajarraco gris que vuela muy bajo».

Orí pregunta: «¿Y dónde está?».

La hija responde: «¡Dentro de mí!».

Entonces la mujer alta, de cabellera larga y hermosa voz, abre los brazos y de su pecho, atravesando el terciopelo verde del traje, surge la cabeza de un pájaro gris que silba melodías tan alegres que las frutas maduran, los capullos se abren, el gran velo que sella el templo se parte y las palomas sacrificadas resucitan. El violín del hombre vestido de violeta se va abriendo en un abanico de rayos dorados. Mientras la mujer abre la boca y alimenta a los gorriones con pastillas de alcanfor que muestra en su lengua estirada, el hombre se eleva como una gran mariposa de luz que planea por sobre la cabeza de los niños que, dando gritos de alegría, hacen equilibrios sobre las nuca de sus antropoides tratando de atraparlo. Cae el telón. Nosotros, llorando sin saber por qué, nos acercamos a la cortina buscando una mirilla para ver hacia el interior. Unas manos generosas, a través de la tela, nos acarician el rostro, nos tiran las orejas y nos arrastran, dulces y severas, hacia el centro del escenario. La pareja se quita las máscaras de hechicero. Él tiene una barba oscura con un mechón blanco a cada lado y ella, un rostro de virgen. Su mirada, de un azul más azul que el azul, nos absorbe, nos sumerge en un mar de paz... Aquí estamos, mamá...

Por fin volvieron, hijos míos. Su padre y yo no cesábamos de esperarlos. Todo sigue igual o mejor. Ya se dieron cuenta de lo que es el país del Brujo, por eso están aquí. Quisieron conocer el otro mundo, el «real»... Entraron en la torre a pesar de que les rogamos para que no fueran a jugar allí. La llaman «La Casa-Dios» y no «La Casa de Dios» porque ese edificio hecho con paredes de carne es un ser viviente, un Demonio que nos tienta sin cesar: «¡Ahora y más que nunca les prometo un viaje a lo imposible!»... Ustedes no estaban conformes con ser niños para siempre y languidecían entre tanta felicidad, cansados de ver a los viejos morir sonrientes repitiendo tres veces con el último suspiro: «¡Qué maravilla!»... Se disfrazaron de *cowboys* ode *gangsters* o de rabinos y entraron en la atalaya, a pesar de que les dije: «A dondequiera que vayan preguntando llegarán como extranjeros. Serán la novedad. Entonces otros buscadores, sedientos, se les acercarán creyendo que traen la respuesta. Pero al mismo tiempo que ellos pregunten, ustedes les preguntarán. Les preguntarán tanto que los considerarán sabios y aceptarán esas interrogaciones



como respuestas»... Entraron en la boca de la mentira y ya no supimos más de ustedes, excepto la vez que recibimos esa triste carta que nos trajo un Cóndor en llamas: «Nos despertamos en una ciudad solitaria y oscura. Avanzamos a tientas por las calles buscando una presencia. Sólo encontramos fachadas opacas y puertas cerradas. De pronto, al dar vuelta a una esquina, vemos una casa que relumbra. La mampara está entreabierta. Queremos saber de dónde viene esa luz para encontrar qué o quién la emite. Recorremos un largo corredor siguiendo la claridad que surge de un postigo abierto, allá en el fondo. Esperanzados entramos en aquella pieza sólo para encontrarla llena de un fulgor que no viene de nada, de nadie, de ninguna parte. La luminosidad ocupa el cuarto tan naturalmente como el agua de un acuario. Salimos decepcionados a la calle oscura para continuar buscando una presencia»... Su padre tiene mucho que decirles, pero se le ha empequeñecido la lengua al tamaño de una uña. Ha inventado con su violín un idioma de veintiséis notas que representan las consonantes y las vocales. En vez de palabras usa melodías. ¿Oyen? Mientras caminamos hacia la casa poco a poco lo irán comprendiendo...

Mientras caminamos hacia la casa un olor nos embriaga. Centenares de muchachas desnudas se bañan en el canal. De sus largas melenas emerge un vapor fragante que perfuma las calles. En las ventanas hay comederos llenos de azúcar para las hormigas y las mariposas. Frente al mar, los niños se entretienen echando a flotar piedras. Grandes trozos de roca, sin hundirse, navegan como barcas tornasoles hacia el horizonte... En el techo de cada edificio hay grandes arpas de cobre. Al pasar entre sus cuerdas el viento hace de la ciudad un instrumento musical... ¡Qué felicidad tener padres!...

Hijos míos, ésta es la casa donde ustedes nacieron. ¿Recuerdan? Cualquier color, mientras se está allí dentro, se hace blanco. Son blancos los muebles, las plantas, la ropa, el alimento. El iris de los ojos. Las voces y el pensamiento también se hacen blancos. Allí dentro los amamos con un amor blanco. Cuando tenemos sed de colores salimos a la terraza donde los espera el oso amarillo con el que jugaron tanto. Cuando le aprietan el vientre, habla. Tiene un disco con setenta y ocho millones de frases sabias. Aún no las ha dicho todas. Veamos qué les platica hoy: «Hay infinitas maneras de destruir una obra, pero una sola de hacerla». «Soledad es no saber estar consigo mismo.» «Para matar a un pájaro antes hay que convertirlo en fénix...» Lo hemos conservado todo, nada se ha perdido. Aquí están los mendigos, los payasos, el Huemul... El «Tuta-pan» golpea la puerta con las palmas abiertas mientras su lengua se le enreda en los dientes verdes. Exclama ¡Tuta-pan! cuando quiere decir ¿Tienen pan? Recoge sacos de pan duro, de casa en casa y, seguido por una jauría de perros sin amo, enciende una fogata en la playa, dentro de una vieja bañadera cocina con los mendrugos la más deliciosa de las sopas y cuando está tibia, se mete dentro y deja que los perros beban hasta la última gota para, al final, lamerlo con sus lenguas agradecidas... El «Moscardón» pide que le pongan la limosna en la boca mientras muestra sonriente sus brazos cortados. Ha aprendido a agitar tan rápido sus muñones que éstos producen un zumbido semejante al de los abejorros. Con el cuerpo untado de miel se pasea entre las flores rodeado por enjambres de abejas que lo consideran su dios... Y este anciano robusto, el «Desdentado» que mama de una botella con chupón alcohol puro para ponerse a cantar sin cesar, noche y día, el tiempo que dura su nebulosa borrachera, unas palabras que por carecer totalmente de significado se hacen profundas y como un mantra nos bendicen:

¡Cúcara cuca!  
¡Cúcara cay!  
¡Tumba tumbita!

¡Tumba tumbay!

El circo de payasos continúa funcionando. ¿Recuerdan cómo reían viendo a los mamarrachos equivocarse? ¡Qué tontos eran! Los queríamos porque nos hacían conscientes de nuestros errores. Se creían inmortales: les daban un hachazo en la cabeza, les incrustaban el filo en el hueso y ellos, sin dar cuenta de nada, se paseaban con el hacha como si fuera un sombrero... En la peluquería, el peluquero para matarles los piojos, sin que ellos dejaran de mirar sus revistas que sostenían al revés (no saben leer), les daban balazos en la crisma... Tenían pañuelos, guantes y camisetas de un largor interminable; usaban fajas de señora, calzoncillos ridículos, zapatos enormes, colores chillones, pero, por ponerse una flor en el ojal, se creían elegantes... Arrastraban un perro de trapo y como si estuviera vivo lo alababan porque no comía nunca... Sin ninguna dignidad, las lágrimas les salían en chorros de tres meses... Había payasos fuertes que golpeaban a los otros, pero cuando el director del circo les daba una cachetada se inclinaban serviles para después desquitarse pateando al más débil... A veces creían que eran público y sentados en galerías silbaban y aplaudían impacientes exigiendo la aparición de unos actores que no llegaban, porque eran ellos mismos... Para subirse con gran dificultad a una pequeña escalera se despedían de sus camaradas, los abrazaban, lloraban... Disfrazados de soldado, se equivocaban en las respuestas: «¿Cuántos años tiene?». «¡Un mes, mi General!» «¿Cuánto tiempo lleva usted en el ejército?» «¡Veinticinco años, mi General!» «¿Me cree tonto o imbécil?» «¡Las dos cosas, mi General!» Confiaban ciegamente en su socio cobarde. Cuando éste, por no hacerle frente a un problema, les decía: «¡Eres fuertísimo, pégale a ése!», ellos, a pesar de ser muy flacos, le creían, iban y le daban un puñetazo al matón... Soportaban todos los grandes insultos, pero cuando les decían una palabra que no entendían y que era siempre inocente, se enojaban... Los payasos admiraban por sobre todo las proezas de los acróbatas y los imitaban marchando sobre cables o colgándose de un trapecio, pero luego se acobardaban y dando chillidos miserables no eran capaces de ponerse a la altura de la situación... No nos cansábamos de verlos, porque con sus torpezas nos mostraban cuán maravillosos eran los trapecistas. Por eso los comparábamos a las ranas que le cantan a la luna que las viste de plateado. Los amábamos porque eran seres dispuestos a todo por desaparecer.

También el Huemul los espera. Ustedes, después de visitarlo, siempre regresaban a casa transformados. Íbamos a verlo todos los solsticios de invierno, él era la nueva luz y el fin de la noche más larga... Entren, su corral es un jardín que él mismo con sus cuatro patas sensibles ha cultivado: los surcos y los arreglos florales son geométricos, no tienen nada de animal y revelan un espíritu extraordinariamente ordenado como deben de haber sido los del jardín del Edén. Es que el Huemul, a quien no debemos confundir ni con un caballo ni con un venado, es un rumiante tan refinado que sólo se alimenta de polen y de la cáscara de ciertas semillas. Su reducido aparato digestivo le permite vivir con un dedal de alimento y un par de gotas de agua de lluvia a la semana, nada más. Su excremento, una bolilla de exquisito ámbar cada siete días, es un poderoso tónico que hace desaparecer las arrugas... El Huemul parece solitario porque siendo andrógino no necesita acoplarse. Vive feliz consigo mismo en un estado de euforia permanente. Todos nuestros científicos, sin excepción, han comprobado que es el animal más bueno que existe en el mundo, incluyendo entre los animales al ser humano. Esa mirada con la que nos recibe es inolvidable: gracias a sus ojos conocemos el bien... Cuando él nos ve, nos ve profundamente; nos conoce a través de nuestras tinieblas, perfora las defensas, nos llega al centro, al diamante que hay debajo del carbón; se hace testigo, nos acompaña ciento por ciento, nos ve desnudos en nuestra esencia, nos consagra, nos muestra lo que no nos atrevemos a ser. Sabemos que es el animal del sacrificio,

el más puro, el único que merece ser devorado por Dios. Antes de verlo creemos que para vaciar nuestra amargura debemos perdonar... perdonar al hombre, al nacer, a la muerte, al creador del sufrimiento universal. Pero él nos hace darnos cuenta de que la verdadera llave para lograr el santo vacío no es perdonar, sino pedir perdón. Comparándonos al Huemul nos damos cuenta de que no ha habido un pensamiento, un sentimiento, un deseo, un solo acto que fuese perfecto en nuestras vidas. Segundo a segundo hemos ido cometiendo errores que él nos hace recordar y borrar mediante el arrepentimiento. El Huemul nos muestra, nos enseña la humildad; mueve sus sedosas orejas y entonces caemos de rodillas y comenzamos a confesarle nuestros errores presas de un incontenible llanto. Él se acurruca junto a nosotros, nos respira en la cara y su aliento espanta las ideas negras como si fueran moscas. Conocemos brevemente, el tiempo que está a nuestro lado, la Verdad... Poder acariciar este animal es hoy en día un privilegio, quedan ya muy pocos. El Brujo quiere alimentarse sólo de Huemules. Sale a cazarlos, sin usar armas, por la Cordillera: de tanto hablar en la televisión, su aliento se ha robustecido y sus palabras son más potentes que balazos. ¡En fin, no malgastemos estos momentos selectos hablando de cosas tristes; mejor quítense las antiparras y miren al Huemul en los ojos!

Miramos al Huemul en los ojos... Tiembla, fija el verde esmeralda de sus grandes iris en nuestras cuencas brillantes pero vacías y, con dolor de parturienta, nos abre su corazón. Torrentes de amor, océanos de dulzura, un perdón universal, un cuerpo que ofrece hasta el último de sus átomos, y nosotros tragamos, tragamos insaciables, nada nos llena, nada es suficiente, pedimos más y más, cualquier don aumenta la conciencia de nuestra insatisfacción, a medida que nos llenan crece nuestro vacío; a más agua mayor sequedad... El Huemul nos busca pero no nos encuentra y en esa falta de límites se pierde como pólvora deshaciéndose en llamas. Por querer sacarnos del pozo, cae en la nada y en su total esfuerzo por hacer que recibamos, al fin nos da su vida. Le sangran las narices, las patas se le quiebran, el pecho estalla en un gemido noble y mirándonos con un gigantesco cariño se entrega a la muerte como si la caricia fría de nuestras manos fuera un altar... ¿Por qué? ¿Quiénes somos? No merecemos este sacrificio... Hemos hecho perecer al animal mágico... Hemos consumido la perla de un mundo que no es el nuestro, nuestra memoria es una vasta sombra, éste es un pasado falso, una luz que no nos corresponde; no somos niños, nunca lo hemos sido, la poesía es una trampa.

Repiten las palabras del Brujo, pierden la confianza. ¡Ánimo, hijos míos, no dejen entrar ese mundo sórdido en el nuestro! Miren lo que hacen cuando renuncian: las calles oscurecen, el aire se envenena, surgen pantallas de televisión en las esquinas, los animales conocen el miedo y hay naves de guerra que se acercan volando a cinco metros de altura... El recuerdo no es algo fijo, las imágenes no están detenidas como nubes fosilizadas; la memoria cambia cada día y como un loro fiel nos obedece, podemos empobrecerla o llenarla de colores. Vean: por entre la avenida de cipreses desciende un río. Partan la corriente como si sus miradas fuesen un cuchillo para que un lado continúe su descenso mientras el otro, frente a un cauce cerrado, vaya acumulando las aguas, elevándose hasta sobresalir, sin derramarse, en forma de una catedral gótica. Hagan que los peces se vayan acumulando en el centro de ese templo transparente para formar un trono plateado. Dejen que las torres, sin cesar de crecer, desaparezcan entre las nubes... Transformar las imágenes es fácil, pero el Brujo quiere que todo dependa de él, ser el único faro, no sólo prolongarse hasta el fin de los tiempos y conquistar el Futuro, sino también modificar la visión de la Historia para invadir, retrocediendo, todo el Pasado hasta controlar el principio del Mundo. Quiere apoderarse del espacio, ser eterno en duración e infinito en extensión. Por eso, para conquistar, penetrar, trata de destruir la conciencia universal haciendo que los recuerdos vayan de mal en peor. ¡No lo

escuchen! ¡Acepten esta memoria, porque es la buena! ¡Hagan un esfuerzo supremo, véznanlo! ¡Digan conmigo sin saber a quién le rezan: «Gracias te damos, porque siempre nos oyes: te pedimos que nos lo retournes de la muerte»...! Comprendan, si tienen fe todo puede resucitar, nada está muerto, sino anestesiado: acaricien el vientre de este pobre animal, devuélvanle la energía que le comieron, háganlo respirar otra vez, arrepíentanse, pónganse las antiparras para que vuelva la luz y se alejen los engendros... Si quieren tener una memoria real, vayan a la raíz. Sólo así sabrán quiénes son en verdad. Les vamos a mostrar cómo los engendramos...

En el comienzo, cuando dimos un nombre a los animales y los vimos acoplarse en parejas, nos dimos cuenta de que a pesar de ser dos estábamos pegados por la espalda. Entonces rogamos al Misterio Eterno que nos hiciera dormir por vez primera y en el palacio del sueño pudimos ponernos cara a cara, hombre y mujer, en cierta forma, hermanos. Cuando, para probarnos a nosotros mismos que existíamos, desobedecimos y en lugar de quedarnos para siempre recibiendo como bestias bobas un alimento que no era el fruto de nuestro trabajo consciente, aprendimos a saber lo que era el bien y el mal, el Misterio Eterno, orgulloso de nuestra audacia, nos otorgó la independencia expulsándonos con infinita ternura de su jardín hipnótico... Y aquí nos encontramos los dos, solos, libres, sin pasado, de pie sobre una tierra árida que guardaba las semillas celosamente en su vientre, pero que al herirla, con devoción suprema nos la otorgaba con toda su potencia. De nosotros, de nuestra paciencia, de nuestro amor, dependía llenarla de zarzas o hacerla fértil. No teníamos herencia; estábamos cubiertos sólo por la piel del mundo; éramos la raíz sensible, la totalidad del futuro: o nos decidíamos a morir de soledad, de sed, de hambre, de frío, de revuelta y asesinábamos a los hijos en la matriz o cumplíamos el vasto proyecto de redención que un día culminaría con un hombre de carne y conciencia ascendiendo al cielo y arrastrando tras él a toda la Humanidad. En el fondo de esa aparente hez, algo sublime nos pedía la mayor pureza. Fuimos humildes, nos entregamos a la corriente... Ese momento supremo lo hemos conservado en un templo de oro, ¡entren!, aquí está la tierra que consagramos orando hacia los cuatro puntos cardinales; aquí está la fuente de agua bendita con la que lavamos nuestros cuerpos, aquí está el lecho de las primeras hierbas que crecieron respondiendo a la caricia de nuestras manos, aquí estamos nosotros, jóvenes, creados sin infancia, frente a frente, asumiendo un deseo animal que es la suma de la esperanza de cada una de nuestras células. Él se tiende sobre mí, yo abro las piernas y ofrezco mi beso húmedo. Él penetra en mis entrañas justo hasta la mitad de su bendito miembro para no llenar completamente la caverna; para que el deseo en el fondo siga incesante lanzando sus llamados, para que el fuego de la hoguera embeba los lugares más recónditos de la carne... Me mira en los ojos y comienza a conocerme; es decir, a separarse de mí para que yo pueda así existir fuera de él y fascinarlo. Entonces ve de una ojeada la vasta extensión de mis pensamientos; adora cada una de mis palabras; se sepulta en mi sentir, en los lagos, lluvias, tormentas, inundaciones torrenciales, en la plataforma de una paz, en los estallidos de la alegría vital y ve crecer los bosques, las frutas que se abren en medio de jarabes corrosivos, el deseo enroscándose alrededor del rayo, la respiración caliente de los tigres, la puerta de carne que se abre como una estrella marina y luego, el túnel ávido que lo absorbe hacia el jardín de los diamantes... Entonces, por primera vez, desde que el mundo fue creado, sentimos el placer humano, esta aureola irradiante, este temblor que hace danzar las montañas, este palpitar que convierte a todo el océano en un bloque de hielo ardiente, este vértigo que se traga al universo, y explotamos los dos como una galaxia en brama... Con la totalidad absoluta de mi voluntad, de mi vida, abro la puerta del útero, mejor dicho obedezco al llamado del ojo que eyecta su esperma puro, su joya blanca que no es otra cosa que el templo líquido del Misterio Eterno... ¡Abran bien

su memoria para que no lo olviden nunca, que se les grave este instante como con un hierro calentado al rojo! Dando gritos de arrobamiento, su padre y yo los concebimos: aparecen como un punto de luz en el centro del placer mayor, el inmenso placer de la obediencia. Sobre nuestros sexos cabalga en éxtasis el Misterio Eterno. Véanse nacer, mamar, crecer. Con el tiempo aprenderán a domar las espinas y terminarán usándolas como coronas de triunfo. Sí, hijos de nuestras almas: nacieron en un lecho de zarzas a las que, con paciencia infinita, habíamos despojado de sus púas. Poco a poco nos aclimatamos y el pan y el vino fueron nuestros. Al mismo tiempo que el zumo de uvas, fermentando en la oscuridad, se hacía vino, así nosotros aprendimos a dirigir nuestros sueños, a expulsar al Brujo más allá de las fronteras, hasta formar la memoria feliz en la que hoy habitan...

¡Inútil, madre! Nos gustaría que la vida fuera así, pero no queremos quedar prisioneros de una memoria inventada. Alguien, siguiendo directivas torcidas, la introdujo en nuestros cerebros, aceptando que los tengamos. Muy bien podríamos no ser humanos, a pesar de que lo queremos con todas nuestras fuerzas, andamos investigando por un camino de tierra para descubrir una misión que bien puede ser el aniquilamiento de este mundo imaginario...

Todos los mundos son imaginarios, hijos míos. Y cada ser tiene el derecho de elegir el sueño que más le convenga. La ilusión posee infinitos niveles que van desde la depresión suicida hasta la euforia de existir. Hay que aprender a trepar por el árbol de los símbolos para cosechar el fruto de la vida eterna... Les vuelvo a repetir: tengan fe, sobre todo en sí mismos. Cada vez que dudan, el Brujo envía sus tropas y destroza las fronteras. Ahora mismo, toda la ciudad está en tensión. Bajo las fachadas blancas se transparentan edificios de cemento contruidos con bloques en forma de muelas carnívoras. Los aromas dulces alternan con efluvios fétidos y las babosas hacen nido en las copas sagradas. ¡No se dejen vencer! ¡Establezcan aquí su vida! Recuerden: nacieron en un lugar hermoso... Con árboles frutales y animales sin miedo... Vivían en una casa blanca... Jugaban con un oso amarillo... Su madre era alta, cabellera larga, hermosa voz... Su padre vestía de violeta y tocaba el violín... Fueron a la escuela... Comenzaron a fumar... Conocieron a su futura esposa... Tuvieron hijos... Fortuna... ¿Qué mejor quieren? Van a conocer a la mujer de su vida, no la critiquen, es joven y a pesar de sus anteojos de miope es bella interiormente como una argolla de oro recubierta de plomo. Al principio les parecerá torpe, pero, poco a poco, irá cambiando, progresando, adaptándose a niveles más altos. Será hija y luego hermana y amante para ser capaz de transformarse en madre y, más aún, en suprema iniciadora. Desde niños los ha amado en silencio. Es modesta. Trabaja en una pequeña farmacia llena de esos frascos con maravillosas etiquetas azules y espera impaciente cada lunes que vengan a retirar los paquetes, amorosamente envueltos, que ustedes le encargan...

—¡Oh, señores, qué alegría verlos! ¡Aquí están los materiales de costumbre para sus experimentos! ¡Mercurio! ¡Sal! ¡Azufre! ¡Trisulfato de bismuto! ¡Disolvente universal! ¡Agua pesada! ¡Alcali! ¡Bórax! ¡Vitriolo! ¡Sangre de pelícano! ¿Nada nuevo?

—Agregue un frasco de cinabrio.

—Fácil, aquí estoy para servirles... ¿Todavía no les ha resultado la experiencia?

—Leemos, releemos, estudiamos, rezamos y trabajamos, algún día encontraremos.

—¡Discúlpenme que silbe como un canario, pero muero de curiosidad por saber qué buscan!

—Sólo podemos responderle abriendo un abanico y echándonos aire en la cara.

—¡Ayyy, mis ovarios! ¡Algo me quema por dentro! ¡No sé lo que me pasa! ¡Siento las trompas llenas de pus! ¡Tengo un flujo fétido que no cesa! ¡Si ustedes supieran cómo huelo cuando me quito las pantaletas! ¡Parece que tengo entre las piernas un perro podrido! ¡Me corre y corre un líquido

verde! ¡Los labios del sexo se me hinchan, violáceos, como con piel de pollo! ¡El interior de la vagina se llena de espinillas! ¡Tengo un forúnculo en el clítoris! ¡No ceso de lanzar gases por la vulva, como explosiones! ¡Un día llegué a parir un hongo de veinte centímetros! ¡Sí, me crecen caracoles marinos en la vejiga! ¡También arrojo coágulos negros!

–Calma, señorita, nosotros podemos curarla. Tenemos ese don... Dénos algodón para taponar nuestras fosas nasales. Ahora le colocaremos la nariz en el vientre y procederemos a un ligero masaje...

–¡Ah! ¡Oh! ¡Mmm! ¡Qué panacea! ¡Más abajo! ¡Más abajo! ¡No puedo impedirlo: suspiro, ronco, me retuerzo, levanto las caderas, acezo y lanzo un aullido que remece con su violencia toda la farmacia! ¡Oh, gracias, gracias, me siento como nueva! ¡No se pueden imaginar el bien que me hicieron con esas narices! No sólo han cesado mis enfermedades sino que, al levantarme la falda y meter un dedo en mi vagina, descubro algo maravilloso: tengo entre mis piernas el más increíble de los agujeros; vibra, palpita, se llena de agua, emite olores fragantes, se hace tibio, se hace caliente, lanza oleadas de placer; siento que se me estira por dentro y que me llega hasta el cerebro. Me gustaría ser como las gallinas y poner por mi sexo grandes huevos luminosos a todas horas de la noche. Debo agregar que los labios exteriores, que antes eran arrugados y colgantes como orejas, se alisaron. Ahora los tengo rosados, igualitos a la boca de una estrella de cine. ¿Quieren verlos?

–Si usted lo desea, señorita, con mucho gusto.

–Bueno. Me sentaré en el mostrador, alzaré recatadamente mis faldas, bajaré mis pantaletas de lino blanco y abriré las piernas. Arrodiñense y miren con toda confianza...

–Efectivamente, iguales a la boca de una estrella de cine. ¡Y qué rojos son!

–Seré franca, ese no es su color natural. Me los pinto con lápiz labial. Adoro la pulcritud. ¡Yo sería una esposa perfecta! Si ustedes me invitaran a su hogar, verían cuán excelente ama de casa soy. Pondría todo en orden en un santiamén. Haría cavar ventanas en los muros para vaciar el aire podrido. Cambiaría todos los muebles. Puliría el parqué. Pondría cortinas con colores vivos. Dormiríamos en una cama de cobre. Cada mañana, al despertar, vaciaría sus orinales para aprenderme de memoria el color de sus orines. Pondría en el jardín, seguramente abandonado, rosas y hules salvajes, una jirafa viva, un árbol lleno de cuervos, un reloj de péndulo empotrado en un tronco, luces de navidad y niebla artificial; además de un enano de yeso... Son solteros, ¿verdad?

–Así es, señorita.

–Veo en sus ojos que se mueren de ganas de invitarme. Pues bien, acepto. Esta noche pasaré a verlos. ¡No se imaginan lo que es para una mujer decente encontrar tres almas gemelas, puras y recatadas como las de ustedes! ¡El ano se me abre y se me cierra siguiendo el ritmo de mi corazón! ¡Estoy tan emocionada que no puedo retener un sonoro y largo viento! ¡Qué vergüenza! ¿Qué van a pensar de mí?

–No se preocupe, señorita... Ese ruido la hace parecer tan bella como una motocicleta.

–¡Oh, señores míos: todo lo que les parece bonito, quisiera serlo yo! Solamente porque los amo, los odio. Son mi mayor goce y mi más gran dolor. Resulta que los quiero con amor de perra y que estoy dispuesta a desencadenar la ira de Dios por obtenerlos. Han llegado a ser el espíritu de mi alma, el oxígeno de mi vida y la espada en llamas que me convierte en bestia negra. A cada beso entrego por la vagina pedazos de corazón. En la misma forma que amo sus cuerpos, amo la sombra que ellos me dejan. De bellos como el pan, migas tendrán que me alimenten. Por favor, crezcan hacia mí. Lameré sus anos para encontrar el Ángel de la Conciencia. Quisiera que mis

caricias llegaran hasta sus cunas. Beso sus calzones. Son para mí como un Amén... Créanme, se lo ruego: entre ser y perseguir hay una diferencia muy grande. Yo estoy siendo y no los estoy persiguiendo. Sin embargo, voy a invadir sus vidas. ¡Juntos vamos a encender una lámpara en el mundo!

–Sí, ya lo sabemos, cuando una flor se abre es primavera en todo el mundo, pero tú tampoco nos ves; es más, no nos verás nunca. Te quedarás frente al cerro escrito sin poderlo descifrar: llevamos un mensaje grabado en la frente con signos que no existen; jamás los podrás leer. Sin embargo insistirás: «Yo sé lo que dice ese mensaje: se irán mañana y yo me quedaré aquí. Debajo del cerro, las piedras tienen raíces. Todo deja raíz en mí, hasta mis anteojos. Sus sexos están creciendo dentro de mi vientre como árboles y sus ramas me traspasan; sus hojas me llenan los pulmones. Tengan piedad de mí... Tengo sus nombres grabados». Y entonces te veremos en la farmacia, con los brazos en cruz devorada por las gallinas. Y por la boca te saldrá una rama como trompa y esa rama tendrá hojas de piedra en donde estarán grabadas las letras de nuestros falsos nombres... ¡Cómo quisiéramos querer estar frente a ti para recibir ese amor de perra! ¡Cómo desearíamos desear de lo más profundo (si es que tenemos una profundidad, lo que es muy poco probable) tenderte una copa de cristal fino para recibir tu sangre menstrual! ¡Dejarnos conquistar, dirigir, vestir, devorar! ¡Imprimir la huella candente de nuestro esperma en tus ovarios! ¡Ver de rodillas cómo tu panza se hincha y pare, una y otra vez, siguiendo los designios de las estrellas! ¡Poder girar embelesados alrededor de cada uno de tus incesantes giros alrededor de nosotros! ¡Meter un universo en tu modesto rincón, darte miles de sapos que te canten, quebrar tu carcaj de niña para que emerjas con gestos de hombre y le cortes los testículos al toro-dios; ayudar a que tu mosca se transforme en dragón, acompañarte en esa ceguera delirante donde sólo eres un llamado insaciable hacia un sol que nunca existió! ¡Cómo hubiéramos querido, con el rostro cubierto de máscaras de perro, llevarte a nuestro lado para errar de un mueble al otro, persiguiendo una pista que no es una pista, sombras que se desplazan en la oscuridad profunda que precede al alba, arrastrados en una carrera insensata hacia el Sur, destruidos por el deseo apasionado de sobrepasar los límites asignados al hombre, como culebras reptando sobre el lecho de un muerto, con la boca abierta en un terrible grito silencioso, viaje de exterminio y renacimiento, fase vulnerable donde despojados de nuestro viejo caparazón esperamos que el nuevo se forme, con ojos vidriosos que reflejan la convicción más absoluta de ser nada o de ser demasiado! Aunque sabemos que esperaste cientos de meses, en calidad de reflejo, de huella; el cuerpo opaco al cual servir de sombra (como un callo inmenso sacado de tu pecho, llevándose piel y carne, habías extirpado tu nombre; como un planeta de agua dulce esperando una boca con sed, mirabas a los viajeros dejando que toda la sangre se te acumulara en la lengua), no podemos entrar en la médula de tus ensueños. A pesar de que eres la mujer más fina que nunca conocimos, la más fuerte, la más frágil, la más horrorosa, la más bella, no podemos caer en la trampa de simular la vida. Ya tenemos anteojos, sombreros, impermeables; no podemos ni queremos vestirnos con personalidades prestadas. ¡En este mundo y frente a ti, no somos nadie!

Esperen, hijos míos, si esto no es cierto, por lo menos es bello. Y la belleza es el resplandor de la Verdad. Insisto, ustedes no han cambiado, viven una infancia persistente. No pueden aún hacerle frente a la pareja humana... Denmos otra oportunidad. Con su rechazo nos están acabando. La vida se parte como una olla de greda y desparrama por el suelo una sopa repugnante. Ahora nuestros cuatro ríos arrastran hipopótamos muertos. Las casas comienzan a vomitar muebles, una lluvia que se extiende por kilómetros: sillas, camas, roperos, cunas, escritorios. En las ventanas hay ciudadanos arrancándose la piel del rostro. Esas máscaras sanguinolentas, llevadas por el

viento, van a pegarse en la nuca de los transeúntes, en el hocico de los caballos, en el vientre de las palomas. Una niña trata de arrancar el rostro de un anciano que se adhiere a su zapato. Por los rincones sombríos se escuchan chasquidos de uñas. Las abejas han construido un laberinto de miel. A los hombres que van a pegarse en las paredes, les vacían las cuencas y fabrican en ellas panales diminutos. Ya no hay veredas ni calles. El suelo está cubierto de barro. El aire se divide en láminas que navegan a ras de suelo cortándonos las piernas. Los senos de las mujeres comienzan a estallar... De ustedes depende este delicado equilibrio... Vuelvan atrás, olviden por el momento la gran obra del matrimonio. La existencia del otro exige la aniquilación de sí mismo, pero en el momento en que hay que dar, ustedes comienzan a buscar. Todavía no son capaces de deshacerse de nada, ni siquiera del vacío... El sol se está muriendo, parece un pedazo de carbón... Rápido, regresemos, hacia atrás, hacia la escuela. Hay una vieja profesora que los quiere mucho...

—¡Niños!

—¿Señora, está usted aquí? ¿Cómo ha podido encontrarnos en esta oscuridad?

—Pero si es de día; hay sol. Por todas partes crecen flores. El suelo está lleno de fragantes senderos.

—No es verdad, señora. Usted sabe que ya no hay caminos. Todo está convertido en un pantano. ¿Acaso no siente cómo nos hundimos?...

—No, mis alumnos; todo está iluminado. Aspiren el perfume del aire. La escuela como los árboles también crece desde la tierra.

—¿Quién puede ver en esta oscuridad?

—Amanece. Ha cesado la lluvia de polvo. En el techo de la escuela crece una flor de siete metros de diámetro. Entren conmigo, les enseñaré a ser invisibles.

—Tenemos frío. Hay corrientes de aire. Los muros no tienen ventanas...

—Paciencia. En el subterráneo hay una ventana que da contra la tierra. Como la escuela está creciendo, pronto saldrá a la superficie y veremos a través de ella el florido paisaje.

—Sí, la escuela crece, pero hacia abajo. Los subterráneos se han convertido en raíces y nosotros descendemos por oscuras galerías buscando la abertura. Y hay formas oscuras planeando invasiones y escuchamos sus risas y carreras en la sombra. Y a medida que avanzamos, esas bestias veloces cavan túneles que se alargan como trenes expresos. ¡Y sabemos que un día invadirán los pisos altos de la escuela, apoderándose de las salas de clase y ya nunca más volveremos a ver el sol! ¡Sálvenos, señora!

—No sufran más. Yo conozco el camino. ¡Voy a sacarlos del sótano!

—Mire, profesora: nos han vuelto a brotar raíces en las suelas. ¡Son rápidas! Aún no colocamos el pie en el suelo cuando ya se precipitan hacia abajo impidiéndonos avanzar. Perdemos el día entero en el trabajo inútil de cortarlas.

—Den pasos decididos. Cuando se quiere de verdad avanzar, ellas se debilitan y mueren. Si saben desear, consiguen. A los caballos se les golpea hasta que aprenden a saltar. Todos los dolores que han tenido han sido para enseñarles la liberación. ¡Suban conmigo! ¡Decídanse, cobardes!

—¡No! ¡No queremos!... La flor del techo se ha marchitado. Otra vez ha caído la noche. Esto será pronto un desierto. Nos sentimos mejor. Uno termina por acostumbrarse al barro y, es gracioso, los cortos momentos de luz son perturbados por la nostalgia del pantano. Para los topos la claridad es un dolor. Suba usted sola a la escuela. Nosotros permaneceremos en las catacumbas...

¡Ay, hijos míos, el mal es irremediable! Por su falta de fe, lo han cambiado todo. El Brujo ha



violado las fronteras. El reino de las tinieblas ha llegado... Les rogué que creyeran, la fe no es más que una elección: entre dos ilusiones hay que vivir la más bella... Pero ustedes prefirieron apagar el sol y encerrarse. Definitivamente nos estamos transformando. Yo estoy crucificada en una mesa de hospital. Agonizo. Su padre ha perdido la pierna derecha y en lugar de ella tiene un aparato ortopédico. Ustedes, en la noche, solitarios, encerrados en una casa negra, se quejan: «¡No, mamá! No queremos seguir en la oscuridad arrimados el uno al otro, pidiendo un poco de calor; que por favor no nos apagues la luz, porque en la sombra tenemos que asomarnos hacia nosotros mismos y dentro no encontramos más que un aterrador vacío. ¿Cuánto es tres menos tres? ¿Qué es el tiempo? ¿Por qué no podemos partir? ¿Por qué no podemos crecer? ¿Por qué no podemos obtener la mujer que esperamos? ¿Por qué estamos prisioneros en este cuarto? ¿Dónde está la salida? ¿Dónde está la solución? ¡No, mamá! No queremos que te vayas al teatro y nos dejes amarrados para que no nos caigamos de la cama. ¡Somos niños, mamá! No queremos que nos amordaces para impedir que lloremos mientras te miras al espejo durante horas; y a pesar de que tenemos fiebre, vas al teatro para lucir tu vestido nuevo... Y nosotros nos quedamos atados en la oscuridad. ¡Y, escondida, la criada rasguña la puerta para aterrorizarnos y lloramos! Y ella, con las manos embarradas, nos amenaza con el topo que desenterró en el jardín. ¡No, nodriza, por favor, no nos acerques el topo a la cara; no podemos movernos, tenemos los brazos amarrados y el animal, con sus garras, nos va a reventar los ojos!... En la oscuridad, orinándonos de miedo ante las risas de la criada; mientras tú, en el gran teatro, hablas con fingido amor de tus retoños, haciéndote la buena, para que los hombres digan que eres la mejor madre del mundo»... Hijos míos, han venido a verme al hospital, se han acercado al pie de la cama-cruz y sólo me han dicho: «¡Este rencor que te tenemos debería alegrarte, porque es lo único que nos amarra a ti!...». ¡Qué calor insoportable! ¡Cuarenta y un grados y la fiebre sigue subiendo! Es el fin. Algo que me hiere aquí dentro me dice: vas a morir. Apenas veo. ¿Dónde está el armario? Dios mío, dame fuerzas para alcanzar el vestido... El vestido de seda roja y plumas verdes... esa tela fina que me apretaba la carne como un cálido abrazo y que hacía rugir a mi marido: «¡Ramera! ¡Quieres excitar a todos los hombres! Piensa en tus hijos. No mires a nadie. Baja la vista. Indecente. ¡Cumple tu deber!». Sí, me confieso. Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa... La fiebre la tengo en el vientre... Conteniéndome todo el día y por las noches arañando su espalda indiferente... Yo luchaba con la poca fuerza que me iba quedando, pero de lo más profundo de mí brotaba ese deseo como una pesadilla. ¡Vergüenza! Y tenía que sujetarme la boca para no ponerme a aullar... Mi paladar está seco. El corazón deja de latir. Después de todo, ¿qué importa? ¿Quién me necesita? Siempre impuse mi presencia; obligué a la familia a aceptar mis servicios; les hice creer que sin mí no existirían. La verdad es que nunca fui necesaria. Nadie es indispensable. No tenemos significado. Estuve de más. Mi presencia fue inútil en este mundo inútil... ¡Ja, ja, ja, querido, no me beses en el cuello, sabes que me da cosquillas! Basta. Voy a reír tan fuerte que despertaré a los niños. Ellos le contarán a mi marido y tendrás que esconderte en el armario. No, no te vayas, tengo algunas economías. Abre el costurero. ¿Contento? Bésame. Me muero. Abrázame fuerte, querido. Me ahogo. Te necesito tanto. Eres joven. ¡Ay, tengo sangre en la boca! Júrame que nunca le contarás a nadie. Tiemblo. Todos me miran en el barrio. Hacen gestos obscenos. ¡Aire! ¡Te has burlado de mí!...

—¡Déjame morir tranquila! ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Soy tu marido. Tengo derecho de ver tu agonía. Te he traído un regalo: una argolla de oro forrada en plomo.

—Siempre fuiste inoportuno. Cuando yo te deseaba, tú no querías, encerrado con tus libros. Y

cuando yo no quería, te acercabas a mí, tratando de acariciarme, con esos pelos que te crecen dentro de las orejas. ¿De qué me sirve ahora una argolla?

–Antes de irte, perdóname...

–¿Qué?

–Mi pierna.

–Pero, querido, con el tiempo ya me acostumbré.

–No mientas. Sé la decepción que sufriste cuando la noche de bodas me caí por la escalera.

–¡Qué cosa más absurda! Yo abría mis amorosos brazos, toda tuya, en las nubes y ¡patapla! abro los ojos y te veo rodando. ¡Torpe!

–Resbalé, querida, y quedé cojo. Ahí estaba yo, aullando al pie de la escalera mientras tú reías, toda blanca, como la muerte. Hubiera querido desaparecer para siempre. ¡Ridículo! ¡Ridículo!

–No te atormentes más.

–Y esas bromas terribles, muy naturales en una joven, que hacías para vengarte de mi deformidad. ¿Recuerdas cuando echabas agua en las articulaciones de la pierna ortopédica para que chirriara? Ikkk... Ikkk... ¡Ja, ja, ja! Ikkk... Perdona mi presencia inútil todos estos años. No sé por qué he tenido la certeza de que la fuente de mis males fuiste tú.

¡Basta! Me parece haber vivido antes todo esto. Me parece que alguna vez, con alguien que pudo ser mi hermano, me encontré en otro lugar y nos comunicábamos sin tener necesidad de las palabras. Es un sueño, quizás. Los dos éramos un solo ser. No teníamos cuerpo y, por lo mismo, no sufríamos. Luego nos separaron y con gran piedad nos dieron una piel... Me siento como mutilada... He olvidado algo... ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Cómo hemos cambiado tanto? El hilo se ha cortado definitivamente. Nuestro ser se ha mezclado con la tierra. Nuestras alas pesan demasiado. Ya no podemos volar. ¿Cuántos años llevamos así, viviendo vidas que no son las nuestras? ¿Cuántas veces hemos vuelto a lo mismo?... Pobres hijos míos, han dejado que el Brujo triunfe; todo está perdido. Este hermoso mundo se va disolviendo. Antes de que los edificios de cemento, la noche interminable, las patrullas militares, las pantallas luminosas transmitiendo discursos a legiones de niños desangrados y el terror sordo invadan la ciudad que tanto amamos, junto a la fuente misma donde nacen los cuatro ríos sagrados, cavén una tumba y depositen en ella nuestros dos cuerpos; los cuerpos de sus padres; cada uno con un puñado de semillas en la boca. Las hemos guardado religiosamente desde el comienzo... Un día, cuando pase el imperio de las tinieblas, allí crecerán dos árboles cuyos frutos no les serán jamás prohibidos...

### 13. Son guerrilleros...

¡Salud, camaradas, somos guerrilleros como ustedes! Santo y seña: «¡Puñal oxidado, doble peligro, hiere y envenena!»... ¡Qué bueno que vuelvan a respirar! ¿Cómo se les fue a ocurrir sentarse a esperarnos debajo de los dos árboles fosilizados? Ahí uno se duerme como piedra y al cabo de cierto tiempo puede no despertarse jamás. A pesar de que son la única vegetación de Megacapital, no hay pájaros ni insectos que vengan a posarse en ellos porque también se petrifican. Hace siglos que tienen los mismos frutos, tan sólidamente pegados a las ramas que nadie los puede arrancar. El General –¡que reviente ahora mismo ese marrano puñetero!– ha tratado multitud de veces de abatirlos, pero nunca lo ha logrado. Resisten al ácido, a las bombas y a los lanzallamas. Además, parece ser que sus raíces son tan largas que atraviesan el planeta. La policía ha optado por construir alrededor de ellos un muro circular que los aísla de la ciudad. Por eso los guerrilleros de todo el país se dan cita aquí: saben que ningún militar osa acercarse; apenas ponen un pie en el recinto caen en estado de coma permanente. A nosotros, en cambio, los dos veteranos nos respetan, pero tenemos que quedarnos pegados al interior del muro sin avanzar ni un centímetro o, de lo contrario, también nos convierten en rocas. Ustedes, ignorantes, porque si lo hubieran sabido no habrían cometido tamaña locura, se sentaron a esperarnos bajo ellos. Por suerte llegamos a tiempo y, desde el borde, pudimos lanzarles un lazo para sacarlos de su sombra letal. De todas maneras, a pesar de estar aquí en relativa seguridad, tenemos que apurarnos. Debajo de cada piedra hay un micrófono y muy pronto las naves militares nos comenzarán a bombardear. Los llevaremos al escondrijo central... Como esta noche el General –¡que se pudra ahora mismo ese sapo inflado!– comienza su discurso de cuarenta horas y los ciudadanos están obligados a salir a la calle para escucharlo de pie –los que caen dormidos son arrojados a camiones trituradores–, pasaremos desapercibidos entre la multitud... Tomen, tapónense los oídos con algodón: las palabras y la voz del General hipnotizan. Nadie resiste a los encantos del Gran Puto. Y sobre todo no miren hacia las pantallas porque, aparte de la carota maldita, transmiten imágenes subliminales que fanatizan al cerebro más equilibrado.

¡USTEDES NO SABEN, YO SÉ! ¡USTEDES NO TIENEN, YO TENGO! ¡USTEDES NO SON, YO SOY! ¡USTEDES NO HAN ENCONTRADO, YO ENCONTRÉ!... ¡NO ME CONFORMO CON QUE ME DEN LA VIDA, QUIERO QUE ME FIRMAN UN CONTRATO DE OBEDIENCIA POR CINCO MIL AÑOS MÍNIMO!...

ME TOME EL TIEMPO QUE ME TOME, LOS VOY A BAUTIZAR A TODOS: EL NOMBRE QUE LES DIERON SUS PADRES YA NO VALE, EL QUE YO LES DÉ SERÁ MEJOR. TAMBIÉN LES CAMBIARÉ EL RÉGIMEN ALIMENTICIO: SI COMEN CARNE LOS OBLIGARÉ A SER VEGETARIANOS; SI SON VEGETARIANOS LOS OBLIGARÉ A COMER CARNE, ME OFRECERÁN LA TOTALIDAD DE SU TIEMPO, NO SÓLO EN LA VIGILIA SINO TAMBIÉN EN EL SUEÑO. DEBO SER EL ÚNICO OBJETO DE SU ATENCIÓN: NO QUIERO QUE ESTÉN NI EN LA LUZ NI EN LA OSCURIDAD, QUIERO QUE ESTÉN CONMIGO. ENTRÉGUENSE A MÍ SIN DUDAR, SIN SABER LO QUE VAN A OBTENER. SI NO ME VEN ESTÁN CIEGOS. SI NO ME OYEN ESTÁN SORDOS. SI NO ME SIGUEN

ESTÁN MUERTOS... SUS VIDAS SON VULGARES EN TANTO QUE LA MÍA SIEMPRE ESTUVO DISTINGUIDA POR ACONTECIMIENTOS MILAGROSOS: NACÍ SABIENDO CAMINAR, HABLAR Y LEER. UN DÍA ME ENTRÓ POR LA CABEZA UNA BOLA DE FUEGO QUE VINO DEL CIELO. MUY JOVEN DESENTERRÉ UN LIBRO DE ORO ESCRITO POR LOS ÁNGELES. CIERTA VEZ ME CAÍ DE UN ÁRBOL, PERO MIENTRAS MI CUERPO SE ESTRELLABA EN EL SUELO, YO SEGUÍA SENTADO EN UNA RAMA. ASÍ ES COMO APRENDÍ A SALIR DE MI MATERIA PARA VIAJAR POR EL ESPACIO Y POR EL TIEMPO. CONOZCO MIS VIDAS PASADAS. SÉ DÓNDE ESTÁN LOS CENTROS GEOGRÁFICOS QUE OTORGAN EL PODER; AHORA PUEDO MATAR UN ELEFANTE A LA DISTANCIA SÓLO CON MI PENSAMIENTO. EN UN MOMENTO DE GLORIA, FUI ELEGIDO PARA QUE EN MÍ SE ENCARNARAN TODOS LOS VIEJOS MAESTROS, PUEDO MATERIALIZAR COSAS, ARROJAR ÍDOLOS DE PIEDRA POR MI BOCA, DESPARRAMAR CIENTOS DE KILOS DE CENIZA, HACER LLOVER FLORES, FOTOS Y RELOJES. APAREZCO EN VARIOS SITIOS A LA VEZ. AUNQUE ESTÉ A MILES DE KILÓMETROS DE DISTANCIA, SÉ LO QUE HACEN. VENDRÉ A VERLOS EN SUS SUEÑOS, LES DIRÉ EXACTAMENTE CÓMO REALIZAR EL ACTO SEXUAL. LUEGO, PARA EDUCAR A SUS HIJOS, CREARÉ ESCUELAS DONDE YO Y SÓLO YO SERÉ EL OBJETO DE SUS ESTUDIOS. ME ENTREGARÁN SUS BIENES A CAMBIO DE UNA INSIGNIA Y UN UNIFORME. NO DESEO QUE MUEVAN EL CUERPO COMO SE LES DÉ LA GANA, POR LO CUAL LES ORDENO LARGAS HORAS DE INMOVILIDAD. CUALQUIER CRÍTICA QUE ME HAGAN ES PRODUCTO DE SUS EGOS ENVIDIOSOS. ¡SOY LA ABSOLUTA SOLUCIÓN DE TODOS SUS PROBLEMAS!

¡Miren cómo adoran estos pendejos a una vil imagen electrónica! ¡Bola de lameculos y chupapollas! ¡Cuando la guerrilla triunfe tendremos que cortarles la cabeza a millares de maricones! Por ahora, gracias a ellos, deslizándonos entre sus cuerpos apretujados, durante calles y calles, hemos podido llegar al puerto. Orillemos el mar, recibiendo el relente que viene de las aguas infectadas. Las gaviotas, por falta de pescado fresco, han perdido las plumas y como grandes ratas torpes cavan agujeros en los malecones para alimentarse de cemento. Subamos por las faldas de este cerro cubierto de casas pobres haciendo equilibrios sobre pilares carcomidos. La miseria ha producido niños lejanos, de ojos acuosos, que juegan en la sombra sedentaria de los muros agrietados, como si fueran otras sombras, nómadas, con inquietantes movimientos felinos. Allá en la cima, rodeados de cipreses, verán los cuatros balcones del bar «El Mundo». La puerta es esa pirámide trunca sobre la que reina una copa de oro. Entren, camaradas. La taberna está abierta noche y día, dividida en cuatro pistas. La primera es para los hijos de la clase alta, condenados explotadores, que vienen aquí a encanallarse, absorber el picante sudor de los niveles inferiores, burlarse del pueblo y a la vez, en los reservados del patio interior, someterse al llamado de la bestia, haciéndose coger por «serafines morenos» que pasados los efectos del alcohol se convierten en «rotos altaneros»... La segunda pista es para la gente adinerada, fantoches que se sienten despreciables porque no tienen apellidos de alcurnia, burócratas panzones, comerciantes relojudos, militares vestidos de civil, retozando entre decorados moriscos mientras comen papas fritas con mayonesa... En la tercera pista, oscura, pululan obreros y sirvientas de ojos rasgados, gente pobre. Son la base del deseo, músculos, vergas, tetas, culos, el mundo misterioso de los sentimientos simples que las otras clases han estereotipado... En el cuarto

círculo vamos a sentarnos nosotros, porque, alrededor de un ángel de yeso con alas rojas, hay un anillo de mesas para desclasados, artistas, monjes de sectas raras, bandidos, marineros y putas... Nadie obliga a nadie a tomar su sitio. Cada cual elige la pista que le corresponde respetando un código no escrito donde el sistema de castas es sagrado... Asómense: en medio del salón, entre las cuatro pistas, en un pozo cúbico, pueden ver la orquesta. Cuatro músicos que cada media hora miran hacia arriba y muestran un cartel, cesando de tocar: «No olviden a los maestros. Gracias». Los parroquianos, entre risotadas, lanzan un bombardeo de monedas sobre las cabezas de los músicos. Éstos, sonrientes, a más agresividad mayor ganancia, esquivan como pueden el asalto y cuando cesa la brutal dádiva, sobándose las contusiones, vuelven a tocar la única pieza del repertorio, el pasodoble del General, ¡que una carroña sifilítica lo contagie!... Este ambiente de paz –aquí nunca estalla una reyerta ni nadie se sale de su pistase debe a doña Gracia, verdadero monstruo que ha trabajado en las ferias como la mujer más gorda del mundo. Su cuerpo se desparrama en llantas imponentes bajo un vestido de satén color carne. Sonríe siempre amable, encerrada en una jaula de cristal, pasando la bola que es su mano por un agujero redondo para recibir el dinero de las cuentas. Todos sabemos que esa mujer tiene el raro don de comer vida. Basta acercarle un ramo de flores para que en unos segundos los pétalos caigan al suelo, cenicientos. Ceremoniosos cocineros depositan en su amplio regazo gallinas, liebres de criadero, cabritos y otros animales que deben ser sacrificados para alimentar a los clientes. Tranquilizadas por el extraño calor de esa gordura, las bestias dejan de temblar, se duermen y, sin angustia, suspiran por última vez. Los guisos cobran un gusto delicioso gracias a las carnes sin tensión de seres que han entregado la vida voluntariamente. Dicen que un morbosos quiso acostarse con ella y que a la par del semen echó el alma. Por las dudas y para calmar a la clientela, todos tienen miedo de que les coma la vida, doña Gracia no sale de su jaulón... Lo que a nosotros, los guerrilleros, nos conviene muchísimo, porque nuestro escondrijo central está situado exactamente debajo de sus enormes nalgas. Ningún policía lo sospechará jamás y el público del bar, borracho con el vino y el discurso interminable del Gran Macaco, no se dará cuenta de que entramos en el recinto de vidrio. Allí tenemos que agacharnos, gatear con disimulo, meternos debajo de sus faldas, pasar entre sus piernas reteniendo la respiración para no perder las energías, buscar el agujero que está entre las patas de su silla y deslizarnos hacia el subterráneo. Allí nos espera «El Quince», nuestro Caudillo.

YA ES HORA DE QUE CESE DE IMPORTARNOS LO QUE SEA EL HOMBRE, LO QUE IMPORTA ES LO QUE DESEAMOS Y PODEMOS HACER DEL HOMBRE...

QUE DIOS ESTÉ VIVO O MUERTO NO ES EL PROBLEMA MAYOR, EL PROBLEMA ES QUE NOSOTROS NOS HAGAMOS CARGO DE NOSOTROS MISMOS Y QUE REALICEMOS SIN AYUDA DIVINA LO QUE LE ANDAMOS PIDIENDO...

QUE EXISTA UN MÁS ALLÁ NO IMPORTA HOY. LO QUE HOY IMPORTA ES VIVIR EL AHORA A LA ALTURA DE NUESTROS SUEÑOS...

LA MORAL CREADA POR DIOS ESTÁ CADUCA PORQUE FUE PARA NIÑOS, LA MORAL CREADA POR EL HOMBRE, PARA ADULTOS, ES LO QUE NOS PEDIMOS...

LA MORAL DEL HOMBRE ADULTO NO TIENE PREMIOS NI CASTIGOS, SÓLO OFRECE PARTICIPAR EN EL PRESENTE O SER EXCLUIDO.

LA EXCLUSIÓN DEL PRESENTE ES EL MAYOR CASTIGO.

¡SÓLO PUEDE ENTRAR EN EL PRESENTE QUIEN SE HACE PRESENTE

PRESTÁNDOSE A LA UNIÓN TOTAL CONMIGO!

¡USTEDES NO SON EL GENERAL, PERO EL GENERAL ES USTEDES!

Camaradas, les agradezco yo y junto conmigo, la Patria, la verdadera, no la de hoy infamada y prostituida por ese cáncer innoble que llamamos «el General», el que hayan venido de todos los puntos de nuestro querido camino de tierra a esta venenosa Megacapital para ofrecerme su apoyo y, más que nada, sus vidas. Con la llegada de ustedes tres, hemos completado el número necesario de guerrilleros para que nuestra conspiración tenga éxito y por fin el tirano sea derrocado. Diez hombres decididos bastan para cambiar un mundo, y nosotros lo estamos. El odio que le tienen al General es grande, pero dudo que sea superior al mío. Si van a actuar bajo mi mando es justo que conozcan la vida de su Caudillo... Por primera vez desde que huí del Hospital Negro quitaré la cinta que me rodea la cabeza... ¿Verdad que es sorprendente?... Tengo una oreja en medio de las cejas y otra oreja en la nuca. No, no nací así. Cuando niño, médicos infames me las cortaron e injertaron nuevamente en estos sitios que no les corresponden. ¿Para qué? Para darle una sorpresa cómica al General. Toda mi vida convertido en monstruo para que ese bandido riera un par de minutos, nada más. Un simple chiste... Al General le encantan los bufones, enanos, gigantes, adefesios, fenómenos, engendros. Algo en ellos le fascina. Quizás sean un espejo para su propia monstruosidad. Sin embargo, es inconstante, caprichoso. El entretenimiento le dura muy poco, minutos, un par de horas, cuanto más algunos días. Una vez que se ha cansado de ellos, encierra a sus deformes bufones en la penumbra de las celdas del Hospital Negro, como parte de una colección privada que visita una vez cada año bisiestos. Los abortos, sin ver nunca un ser amable, sólo enfermeras frías y médicos crueles, van muriendo de aburrimiento... Mi madre era bella: espesa cabellera azabache, ojos azul marino, pestañas largas, labios carnosos, dientes parejos, senos imponentes, piel blanca y suave, aliento fragante, voz cálida, sexo pequeño y bien formado. Su defecto era haber nacido sin brazos y sin piernas... Entiéndanme bien, su tronco no tenía nada de horrible, porque no se le veían muñones; las coyunturas eran lisas como mármol pulido... El General, en un juego demoníaco, después de quitarle la virginidad, la hizo maquillar de ramera y la depositó al borde de la ruta para que la violaran, en grupo, los camioneros. Muchas veces los médicos la recogieron, chorreando esperma, con su menudo cuerpo lacerado por tajos viciosos... No sé quién fue mi padre; me digo hijo del pueblo. Mamé una leche pura de sus senos cubiertos de cicatrices, huellas de mordiscos y quemaduras de cigarrillos. La belleza de su voz de soprano nunca se la pudieron quitar. A falta de manos, me acarició con su canto. Crecí despreciado. Aparte de ella, nadie me dirigió la palabra, nadie me dio un nombre; yo era el interno quince, nada más. Cuando me injertaron las orejas en la nuca y en la frente, como gran privilegio y sólo porque era un niño, me dejaron vagar por los corredores vacíos. Una noche, mi madre me pidió lo imposible. Y yo no pude negarme. La enrollé en la funda de una almohada, como una pelota de trapo, y la fui pateando hasta el balcón que da al acantilado. Cuando los prisioneros mueren, sin ninguna ceremonia, arrojan por allí a sus cadáveres. Mi madre fue a estrellarse en las rocas entre los esqueletos extraños de centenares de monstruos... Fui azotado y, como castigo, me encerraron en la celda del hombre-gelatina, cuyas lonjas de carne, sin control, me sumergían hasta el ahogo. Creí que iba a morir en aquel infierno. Un día, compadecido de mí y fatigado de vivir, el hombre-gelatina abrió con un pedazo de fierro afilado la masa informe que era su vientre. Yo dejé un muñeco de toallas bajo mis sábanas y me introduje entre sus tripas. Les daba tanto asco cargarlo que lo empujaron hacia el balcón usando mangueras de bombero. Los chorros de agua fría nos

precipitaron al abismo, entre los aplausos y las risas sardónicas del personal. Cuando, horas más tarde, medio asfixiado, me decidí a salir gateando del cadáver, casi fui aplastado por los hermanos siameses que, burlando la vigilancia, habían también logrado suicidarse. Se estrellaron junto a mis pies. Esos pobres tenían una sola cabeza para sus dos cuerpos. Como una burla final, el cráneo se había partido en dos. Arranqué de su cerebro desnudo, como recuerdo, la grabadora que le habían incrustado y huí hacia la cordillera jurando vengar a esa pobre gente. Una perra salvaje me adoptó y viví de sus tetas generosas. Le di un nombre, «Muerte». Durante años tuve sueños atroces. Hubo uno que se repitió todo el tiempo:

Mi traje de cuero se ha podrido y cubierto de gusanos, cohabitando, pariendo, devorando. He empequeñecido y perdido carne: un pellejo transparente deja ver mi frágil esqueleto. No me puedo mover por falta de músculos. Estoy tirado en el rincón de un dormitorio. La cama es de ébano con adornos de platino. Amarrado a la cabecera, un poderoso percherón agita las crines. Hay un olor a bosta que me obliga a cerrar la boca más y más. Por la intensa presión de mis mandíbulas, al mismo tiempo que el caballo relincha haciendo temblar las tapicerías moradas, mis dientes se hacen polvo. Tengo la garganta reseca con la harina de las muelas. Pronto, de cada comisura empieza a nacer una grieta. Se convierten en dos profundos cortes y mi mentón toma la apariencia del de un muñeco de ventrílocuo. Entonces el General abre la sábana de arriba, que se eleva recta por un lado como si fuera la tapa de un ataúd y, asiéndome por la nuca con la mano izquierda, me levanta en el aire, me sienta en una de sus rodillas, a la par que él se sienta en su caballo y presionando con la derecha sobre mis omóplatos, me hace un boquete. Sus dedos se ubican en medio de mis pulmones para apretarlos obligándome a eyectar el aire y, por lo mismo, a pronunciar frases. El percherón galopa arrastrando la cama. A lo lejos empieza a verse el cementerio. Las mujeres, como en una bruma, metidas en las tumbas hasta la cintura, se fustigan riendo agudamente. Yo sé que para liberarme del General debo usar las tijeras. Él está dando por intermedio de mi voz un discurso erótico a las muertas. Yo, con tremendo dolor, saco disimuladamente el arma y bajando la mano como puedo, cosa que hago sólo con la fuerza de mi mente porque el brazo está reseco, arranco primero los botones de su bragueta y luego, introduciendo el puño en ella, de un movimiento feroz corto sus enormes testículos. Vuelvo a estar tirado en un rincón del dormitorio donde velan al General. Las mujeres desnudas, cubiertas ahora con trapos negros mojados, aúllan poemas leyendo cuadernos de aritmética. Debo rascarme continuamente, porque los gusanos, habiendo devorado el traje de cuero, cavan en mí. Soldados armados con trabucos lanzan en mis brazos el cadáver que, a pesar de ser tres veces más grande que yo, pesa menos que un pájaro. Un carnicero viene a practicar la autopsia. Se disculpa muchas veces por conservar su delantal manchado de sangre, diciendo que no tuvo tiempo de cambiarse, que le avisaron a último momento. Abre el tórax a machetazos y declara que la «escalopa» está intacta y que no hay heridas en el «bofe». Continúa acuchillando y dictando su informe. Oigo la palabra «biftec». Repentinamente cesan los lamentos y soldados y mujeres, curiosos, reteniendo la respiración, se acercan a ver cómo el carnicero comienza la tarea más importante: examinar el cerebro. Escucho el ruido sordo del machete golpeando el cráneo. Las mujeres han agarrado el cuerpo y lo hacen girar sobre sí mismo para que el hueso pueda ser cortado en forma de tapa. El grupo se abre y yo avanzo, porque a mí, que soy su hijo, me corresponde enredar los dedos en la cabellera engominada del General y tirar con fuerza mientras el grupo le sostiene las piernas. Pegado al hueso surge el cerebro y queda en mis palmas húmedas. Saco de entre las circunvoluciones el comienzo de un pergamino de un centímetro de ancho e incontables metros de largo grabado al fuego con letras arcaicas. La tira va llenando la pieza. A pesar de que los

soldados se acercan apuntándome con sus trabucos y que el carnicero atraviesa con una lanza mi costado, yo saco y saco esa interminable frase, sabiendo que cuando comience a leerla nunca voy a poderla terminar...

Esta pesadilla casi me volvió loco. Aparte de Muerte, mi perra, yo no quería ver a nadie. Tenía vergüenza de mis orejas. Vivía de noche, saltando de roca en roca como un animal insano hasta caer agotado de cansancio en cualquier grieta de la cordillera, tratando de no dormir para que los funerales del General, mi padre en ese mundo, no me tragan. En el día me ocultaba en el fondo de las grutas, aterrado, sin moverme, casi sin respirar, viendo a los fanáticos devorar vivas a sus vírgenes locas. En uno de esos recorridos nocturnos tuve la suerte milagrosa de caer dormido en un nido de Cóndor. Al despertarme, me vi acunado entre dos enormes alas. Yo no sé qué instinto bendito del animal hizo que me viera como un hijo. Dando gruñidos tan dulces que me hicieron estallar en sollozos, disolviendo una soledad que me curvaba la espalda como una joroba, escupió en mis manos la piedra blanca que cargaba en el buche. Así, de golpe, por un amor más puro que el canto de la mujer-tronco que me pariera, me dio su tesoro. Guiado por sus silbidos aprendí a descifrar los antiguos jeroglíficos que cubrían la superficie del guijarro estriado en forma de cerebro... Ese mensaje milenario me enseñó lo que era el amor, una esperanza que se proyecta lejos hacia el corazón de los siglos: supe que en el remoto pasado alguien había dado su vida para transmitirme la conciencia. ¡Una perra era mi madre, mi padre un Cóndor y mi maestro una piedra! ¡Me hice guerrillero! Como un alfiler hiriendo noche y día el cuerpo de un gigante, molesté al General hasta invertir la situación y convertirme yo en su pesadilla. Poco a poco, a través de los años, mi influencia fue creciendo. Los secretos del amor al otro más que a sí mismo, que la piedra blanca generosamente me daba, supe aplicarlos. Y yo, que era menos que poco, que apenas podía cargar mi propia alma, por compartir sinceramente ese menos que poco, lo multipliqué hasta ser seguido por una inmensa multitud de oprimidos que me hicieron su Caudillo. A pesar de que la infancia, doloroso estado de larva, ha definitivamente pasado, nunca he podido ni querido olvidar el Hospital Negro. Para que comprendan mejor el tenebroso ambiente en que comencé la vida, como verán luego, mi plan de ataque no es más que una justa prolongación del sacrificio de mi madre, quiero que oigan los pensamientos que la máquina grabadora extrajo del cerebro de los hermanos siameses. Cuando las fuerzas han estado a punto de abandonarme, en la guerrilla hay derrotas, decepciones, delatores, envidias, ingratitud, obstáculos que parecen invencibles, siempre he escuchado el conflicto de estas dos almas sumidas voluntariamente en la ignorancia por el General, y me he recargado de un odio que arrasa todos los límites. Juzguen ustedes mismos:

–Soy un monstruo. Pegado a mi cabeza hay un cuerpo extraño. Arrastro a un intruso.

–Tengo dos cuerpos y una cabeza. Soy un ser privilegiado. Nunca conoceré la soledad.

–Yo sé que la enfermera, los otros casos y el médico jefe, piensan que soy un inútil, que como demasiado y que estoy de más en el mundo. Es probable que me maten.

–Mi celda es la mejor: tiene vista al mar. Me gustaría que la enfermera estuviese a mi lado mirando conmigo hacia el horizonte.

–El otro día me empuja por un pasillo, cuando se acerca el hombre de las jorobas y me dice: «¡Je!, usted gasta el doble de zapatos que cualquiera de nosotros», mirando mis pies con expresión de codicia.

–Hay una brisa fresca. Los ratones juegan con las gaviotas desplumadas.

–Sabe que los médicos están cansados de alimentarme y que de un momento a otro van a hacerme una autopsia para investigar. Piensa quedarse con mis cuatro zapatos.



–El mar golpea bajo las ventanas. Hoy es el primer día de verano. Soy feliz.

–¡No se los daré! ¡Antes prefiero quemarlos!

–El viento trae el olor de los arbustos cordilleranos y... ¿qué pasa? El otro cuerpo toma los zapatos. Quiere echarlos en el excusado. ¡No!

–¡Intruso! ¡Cretino!... Lucha conmigo. Podría hundir mis manos en su pecho y triturarle el corazón, pero sería mi fin. Esperaré una oportunidad mejor.

–Ya se calmó. Comienzo a inquietarme... En fin, debe de ser el calor, la felicidad del verano que lo hace actuar así. A veces me pregunto si mi otro cuerpo tiene voluntad y conciencia.

–No me dejó quemarlos. ¿Será que piensa? No es posible, porque la cabeza es toda mía.

–La enfermera me frotó las espaldas y los vientres y luego, vistiéndome con dos fracs blancos me condujo a la sala de exposición.

–El hombre de las jorobas, la mujer-perro y el viejo sin boca, mueren de envidia, porque por el momento soy el preferido del General.

–La enfermera toca el violonchelo para que yo baile delante del General. Cuando me ve desfallecer de cansancio, me reconforta con una dulce mirada.

–¡Estúpida, qué mal toca! Me dice: «Saque la lengua, por favor. Haga girar los ojos, por favor. Mueva la pierna número cuatro, por favor. Con la mano izquierda del cuerpo de la derecha rasque la nalga derecha del cuerpo de la izquierda, por favor». ¡Por favor, por favor! ¡La mataré!

–Los otros me dan pena: nunca el General se detiene delante de ellos; los mira con desdén y viene a verme bailar a cuatro zapatos.

–Soporto su mirada de tirano prepotente sólo por la envidia que le doy al hombre de las jorobas. Es mi venganza.

–¡Qué calor! Por un lado me molesta transpirar; por otro, estoy contento: ella también se ahoga entre las sábanas.

–Me sofoco. Yo transpiro casi nada, pero el cuerpo inútil es insoportable: una verdadera vertiente. Estoy cansado de él. ¿Qué significa esto de tener otro cuerpo pegado a mi cabeza haciendo movimientos que no puedo controlar?

–Imagino sus movimientos en el lecho, desnuda, mojada como yo. La temperatura nos une. Sin embargo, es imposible: soy distinto. Comparto mi cabeza con otro. No: soy un hombre que tiene un cuerpo de más. Eso es. Este cuerpo realiza movimientos que no puedo controlar, pero mi cabeza es mía. ¡Cómo no lo voy a saber si me siento pensar siempre! En todo momento estoy aquí. No hay sitio para otro... Un cuerpo de más no molesta a nadie. ¿Por qué no tentar suerte con la enfermera si la amo?

–Estoy cansado del General, de los médicos, del jorobado y, sobre todo, de la maldita enfermera. ¿Hasta cuándo soportaré ser vejado por su violonchelo? Soy su marioneta bailarina. Además, necesito hacer pública mi rebelión. Un acto tremendo que les muestre quién soy antes de que me sacrifiquen. ¡La mataré! Voy a su pieza.

–Este sentimiento mío tiene que ser compartido. Si yo la deseo, ella me desea. Como hombre tengo que tomar una decisión: todos duermen con este calor. En los pasillos no hay vigilantes. Iré a su pieza.

–No hay vigilantes. La ahogaré con su almohada.

–Silenciosamente me deslizo por el pasillo.

–El otro cuerpo marcha conmigo; nunca hemos coordinado tan bien.

–Abro la puerta.

–Me palpita el corazón.

–Me palpita el corazón. Estiro mis cuatro brazos hacia ella para despertarla dulcemente.

–Voy a estrangularla.

–Mi felicidad va a comenzar. Despierta, amada mía... ¿Qué pasa? ¡Socorro! El otro cuerpo la agarra del cuello. Me desespero.

–Otra vez el cretino; me toma de las muñecas; me impide consumir la venganza. ¡Ay! ¡Ay! Ella ha tenido tiempo de tomar el látigo. Grita.

–¡Ay! ¡Qué dolor! No sólo golpea al otro cuerpo que es el verdadero culpable, sino también a mí... ¡a mí que la amo tanto!

–Vienen con una doble camisa de fuerza. Me encierran. Espero no salir más. Apenas pueda, haré un fuego en la celda e incendiaré el hospital.

–Una doble camisa de fuerza... Tiene que haber sido hecha especialmente para mí. ¿Sospechaban? ¿Por qué, si yo nunca he sido violento? El otro cuerpo intentó estrangularla. Fue un gesto guiado por una conciencia. ¿Dónde está? No puede estar sino dentro de mi cabeza.

–Me impidió asesinarla. Fue un gesto guiado por una conciencia. ¿Dónde está? No puede estar sino dentro de mi cabeza.

–Ella golpeó indistintamente al culpable y a mí.

–Trajeron una doble-camisa de fuerza a pesar de que el otro la defendió.

–Ella considera que soy un solo individuo. Temo que soy dos.

–Ellos consideran que soy un solo individuo. Temo que soy dos.

–Mi cabeza no es enteramente mía. Hay una parte de ella que pertenece al otro.

–El otro cuerpo no me domina. Yo no lo puedo dominar. Deduzco que la mitad del cráneo es de él. Yo no sé lo que piensa, pero él puede vigilarme a mí. ¿Cómo probar lo contrario? Puede ser un espía consciente de todo mi pensamiento, un parásito de mi ser.

–¿Cómo saber si lo que yo creo pensar no son pensamientos del otro? ¿Cómo estar seguro de que yo no soy un invento de él, un robot para entretenerlo?

–Nuestras cuatro piernas marchan al unísono y yo sólo puedo controlar dos. Probablemente sea él quien controla las cuatro. Probablemente los dos cuerpos y la cabeza le pertenecen: puede que yo no exista.

–Quizás yo no exista. Pero ¿cómo puedo darme cuenta de mí mismo?

–Si «me doy cuenta» de «mí mismo» no soy yo mismo. Quien «se da cuenta» es otro. O yo soy «mí mismo» o soy «el que se da cuenta». Puedo también ser un tercero o un cuarto, infinitos. El jorobado y los otros monstruos pueden ser partes de mi cuerpo...

–El asilo entero puede ser un solo individuo y nosotros, los deformes, los médicos y la enfermera, partes de un todo. Pero el más profundo es otro. El que piensa por todos, no soy yo.

–Yo no soy. Alguien me hace pensar. En el hospital nos movemos como piezas de ajedrez. Nuestros pasos están marcados. Es horrible. ¡Quiero ser yo!

–Después de todo, saber esto es algo más que me acerca a la felicidad. Ser uno, y a la vez no existir. Estar en comunión con el hospital, participar del alma de la enfermera...

–Elucubraciones absurdas: aquí estoy encerrado. Como un apéndice estúpido cuelga otro cuerpo de mi cabeza. Los médicos vendrán a eliminarme de un momento a otro. Si tuviera cerillos...

–Ya nunca me moveré por mi cuenta. Aquí me quedo inmóvil esperando órdenes. El Hospital Negro me dirá lo que debo hacer, lo que debo pensar.

–Ahora el otro se deja caer y me obliga a arrastrarlo. Ya es el colmo. No doy más. Olvidaron

cerrar la puerta. Iré al balcón que da al acantilado. Antes de que ellos lo hagan, prefiero eliminarme yo.

–El otro va hacia el balcón. Los vigilantes duermen. Es dulce ser arrastrado. Abajo el mar bate contra las rocas. Él también forma parte del Hospital. Yo formo parte del mar...

–¡Ahí vamos! ¡A reventar! Espero que aún queden tiburones para que se coman mis zapatos...

–Mi cabeza y sus dos cuerpos caen lentamente. Vamos hacia el mar, hacia el Hospital Negro, hacia la enfermera. Nos reuniremos en una sola cosa. Soy feliz.

–¡Así como reviento yo, espero que un día revienten todos!

Compréndanme, camaradas, cada vez que escucho los pensamientos de estos pobres seres no lloro por ellos, sino por mí, por ustedes, por los habitantes del país. Somos todos iguales: una inmensa manada de bufones. De una manera u otra, el General nos ha clavado una grabadora en el cerebro y escucha lo que pensamos, repantigándose en nuestros yerros, dudas e interrogaciones; en nuestra ansiedad. Somos una nación de monstruos, el espejo donde se busca para matar el hastío. Quiere reír y sólo el sufrimiento ajeno lo alegra. Todo lo ha construido para aumentar nuestra angustia; el camino de tierra que no cesa de crecer, la cordillera infranqueable, el mar ponzoñoso, la noche eterna, el laberinto purulento de Megacapital. El General juega, ésa es la odiosa verdad.

Los he reunido en este escondrijo por su valentía, su prudencia y su fidelidad. Lo que vamos a intentar no lo ha intentado nadie. Pero estoy seguro de que podemos triunfar, porque mucho más que amarnos a nosotros mismos, odiamos al dictador. Nuestra meta es devastar la ciudad para después asesinarlo. Vamos a distraer la atención de los soldados y la policía, creando incendios en todos los barrios. Las bombas ya están colocadas, bastará apretar un botón para que estallen al mismo tiempo. Ustedes cuatro sublevarán los barrios pobres de la periferia, al norte, sur, este y oeste, para que invadan la capital como cuatro ríos vengadores, pillando las tiendas y quebrando las pantallas de televisión. Ustedes dos dinamitarán los muros que nos separan de los mongolones. Quiero que esos cretinos caigan sobre el ejército como una ola mortal. Entonces yo, ayudado por ustedes tres, realizaré lo que todos creen imposible: ¡haré explotar la esfera de aluminio, el inmenso estanque de sangre, el juguete preferido del General! Luego lo mataremos a él; no me pregunten cómo. Más tarde les daré instrucciones que, por ahora, deben permanecer secretas. ¡Preparen el equipo; ha llegado el momento de actuar!

¡OH, HIJOS DE MI HEZ: HE VENIDO COMO UN NOVIO DE DIAMANTE A ESTO QUE YO MISMO DEGRADÉ PARA QUE EL PUS FUERA SU MADRE! ¿QUÉ OTRA COSA PUEDO DARLES SINO LA IGNORANCIA, CONDICIÓN PRIMERA DEL AMOR? ÉSTE Y SÓLO ÉSTE Y NADA MÁS QUE ÉSTE ES SU MOMENTO MISERABLE, SU PEQUEÑO Y OSCURO ATAÚD DE CARNE EN LA INMENSIDAD IRRADIANTE DE MI PERFECCIÓN QUE ES TODO MENOS USTEDES. PIERDAN LA ESPERANZA, MIS SUPERFICIES JAMÁS TENDRÁN FONDO. VUELVAN DE LOS SITIOS DONDE NUNCA FUERON, ENTRE SER Y PERSEGUIR HAY UNA DIFERENCIA MUY GRANDE. ¡YO ESTOY SIENDO Y NO PERSIGUIENDO! MI SAPO MILENARIO MUESTRA EN SU HOCICO ABIERTO UNA PERLA PERFUMADA. PARA PERMITIRLES QUE HUNDAN SUS RAÍCES EN LA TIERRA VUELO HASTA EL CENTRO DEL CIELO. MI LLAVE ES MÁS GRANDE QUE LA PUERTA. NO LE PREGUNTO AL ÁRBOL CUÁL ES SU MENSAJE, ME COMO SUS MANZANAS. EL CAMINO SÓLO ES LARGO PARA EL QUE VA CANSADO. LAS COSAS NO SUCEDEN EN MÍ, YO SUCEDO EN LAS COSAS. EL MAYOR BIEN QUE ME PUEDEN PEDIR ES QUE NO LOS

DAÑE. ES NECESARIO QUE VAYA CAMBIANDO PARA QUE LLEGUEN A DONDE EMPEZARON. SACRIFIQUEN TODO Y TAMBIÉN SACRIFIQUEN LA PARTE DE USTEDES QUE SACRIFICA. ESCARBEN CON UNA CUCHARILLA EN SUS VIENTRES PARA ENCONTRAR LA PIEDRA CÚBICA SOBRE LA QUE CONSTRUIRÉ MI TEMPLO. MIREN MI MANO: GUARDA EN SU INTERIOR MI CORAZÓN HECHO ESPERMA. PUEDO SENTIR EL HORROROSO RUIDO DE SUS PENSAMIENTOS. EN DONDE TERMINAN USTEDES EMPIEZA LA REALIDAD. ¡SI QUIEREN LA MEMORIA, ENTRÉGUENSE AL OLVIDO!

¡Cuidado, camaradas, ahora más que nunca, en la hora del triunfo, tenemos que resistir a sus cantos de sirena! El General usa una trampa magnífica: la poesía. La belleza no tiene nada que ver con el bien. Las musas de los poetas son víboras cuyos colores embriagadores no impiden el mordisco envenenado. ¡No cedan, concéntrense en la Gran Obra! Desde la terraza de este rascacielos, vecino de la esfera de aluminio, podemos ver el resplandor de los incendios que asolan la ciudad. El ruido de las sirenas de bombero es ensordecedor, los ejércitos enloquecidos corren hacia la periferia tratando de detener el torrente de revolucionarios cuyos gritos de triunfo llegan hasta aquí. ¡Lo hemos logrado!... ¡Megacapital, ramera hasta hoy impune, pagas tu culpa! ¡Porque tu plata se ha convertido en escorias y tu vino se ha mezclado con agua, porque has hecho de tus príncipes, prevaricadores y compañeros de ladrones; todos aman el soborno y van tras las recompensas, no hacen justicia al huérfano ni llega a ellos la causa de la viuda; desde aquí, como ángeles vengadores, clamamos tu olvido y exterminio! ¡Que te lleve el viento como una mariposa sucia hacia el tarro de basuras de la Historia!

Ha llegado el momento de dar el golpe final: la plaza central está desierta y sólo tenemos que cuidarnos de los radares. Con este pequeño planeador los burlaremos. Lleva en su almacén un potente explosivo. No tienen más que empujarme al vacío, para que yo lo dirija hacia esa bola infame y me estrelle contra su panza haciéndola vomitar el mar de sangre que nos ha vampirizado. Como un torrente rojo invadirá las calles disolviendo el asfalto y el cemento de los muros para convertirlo todo en un pantano. Nadie podrá limpiar jamás la jalea densa de la sangre coagulada. Mi muerte será la muerte de Megacapital... Cuando el zambombazo atraiga a las naves como un enjambre furioso, no huyan ni se escondan. Agiten esta bandera blanca... Nadie los matará; por el contrario, tratándolos como a cristal fino, los embarcarán en un helicóptero de lujo para llevarlos a la fortaleza secreta... Yo conozco al General, el aburrimiento le es más doloroso que un cáncer. Querrá, antes de someterlos a mil torturas, conocer a los cómplices de un plan tan prodigioso, entretenerse con ustedes, sus tres nuevos fenómenos, para, al final, cuando los haya estrujado hasta la última gota, otra vez abrumado por el tedio, sepultarlos para siempre en el Hospital Negro, convertidos en harapos humanos... Tomen, ésta es la piedra del Cóndor. Sus signos sagrados, aparte del secreto del Amor, otorgan el secreto de la Muerte... Cuando estén en su presencia, usen esta honda, muy fácil de disimular bajo sus impermeables; gracias a ella, cuando las tetas de Muerte se secaron, pude abatir faisanes y ratas de montaña que me nutrieron abundantemente. Sí, hermanos, usen esta arma humilde para arrojar con todas sus fuerzas, con todo su odio, la piedra blanca hacia ese criminal y hundírsela en la frente. Es lo único que puede matarlo. ¡Júrenme que lo harán! ¡Gracias! Confío en ustedes porque sé quiénes son y de dónde vienen. Les agradezco que hayan guardado un silencio discreto acerca de sus orígenes para no atraer, de manera desleal con los otros camaradas, mi simpatía. Y porque confío en ustedes, les he reservado la tarea más ingrata: deseo que ahora mismo, el tiempo apremia, me corten los brazos y las piernas... ¡No

pueden negarse! El planeador, aparte de los explosivos, puede cargar muy poco peso. Además, en la hora de mi muerte, quiero adquirir un cuerpo semejante al de mi madre, convertirme simbólicamente en ella. Porque es justo darle el placer de la venganza. Que su caída se haga una ascensión, que su suicidio degradante se convierta en una muerte heroica. No seré yo el justiciero, será su tronco sin miembros... No duden, no me tengan lástima... Éste es un momento de éxtasis, cuando no hay sufrimiento moral, el dolor no es nada. ¡Estoy feliz, ya no soy! ¡Soy mi madre! ¡Corten! ¡Corten! ¡Corten! ¡Corten! ¡Así, fuente de cuatro ríos rojos, calientes, te encuentro otra vez madre mía, entro en ti; desaparezco, canto con voz de soprano!... Empujen el planeador, hijos míos... Diríjanlo directo hacia el centro de la bola... ¡General, aquí viene la raíz de tu muerte!

SÍ, SEÑOR, HE VIVIDO OCULTANDO COSAS, CON LA ÍNTIMA SENSACIÓN DE QUE NO ES POSIBLE EL SECRETO, DE QUE NO HAY UN TRAJE QUE PERMITA TRAGAR EL MUNDO A TRAVÉS DE SUS BOLSILLOS. SER REGISTRADO Y QUE SUS MANOS ATRAVIESEN NUESTRA CARNE Y NO TENER NADA, NO TENER BOLETO, ESTAR DE INTRUSO EN ESTE VIAJE. SÍ, SEÑOR, NO HE SABIDO FABRICARME, HE SIDO UNA SIMPLE PIEDRA, UN COMBATE INÚTIL, UN ÁRBOL QUE COMIÓ SUS PROPIOS FRUTOS. NUNCA GANÉ NADA, NADIE PUDO RECONOCER MIS GESTOS Y SOBRE TODO LA DEBILIDAD, SEÑOR, MÁS INDEFENSO QUE LOS PERROS VAGOS Y, A PESAR DE TODO, COBARDE SEÑOR, UN MIEDO GENERAL QUE LA MAYOR PARTE DE LAS VECES, AL DEJARSE CAER EN LAS NOCHES, ME IMPULSABA A LAS MÁS GRANDES ORGÍAS. SÍ, MIEDO DE DISGREGARME O DE TRIUNFAR, HABER LUCHADO UNA VIDA ENTERA POR FRACASAR Y DE PRONTO SACARME EL NÚMERO PREMIADO SIN NI SIQUIERA HABER COMPRADO EL BOLETO; QUÉ SÉ YO, QUE EN LOS BOLSILLOS MADUREN DE UN DÍA AL OTRO UNOS BICHOS COMO LOS DEL YOGUR Y QUE SE REPRODUZCAN Y SURJA INTERMINABLE MATERIA NUTRITIVA Y QUE ME SIGAN BANDADAS DE NIÑOS VAGOS, ALIMENTÁNDOSE DEL VÓMITO DE MI TRAJE. YO, DE PRONTO, CONVERTIDO EN UNA ESPECIE DE MESÍAS, A PESAR DE QUE NUNCA TRATÉ, SEÑOR, NUNCA ME DECIDÍ A LANZARME AL OCÉANO Y AQUÍ ME VE USTED, SEÑOR, TOTALMENTE GRATUITO, SUPLICÁNDOLE DEJARME CONTINUAR ESTE VIAJE QUE NO TIENE MÁS FINALIDAD QUE LA DE SER UNA EXPERIENCIA PURA. ¿QUÉ LE CUESTA QUEBRANTAR EL CÓDIGO POR UNA NIMIEDAD COMO MI EXISTENCIA? QUE LA MUERTE SIMPLEMENTE ME OLVIDARA POR INSIGNIFICANTE, QUE MI SECRETO FUERA NO TENER SECRETO, QUE YO SOBREVIVIERA AL UNIVERSO... USTED SABE, COMO YO, QUE SOMOS TODOS INOCENTES; QUE LO QUE ES, NECESARIO ES; QUE LO QUE FUE, TUVO QUE SER; Y QUE, NO EXISTIENDO EL MAL, AL DEMONIO SÓLO LE QUEDA LA POSIBILIDAD DE LA NOSTALGIA DEL MAL. ASÍ ES MI VIAJE, SEÑOR, SU PRESENCIA ME HA HECHO DARMER CUESTA DE QUE HE PARTIDO EN BUSCA DEL MAL COMO SI FUERA UNA PERLA... ¡AY! ¡ME SIENTO EMBARAZADO DE UN FETO CANDENTE QUE ME CONSUME LOS INTESTINOS CON SUS LLAMAS!... SE TRATA DE CERRAR LAS PUERTAS Y LAS VENTANAS, SEÑOR, Y QUEDARSE JUGANDO PARA SIEMPRE. ¡EL QUE SE VA, PIERDE!

¡Y ahora la falsa humildad! ¡Canalla! ¡Cobarde! ¿Me reconoces? Soy tu novia, la inocente mujer-tronco que atravesaste como a un pollo con tu falo de acero... Entraste ciego, sordo y mudo

en el reino virgen, pero, por ser el primero, imprimiste tu huella. Desde entonces no pude separar el amor del sufrimiento, tanto como tú, lo creo, lo sé, no pudiste ya borrar las huellas de mi ternura en tu infinita crueldad. Te he amado más allá de la muerte y por eso, en el cuerpo de mi hijo mutilado, vengo a destrozarte tu estanque de sangre, así como tú me partiste el himen y los sueños. Vuelvo a ti volando, para que veas que nunca pudiste cortarme las alas; que mi pequeñez es más poderosa que tu desmesura. Un ojo de luz puede iluminar toda la oscuridad del mundo. En la muerte seremos uno. Gracias a ti comprendí la estructura del amor: me diste exactamente aquello de lo que pudiste privarme; despojándome, me hiciste rica; a causa de tu ausencia pude hacerme presente. Esta destrucción, que ahora te brindo, es mi manera de parirte. ¡Nace de una vez! ¡Venga el simple éxtasis de la explosión!

¿Qué?... ¿Cómo?... ¡No lo puedo creer! La bola siniestra no estalla. Mi planeador choca contra sus paredes de aluminio y se desliza sin detonar, cual un mosquito impotente, hacia una red de acero que lo espera sarcástica. Cesan las bocinas de los bomberos. Los incendios, como por encanto, desaparecen. Risas y aplausos estallan en toda la ciudad... La esfera cruje y comienza a abrirse en ocho pétalos brillantes que van a tenderse en cada una de las ocho avenidas que conducen a la plaza central. En lugar de sangre surgen de ella, en nubes multicolores, millones de mariposas. En su centro, como un pistilo de luz, se yergue una inmensa estatua de oro del General. En lugar de cabeza tiene un televisor desde donde la cara satisfecha del tirano me mira con sus ojos de navaja y ríe a carcajadas crueles que las pantallas de todo el país multiplican al infinito. En sus manos hay un cuerno que desparrama sin cesar hacia la ciudad una lluvia de cigarrillos, chocolates y condecoraciones. De las ventanas de los edificios sale un rítmico martilleo: las mujeres, felices, golpean sus cacerolas. La gente desfila siguiendo orquestas de circo. Serpentinatas, banderolas, papel picado: es la fiesta de mi derrota... Las explosiones eran falsas; los incendios, también. La insurrección del pueblo, una comedia. Mis cómplices, agentes del Gobierno. Mi planeador, una armazón inofensiva. Nunca hubo sangre en este estanque; el General la guarda en otra parte. Se han burlado de mí.

¡JA JAAAA JA JA JA JAAAA JA JA JA!  
¡JAAAA JA JAAA JA JA JA JAAAAAA JA!  
¡JAAAAAA JAAA JAAA JAAAAAA JAAA!  
¡JAA!

Heroicos miembros de la Policía Secreta: como Coordinador en Jefe de esta expedición punitiva, tengo el honor y el placer de condecorarlos con la Bufanda Tricolor, distinción máxima que nuestro General, bendita sea la luna que lo alumbra, fabrica con sus propias manos, en pago de sus servicios prestados para el arresto del peligroso maleante «El Quince» que tanto daño causara a nuestro país y que yace frente a nosotros, en la plaza pública, como ejemplo para futuros traidores, después de haber sido ajusticiado por la multitud vengadora que, antes de jugar al fútbol con su cuerpo mutilado, lo sometió a las clásicas violaciones anales... Si no fuera por ustedes tres, este célebre bandido, gracias a su legendario amuleto blanco, se nos habría escurrido de entre las manos. Fue una idea magnífica de nuestro General, ¡bendito sea el aire que respira y la leche que lo nutre, el emplear tres fenómenos nacidos como «El Quince» en el Hospital Negro! Era una fiera sanguinaria que no confiaba en nadie, pero unos monstruos como ustedes, sutiles hermanos siameses, tres cuerpos diferentes unidos por un solo espíritu, o alma, no sé que nombre darle; era obligatorio que captaran su confianza. Cayó en la trampa como un niño. De manera discreta, para

no despertar sus sospechas, le hicimos llegar informaciones acerca de la nueva aberración que los médicos habían creado, tres cuerpos muertos compartiendo un alma viva. Supo después que ustedes se habían escapado, provocando un incendio en la sala de operaciones. No se enteró, sin embargo, que antes les habían extirpado la memoria para que, en caso de fallar el plan, no les arrancaran la verdad en la tortura... Debemos, claro está, reconocer que su trabajo ejemplar no hubiera sido posible sin la colaboración de estos valientes seis falsos guerrilleros, todos militares de alto grado, y de los habitantes de la periferia a quienes prometimos, en cambio de la farsa, una semana de carnaval con pan y vino gratis. Nuestro General, ¡bendito sea el suelo que pisa y las hormigas que aplasta!, está impaciente por verlos y los espera en la Fortaleza Secreta; un honor que sólo obtienen los altísimos bufones... Pueden estar orgullosos: Megacapital entera entona la Marcha Nacional en honor de sus tres heroicos monstruos. ¡Suban, por favor, al helicóptero de lujo!... Antes de partir, dejando de lado las formalidades oficiales, en pequeño comité, entre nosotros, les pido que me excusen porque me he dirigido todo el tiempo a ustedes tratándolos en plural como si lo que más contara fueran sus cuerpos, cuando quizás debí hablar en singular dirigiéndome a su espíritu único. Por si las dudas, digo: hasta luego, heroico correligionario, todo el país te envidia: pronto tendrás la suprema dicha de ver en persona, faz a faz, a nuestro General, ¡benditas sean las pantallas que reflejan su imagen!

## 14. Son nada...

¡Silencio! Ni una palabra es necesaria. ¡No se muevan! Ningún gesto les está permitido. ¡Se les acabó el tiempo! Ahora se cumple sólo mi voluntad. ¡Tengan confianza en mí! Lo sé todo. ¡Qué alegría verlos aquí sin rostros, sin cuerpos, sin definición, como espejos; sabiendo que al reflejarme viven y que al tratar de ser otro que yo, se destruyen!... ¿Se sienten aterrados, verdad? Es normal. ¡Por fin están ante mí! Todos terminan por llegar a la Fortaleza Secreta. Unos más pronto, otros más tarde. Hay quienes tardan millones de años: van a derecha, a izquierda, arriba o abajo; avanzan, reculan, persiguen diez mil metas, para darse cuenta de que, yendo hacia donde fueren, buscasen lo que buscaran, era yo el final de todos los caminos... ¡Trataron de recuperar la memoria, la tienen ante ustedes! ¡Yo soy lo único que deben recordar!... Tarea difícil porque en este momento sus límites son, pero por muy larga cantidad, mayores que los míos. Para recordarme tendrían que definirme y para que pudieran definirme necesitaban primero comprenderme, vale decir «abarcarme», tanto en lo físico como en lo espiritual –aceptando esta ridícula dualidad para que me entiendan mejor– soy el océano ante tres gotas de agua. No podrán describirme ni alto ni bajo ni gordo o delgado, ni fuerte o débil, blanco o negro, porque ahora mismo están siendo encandilados por algo que emana de mí y que les imposibilita medirme. De mi cara sólo son atraídos por mis ojos, pero se sienten incapaces de ver el color de sus iris, sujetos como están a la intensidad de la mirada. Y de mi manera de ser, de mis características personales, menos aún les queda, porque nunca se han topado, y dudo que vuelvan a toparse, con un ser como yo. Soy lo desconocido, el misterio impenetrable, sin nombre, sin sexo, sin edad, móvil e inaprehensible; una nube, un remolino de aire. Y como no pueden describirme, aprovechan mi presencia para inventar mil y una imágenes que agregar a su hojarasca de imágenes: me ven como un militar demente o un científico sádico o un brujo inmortal o un demonio encarnado o, simplemente, una prolongación carnal del camino de tierra... Sólo son capaces de percibir lo que ya conocen. Cada encuentro con algo nuevo desconcierta su razón, la hace perder algunos de sus múltiples límites, la somete a un estado de agonía... Desde que el cuerpo se convierte en cadáver, las células y sus diversas agrupaciones siguen funcionando con una vida especial, dando señales de singular actividad, liberando oscuras energías y poderes concentrados para, en la desesperación de la agonía, defenderse: es la existencia cadavérica, el momento de mayor emisión de ondas y partículas, fuerzas insospechadas, energías hasta entonces no manifestadas, luz original saliendo cual un parto del cuerpo físico, el potente y último vestigio de la coherencia orgánica... Ustedes, en lugar de rehuirlo, deberían entregarse al terror de morir para emerger a otra conciencia, mucho más amplia; deberían provocar en su mente, por todos los medios, el estado de agonía, viviendo en el riesgo, marchando sobre la cola del tigre dormido, haciendo equilibrios al borde del abismo, danzando bajo una lluvia de puñales, liberando la imaginación hasta socavar los pilares del entendimiento para que caiga en un océano enfurecido. Si por un momento cesaran de pensar, si fueran capaces, venciendo el miedo y el asco, de convertirse en «eso» que son, el «ente» más extraño que una tarántula que los habita, entonces, recién entonces, podrían comenzar a verme... Pero, por supuesto, no se dejan impresionar. Su voluntad puede más que mi «hipnosis». Aquí están llenos de orgullo, sin ni siquiera darse cuenta de que los tres hablan al mismo tiempo



con una sola voz, describiendo mi mundo como «el fastuoso espectáculo que una mente enferma ha creado para sentirse Dios». El interior de mi sobrio refugio lo describen como un templo de acero más vasto que una catedral, con rosetones gigantes que son pantallas de televisión reproduciendo la menor de mis muecas. Yo, vestido con un traje militar dorado, las piernas cruzadas y las manos juntas, los miro desde un trono de plata, entre un Huemul y un Cóndor disecados, rodeado de esclavos, cientos, miles, que se desplazan siempre en cuclillas, ocultos por impermeables, sombreros y anteojos negros, como ustedes; colocando ante mis pies joyas, ofrendas florales y dulces multicolores; limpiando los lentes de las cámaras de televisión que no cesan de enfocarme; barriendo el piso de mármol; dando plumerazos en las grabadoras que pasan, al unísono, toda clase de músicas sagradas; encendiendo bastones de incienso y velas; murmurando continuamente un rezo incomprensible: *¡Cúcara cuca, cúcara cay, tumba tumbita, tumba tumbay!*... Y para que el efecto sea más convincente, alrededor de mi trono que tiene patas de cinco metros de altura, cuelgan de hilos invisibles varios círculos de niños ciegos que, a la par que imitan volar, me cantan alabanzas con voces de castrado... Ustedes, furiosos sin saber por qué, me insultan. El largo viaje por el camino de tierra les ha enseñado a morir. Mi «mascarada infantil» no les da miedo. ¡Debo cesar de jugar! ¡Debo cesar de mentir! Quieren la verdad... ¡Deseo concedido! Les voy a confiar el gran secreto: ¡Sólo existo yo! Yo soy el país y su habitante; soy el mar, la cordillera, el camino, la ciudad y el templo; soy la luz y la sombra de esa luz. Yo los envié a recorrer la nación para encontrar un ciudadano justo y al enviarlos me envié yo mismo. Yo mismo me busqué y al encontrarme se encontraron. Buscándome fueron desapareciendo. Llegaron a ser sacrificando toda esperanza de ser... ¡Ahora voy a ayudarlos a dar el último paso: quiebren el espejo, abandonen el placer de reproducirme, disuélvanse en mí!... Retroceden, se agitan, me preguntan qué les estoy pidiendo, por quién los tomo, si creo que son nadie, me gritan que deseo la destrucción del mundo, que soy un asesino... ¡Pobres sombras, no comprenden nada! Yo, aquí, sentado fuera del tiempo, ¿cómo podría aceptar que la vida se quita o se da, cuando, sin comenzar ni terminar nunca, es el Presente mismo? Nadie asesina a nadie: unos transforman a otros y eso es todo. La muerte de millones de personas no es más que una, para ustedes, incomprensible metamorfosis de la vida. Cuando yo aplasto a un monstruo, sólo destruyo a mi asco... ¿Por qué se retuercen como lombrices? ¿Por qué osan escupir hacia mi digna persona gritando «¡Loco inhumano!», «¡Puerco paranoico!»?... ¡Basta! ¡Nadie puede desafiarme! ¡Dije que ustedes no existían y se los voy a probar!... ¡Quiero un centenar de esclavos!... ¡Rápido!... ¡Apodérense de uno de los tres cuerpos de este fenómeno!... ¡Arrodíllenlo!... ¡Quítenle el sombrero, los anteojos y su impermeable!... ¡Ahora, retírense!... ¿Ven, ustedes dos? El tercero ha desaparecido. Sólo queda de él un montón de ropa. ¡No era nadie!... ¿Trucos de prestidigitador? ¿No desapareció? ¿Los esclavos, vestidos iguales a él, se lo llevaron a la fuerza, mezclado entre ellos? ¿Esas prendas no le pertenecen? ¿Estaban preparadas de antemano? ¿Ah, sí? ¿Se permiten dudar de mí? ¡Entonces, desvístanse! ¡Demuéstrenme inmediatamente que son algo más que la ropa que llevan puesta!... Ahora me salen con que trato de humillarlos, que su desnudez no agregará nada nuevo a esta situación... ¡No le den más vueltas al asunto: o se desvisten ustedes o hago que mis esclavos les corten los impermeables a tijeretazos!... Está bien, obedecen, aunque a regañadientes... Intentan desvestirse... Vaya, vaya... Los sombreros parecen pegados a sus cabezas y los anteojos a sus rostros. Tampoco pueden, a pesar de sus intensos esfuerzos, quitarse los impermeables... ¡Me hacen reír! ¡Pícaros! ¡Mentirosos! Cesen esa pantomima indigna. Pueden desvestirse, pero no desean hacerlo. Dudan, no de mí, sino de ustedes mismos. Por orgullo hacen esa farsa. Quieren

quedarse en la superficie, porque saben que no tienen centro: al desnudarse desaparecen... ¿Cómo, es otro de mis trucos? ¿Si la ropa no está pegada a sus cuerpos soy yo el que los ha hipnotizado? ¿A través de mis pantallas los controlo, me apodero de su voluntad (suponiendo que la tengan)? ¿Me siento superior a todos, pero sin mis máquinas no soy nadie? ¿Aquí sentado, con mi peluca engominada, mis dientes falsos, mis bigotes postizos y mi vanidad soy un miserable enano, un cobarde?... Ya ven, sus palabras no me afectan, sigo flotando en el lago de mi calma eterna; en cambio, ustedes están blancos, locos de furor. Uno de sus dos cuerpos se abre paso violentamente entre mis esclavos, revienta tres o cuatro cráneos a patadas, corre hacia mi trono y comienza a trepar por una de sus largas patas. ¡Alto, mis sirvientes, no intervengan! Déjenlo toser, escupir, resollar, subir, caer, volver a subir con enorme dificultad. Déjenlo insultar, maldecir, aullar: «¡Criminal! ¡Vampiro! ¡Tramposo! ¡Te romperé la cara! ¡Te aplastaré los sesos! ¡Te rajaré el vientre! ¡Mearé en tus tripas! ¡Te arrancaré las bolas! ¡Te destrozaré la verga a mordiscos! ¡Tienes que desaparecer tú y tu mundo! ¡Tienes que tragarte tu camino de tierra! ¡Te borraré de la memoria de los hombres!...»... Bravísimo, me encantan las buenas imprecaciones. ¿Ya estás agotado? ¿Tan pronto? ¿Tratas de llegar a la plataforma de mi trono pero se te hace imposible? Toma mi mano, sube... Te desesperas porque te ayudo. Eso no lo comprendes. Caes en mis brazos y te pegas contra mi pecho, como un hijo con su padre, llorando convulsivamente. En el respaldo de mi trono surgen varillas luminosas que se balancean cadenciosas. En los rosetones aparecen mis ojos, enormes, en gran plano. Te arrullo cantando lentamente con voz profunda y leve:

Como la paja que se acerca al fuego,  
como el cordero que pega su garganta al cuchillo,  
como un terrón de azúcar navegando en un lago de saliva,  
me traes esta flor transparente,  
este ojo diminuto que brilla en la oscuridad del centro,  
una perla más para mi collar de muertes:  
tu inmaculada conciencia.  
Quiero que lo sepas, hijo mío,  
yo nunca te abandoné.  
Siempre permanecí riendo  
en el fondo de tus heridas.

No puedes resistir. Te duermes murmurando: «Mis planos luminosos se desangran... Las nubes petrificadas en el aire caen como una lluvia de piedras... El cielo se separa del horizonte dejando sola la negra raíz del agua...». Te desplomas, inerme, ante mis pies. Se acabó: el río entero ha llegado hasta el mar. Con delicadeza de madre, te quito el sombrero, los anteojos, el impermeable... No queda nada de ti... ¡Has desaparecido!... Pero tú, el último cuerpo, allá abajo, creo que celoso, vocíferas: «¡Hazme desaparecer también a mí! ¡Trata de callarme! ¿Quién soy? ¿Por qué fui tres y no uno? ¿De dónde vinimos? ¿Cuál era nuestra misión? ¿Dónde termina el camino de tierra?». Te doy la respuesta de rigor: ¡Si alguien viene a preguntarme, sólo encontrará el silencio!... Caes de rodillas. Lloras. Estás vencido. Los criados colocan ante mi trono una escalera adornada con miles de focos que se apagan y encienden siguiendo el ritmo del coro triunfal de mis ángeles ciegos... Bajo hacia ti. Quiero serlo todo: el pan, la leche, el techo protector y el aire que respiras. Quiero ser tu cuna, tu cama y tu ataúd. También la mesa y el ropero. Quiero ser el deseo y el objeto de tus deseos. Quiero ser el corazón, el amor, el amante y el amado. Quiero ser la piedra. Quiero ser el canto, quiero ser el ala y el vuelo y la caída. Quiero

ser la punta negra de todos los flechazos. Quiero que mis balas perdidas peguen siempre en tu pecho, cariño santo, siempre en tu pecho... Voy a consumirte. No dejarás huella. No quedará nada de ti... ¿Aún te quedan energías? Interesante. En la desesperación de la agonía te defiendes. Con fuerzas insospechadas, haces un gesto, poderoso, último vestigio de la coherencia orgánica de tu cuerpo invisible, y dando un ladrido de perra, un silbido de Cóndor, me hundes en la frente la antigua piedra blanca... ¡Ay, los terribles secretos del Amor y de la Muerte! ¡Cuánto he esperado este momento! ¡Gracias! Tu misión ha terminado, hijo mío... Mis energías llegan a su fin, soy un sol gastado, debo entrar en el mundo subterráneo. Tú eres la nueva luz. Tú, que te convertiste en rebeldía pura, eres el único digno de dar órdenes. Escucha: de ahora en adelante serás yo. ¡Apaguen todas las luces! ¡Que cesen los televisores! ¡Así, en la oscuridad, obedece! ¡Obedece! ¡Ponte mi uniforme y dame tus ropas! ¡Aquí están mis dientes, mi peluca, mis bigotes, mis ojos de fuego para tus cuencas vacías! ¡Yo me pondré el sombrero, los anteojos, el impermeable que me llega al suelo! ¡Que otra vez vuelva la luz! ¡Que las pantallas alumbren! ¡El jefe ha regresado al trono!... De rodillas, te pido: «¡General, por favor, déme su primera orden!». Y mientras los coros de castrados cantan un glorioso aleluya, tú, ¡benditas sean las espaldas que fustigas!, ruges hacia mí:

¡USTEDES TRES, PIERDAN LA MEMORIA!

Edición en formato digital: marzo de 2016

© Alejandro Jodorowsky, 2006

En cubierta: Alejandro Jodorowsky (2006), fotografía de © Adán Jodorowsky

© Ediciones Siruela, S. A., 2006, 2016

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16749-30-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.